

## Diálogo segundo

SOFÍA.—Dios te guarde, Filón. ¿Pasas así, sin hablarme?<sup>1</sup>.

FILÓN.—La enemiga de mi salud me saluda. Dios también te guarde, Sofía. ¿Qué quieres de mí?

SOFÍA.—Quisiera que te acordaras de la deuda que tienes conmigo; si te parece, creo que es ahora el momento oportuno para saldarla.

FILÓN.—¿Yo deudor tuyo?, ¿de qué? Desde luego no por beneficios ni benevolencia; tú sólo has sido liberal conmigo en penas.

SOFÍA.—Reconozco que no se trata de una deuda de gratitud sino de promesa, que, aunque no sea tan agradable, obliga más.

FILÓN.—No recuerdo haberte prometido otra cosa sino amarte y sufrir tus desdenes, hasta que Caronte me haga atravesar el río del olvido<sup>2</sup>; aunque si en la otra orilla el alma puede tener sentimientos, nunca le faltarán aflicción y martirio. No es necesario que recuerde esta promesa, pues la voy pagando diariamente.

SOFÍA.—¿Eres desmemoriado, Filón, o finges serlo? Tanto se debe acordar de la deuda el deudor como el acreedor. ¿No recuerdas que días atrás, al final de nuestro diálogo acerca del amor y del deseo, prometiste explicarme por completo el origen y genealogía del amor? ¿Cómo has podido olvidarlo tan pronto?

FILÓN.—¡Ah, ah!, ya recuerdo. No te extrañe, Sofía, que habiéndome usurpado tú la memoria no pueda recordar tales cosas.

SOFÍA.—Si te la usurpo, te la aparto de las cosas ajenas, mas no de las mías.

FILÓN.—Mi alma sólo se acuerda de tus cosas, que la llenan de amor y de pena; en cambio, esas otras, aunque sean tuyas, son ajenas a mi sufrimiento.

SOFÍA.—Sea como fuere, te perdonó el olvido, mas no la promesa. Como tenemos tiempo por delante, sentémonos bajo esta sombra, y háblame del nacimiento del amor y de cuál fue su origen.

FILÓN.—Si quieras que hablemos del nacimiento del amor, es preciso, en nuestra actual conversación, que trate de lo general que es su existencia y de su amplia universalidad, y en otra ocasión hablaremos de su nacimiento.

<sup>1</sup> Este encuentro inspira el de Dameo y Dórida en el diálogo *Dórida* de Damasio de Frías (cf. E. Asensio, «Damasio...», *op. cit.*, p. 227).

<sup>2</sup> El Leteo.

SOFÍA.—¿Acaso el origen de una cosa no es anterior a su universalidad?

FILÓN.—Es anterior en cuanto a existencia, mas no en nuestro conocimiento.

SOFÍA.—¿Cómo no?

FILÓN.—Porque la universalidad del amor nos es más conocida que su origen, y de las cosas conocidas pasamos a conocer las ignoradas.

SOFÍA.—Estás en lo cierto al decir que la universalidad del amor es bastante conocida, dado que ninguna persona está libre de él, sea varón o hembra, joven o vieja; incluso los niños, desde que empiezan a conocer, aman a sus madres y amas.

FILÓN.—Luego, ¿no crees que el amor abunda más que la generación humana?

SOFÍA.—Incluso en todos los animales irracionales que se reproducen, hay amor: entre hembras y machos, entre hijos y padres.

FILÓN.—La reproducción no es la única causa del amor en los hombres y demás animales; existen hoy otras muchas causas. Asimismo, el amor no sólo se da en ellos, sino que es común a otras muchas cosas del mundo.

SOFÍA.—Dime primero qué otras causas de amor hay en los seres vivos, y luego me hablarás de cómo puede darse incluso en las cosas inanimadas y que no se reproducen.

FILÓN.—Te hablaré de lo uno después de lo otro. Los animales, además de amar naturalmente las cosas convenientes con el fin de obtenerlas y odiar las perjudiciales para esquivarlas, se aman unos a otros por cinco razones. Primera, por el deseo y el placer de la reproducción, como los machos a las hembras. Segunda, por la sucesión generativa, padres y madres con los hijos. Tercera, por el beneficio, que no sólo da origen al amor del beneficiario hacia el benefactor, sino también el recíproco, aunque sean de distinta especie, y así se da el caso de que una perra o bien una cabra alimente a un niño y se tengan un grandísimo amor el uno al otro, y lo mismo ocurre si alimenta a cualquier otro animal de distinta especie. Cuarta, por la naturaleza de la misma especie u otra semejante: individuos pertenecientes a cualquier especie de animal no rapaz viven en compañía, por el amor que se tienen unos a otros, y las mismas aves de rapiña, aunque no van juntas (para poder gozar solas de toda la caza) siempre sienten un respeto y amor hacia las de su propia especie, pues no se valen contra ellas de su natural y cruel ferocidad o venenosidad; incluso entre las diversas especies de animales hay alguna semejanza amigable, como el delfín con el hombre, al igual que otros se odian mutuamente, como el basilisco y el hombre que se matan con la vista<sup>3</sup>. Quin-

ta, por la compañía constante, gracias a la cual no sólo son amigos los animales de una misma especie, sino los de especies diferentes y de naturaleza irreconciliable, como, por ejemplo, un león y un perro, un cordero y un lobo, que llegan a ser amigos merced a la compañía.

SOFÍA.—He comprendido cuáles son las causas del amor entre los animales. Háblame ahora de las del amor entre los hombres.

FILÓN.—Las causas del amor entre los hombres son las mismas cinco que para los animales; pero el uso de la razón las hace más intensas o más remisas, directa o indirectamente, según las distintas finalidades de los hombres.

SOFÍA.—Indícame estas diferencias en cada una de las cinco causas.

FILÓN.—La primera es que el deseo o placer que se halla en la reproducción es en el hombre causa de un amor más intenso, firme y propio que en los animales, pero suele estar más encubierto por la razón.

SOFÍA.—Explícame estas diferencias con más detalle.

FILÓN.—Es más intenso en los hombres, porque aman a las mujeres con mayor vehemencia y las buscan con mayor diligencia, hasta el extremo de que, por ellas, dejan de comer y dormir y posponen todo reposo; es más firme, porque el amor entre hombre y mujer dura mucho más tiempo, pues ni saciedad ni ausencia ni obstáculo alguno pueden disolverlo. Es más propio, porque cualquier hombre tiene más apego a una misma mujer que el macho de los animales hacia la hembra, y, aunque en algunos animales se da esta propiedad, no es tan perfecta y definida como en los seres humanos. Este amor está más encubierto en los hombres que en los animales porque la razón suele limitar el exceso y lo considera propio de brutos cuando ella no lo regula; a causa de la fuerza de este apetito carnal en los hombres y por sujetarse a razón, los hombres ocultan sus órganos de reproducción como si fueran vergonzosos y enemigos de la honestidad moderada.

SOFÍA.—Dime qué diferencia hay entre los hombres y los animales en la segunda causa de amor, es decir, en la sucesión generativa.

FILÓN.—Gracias a la sucesión generativa sólo se aman entre sí los animales hijos con sus padres y madres, sobre todo con estas últimas, porque les suelen criar, o el padre, cuando les alimenta, y no de otro modo. En cambio, los hombres aman al mismo tiempo al padre y a la madre y, además, a los hermanos y demás parientes, por la proximidad de la generación. A veces la avaricia y otros excesos humanos hacen perder no sólo el amor de los parientes y hermanos, sino también el de los progenitores y de sus mismas esposas, lo que no ocurre en los animales irracionales.

<sup>3</sup> Sobre la «semejanza amigable» entre los animales, a partir de Plinio, *Historia natural*, X, LXXIV, cf. Pedro Mejía, *Silva de varia lección*, II, XXXIX, y los ejemplos que trae Rico, *NPE*, 1, p. 234, n.º 98, p. 89, n.º 1. Además, para el basilisco, cf. por ejemplo Lucano, *Far-salia*, I, 9, en trad. de Juan de Jáuregui: «Pues con el silbo y el mirar temido / lleva muerte a

la vista y al sentido»; para el delfín: «... el solemne / respeto que este pez al hombre tiene» (L. Barahona de Soto, *Las lágrimas de Angélica*, VII, 12, ed. J. Lara Garrido, Madrid, 1981, y nota en p. 329, con más ejemplos).

SOFÍA.—Explícame la diferencia entre hombres y animales en la tercera causa de amor, es decir, el beneficio.

FILÓN.—El beneficio es causa de que un hombre ame a otro al igual de lo que ocurre en los animales. Mas en esta causa he de alabar más a los irracionales, quienes aman más por gratitud por el favor recibido que por la esperanza de recibirlo; en cambio, la avaricia de los hombres no virtuosos hace que amen más con la esperanza de recibir un solo favor que por gratitud por los muchos favores recibidos. Con todo, esta causa, el beneficio, es tan amplia, que parece abarcar la mayor parte de las demás.

SOFÍA.—En la cuarta causa, ¿hay alguna diferencia entre hombres y animales?

FILÓN.—Naturalmente. Los hombres se aman tanto como los animales de una misma especie, sobre todo los oriundos de un mismo país o región; pero los hombres no sienten un amor tan seguro y firme como los animales, ya que los más feroces y crueles no lo son con los de su misma especie: el león no roba a otro león, ni la serpiente ataca con su veneno a otra serpiente. En cambio, los hombres reciben mayores males y muertes de sus congéneres que de todos los animales y cosas contrarias del universo: la enemistad, la persecución y el hierro humano matan más hombres que todas las demás cosas, artificiales y naturales, juntas. La avaricia y la preocupación por las cosas superfluas son causas de la corrupción del amor natural de los hombres; de ellas derivan enemistades no sólo entre personas de muy distantes y diferentes países, sino también entre los de una misma provincia, ciudad e incluso casa: entre hermanos, entre padres e hijos, entre marido y mujer. A estas causas hemos de añadir otras supersticiones humanas que son causa de crueles enemistades.

SOFÍA.—Te falta por hablar de la última causa del amor, de la compañía. ¿Hay alguna diferencia entre el hombre y los animales?

FILÓN.—La compañía y la conversación tienen mayor fuerza en el amor y la amistad humanos que en los de los animales, por ser más intrínseca, ya que el habla lo hace penetrar mucho más hondamente en el cuerpo y en las almas, y aunque la ausencia lo haga cesar, su recuerdo perdura en la memoria de los hombres más que en los animales.

SOFÍA.—He comprendido bien cómo estas cinco causas del amor que se dan en los animales irracionales también se dan en el hombre y cuáles son las diferencias. Quisiera saber si existe en el hombre alguna otra causa de amor que no se halle en los animales.

FILÓN.—Hay en los hombres dos causas de amor de las que los animales carecen por completo.

SOFÍA.—Dímelas.

FILÓN.—Una es la conformidad de la naturaleza y el temperamento de dos hombres que, sin más razón, dan lugar a que desde la primera vez que se ven sean amigos. Como no hay otra causa de esta clase de amistad, se dice que se

avienen por temperamento, y, en efecto, se trata de una cierta semejanza o correspondencia armoniosa entre dos temperamentos. También se da el odio entre los hombres sin causa aparente, odio que deriva de una desproporcionada desemejanza de sus temperamentos. Los astrólogos dicen que esta amigable conformidad deriva de una semejanza o proporción en la posición de los planetas y demás señales celestes en el momento de nacer cada uno de ellos, así como la diferencia no amigable de los temperamentos procede de la diferente y desproporcionada posición de los astros en el momento del nacimiento. Esta causa de amor y amistad la hallamos en los hombres, mas no en los animales.

SOFÍA.—¿Cuál es la otra?

FILÓN.—La otra estriba en las virtudes morales e intelectuales, gracias a las cuales los hombres de bien aman mucho a los hombres excelentes. Los méritos de esas virtudes dan lugar al amor honesto, el más digno de todos, ya que los seres humanos, sin otra causa, sólo por virtud y sabiduría, se aman eficazmente con un amor muy perfecto y firme, que no por la utilidad y el placer. Estas dos causas comprenden las otras cinco. Sólo éste es amor honesto; procede de la recta razón, por lo cual no se da en los animales irracionales.

SOFÍA.—He comprendido bien cuáles son las causas de amor en los hombres y en los animales irracionales; pero veo que todas ellas son propias de los seres vivos, mas ninguna lo es de los inanimados. Sin embargo, tú dijiste que el amor no sólo es común a los animales sino también a los demás cuerpos insensibles, lo cual me resulta extraño.

FILÓN.—¿Por qué extraño?

SOFÍA.—Porque nada podemos amar si antes no lo conocemos, y los cuerpos inanimados carecen de conocimiento. Además, el amor procede de la voluntad o apetito y se imprime en los sentidos; los cuerpos inanimados carecen de voluntad, apetito y sentidos. ¿Cómo, pues, pueden tener amor?

FILÓN.—El conocimiento, el apetito y, por consiguiente, el amor son de tres clases: natural, sensitivo y racional voluntario.

SOFÍA.—Háblame de las tres.

FILÓN.—El conocimiento, el apetito y el amor natural se encuentran en los cuerpos no sensibles como los elementos y los cuerpos compuestos por elementos insensibles, por ejemplo los metales y las especies de piedras, y en las plantas, hierbas y árboles. Todos ellos tienen un conocimiento natural de su finalidad y una inclinación natural hacia ella, que les impulsa al fin, a los cuerpos pesados a bajar y los ligeros a ascender a lo alto, como a lugar propio conocido y deseado: esta inclinación se denomina, y es verdaderamente, apetito o amor natural<sup>4</sup>. El conocimiento y apetito o amor sen-

<sup>4</sup> Para la explicación que sigue, León Hebreo se sirve de conceptos de la física aristotélica (*Del cielo*, IV, 3 ss.; *Física*, IV, 3) a través de la *Guía de perplejos*: I, 36, I, 72, II, 4, aunque el amor de los seres al lugar natural, como base de un sistema del mundo, aparece con

sitivo es el que se da en los animales irracionales, que van tras lo conveniente y huyen de lo que les es perjudicial: buscan el alimento, la bebida, la templanza, el coito, la tranquilidad, etc., que primero es preciso conocer, luego apetecer y amar y, finalmente, conseguir. Si el animal no conociese estas cosas, no las desearía y amaría, y si no las apeteciese no trataría de conseguirlas y, al no poseerlas, no podría vivir. Pero ni este conocimiento es racional, ni este apetito o amor son voluntarios, ya que la voluntad no puede existir sin la razón; sin embargo, son obras de la facultad sensitiva, por lo que las denominamos conocimiento y amor sensitivos o, hablando con mayor propiedad, apetito. El conocimiento y el amor racional y voluntario sólo se da en los hombres, porque procede y está administrado por la razón, que sólo el hombre, de entre todos los cuerpos generables y corruptibles, posee.

SOFÍA.—Dices que el amor voluntario sólo es propio de los hombres y no de los demás animales y cuerpos inferiores; que el amor o apetito sensitivo reside en los animales irracionales, mas no en los cuerpos inanimados, y que el amor y el apetito natural es el único que se dan en los cuerpos inferiores insensibles. Quiero saber si este amor natural puede darse en los animales al mismo tiempo que el amor sensitivo que les es propio, y si el amor natural y el sensitivo se halla en los hombres junto con el amor voluntario y racional propio de ellos.

FILÓN.—Tu pregunta ha sido acertada. En efecto, junto con el amor más excelente se hallan los menos excelentes, pero con el que es menos no siempre se da el más excelente. En el hombre, junto con el amor racional voluntario se da también el amor sensitivo: buscar las cosas que convienen para la vida y huir de las perjudiciales; también se da en ellos la inclinación natural de los seres no sensibles, ya que cuando un hombre cae de un lugar elevado tiende naturalmente a ir hacia abajo, como cuerpo pesado que es, inclinación natural que también se halla en los animales, pues, por ser cuerpos pesados, tienden naturalmente a ir hacia el centro de la tierra, lugar conocido y deseado por naturaleza.

SOFÍA.—¿En qué te fundas para aplicar a estas inclinaciones naturales y sensitivas el nombre de amor? Parece que el amor sea propiamente un afecto de la voluntad, y sólo el hombre, de entre todos los seres, tiene voluntad. Llama, pues, a las otras inclinaciones o apetito, mas no amor.

FILÓN.—Según dice Aristóteles, las cosas se conocen por sus contrarios<sup>5</sup>. La ciencia de los contrarios sólo es una: si el contrario de esta inclinación es y se llama odio, es lógico que ella se denomine amor. Así como en el hombre el odio voluntario es lo contrario del amor, del mismo modo en los ani-

muchas frecuencia en la literatura; cf. sólo Guzmán de Alfarache, 1.<sup>a</sup> parte, III, 7: «No es posible lo que está violentado dejar de bajar o subir a su centro, que siempre apetece» (NPE, I, p. 409, con documentada nota).

<sup>5</sup> Aristóteles, *Metafísica*, III, 2.

males el odio hacia las cosas perjudiciales para la vida se opone al amor hacia las cosas convenientes para ella. El animal huye de lo primero y va en pos de lo otro; el odio le hace huir, mientras que el amor le impulsa a buscarlo. Asimismo, los cuerpos irracionales pesados tienen un amor natural a ir de arriba hacia abajo, y por eso lo hacen así, mientras que huyen de lo contrario, porque lo odian; ocurre al revés con los cuerpos ligeros: aman lo alto y odian lo bajo. Y del mismo modo que en todos ellos hay odio, también hay amor.

SOFÍA.—¿Cómo puede amar quien no conoce?

FILÓN.—Es que conoce, puesto que ama y aborrece.

SOFÍA.—Y, ¿cómo puede conocer quien carece de razón, de sentidos y de imaginación, como les ocurre a estos cuerpos inferiores insensibles?

FILÓN.—Aunque no tengan en sí mismos estas potencias cognoscitivas, están dirigidos por la naturaleza que conoce y gobierna todas las cosas inferiores, es decir, por el alma del mundo, hacia un recto e infalible conocimiento de las cosas naturales, para conservación de sus naturalezas.

SOFÍA.—¿Cómo puede amar quien no siente?

FILÓN.—Al igual que la naturaleza dirige rectamente los cuerpos inferiores para que conozcan su fin y lugares propios, ella misma les encamina a amarlos, a apetecerlos y a moverse para conseguirlos cuando están separados de ellos. Al igual que la flecha busca directamente el blanco, no porque le conozca, sino por el conocimiento del arquero que la dirige, del mismo modo estos cuerpos inferiores buscan su lugar propio y su fin, no por conocimiento propio, sino por el recto conocer del primer creador, conocimiento infuso en el alma del mundo<sup>6</sup> y en la naturaleza universal de las cosas inferiores. Por consiguiente, así como la tendencia de la flecha procede del conocimiento, del amor y del apetito del artífice, la de estos cuerpos irracionales deriva del conocimiento y del amor naturales.

SOFÍA.—Estoy conforme con la manera en que el amor y el conocimiento se da en los cuerpos inanimados; pero me agradaría saber si hay en ellos otro amor o apetito distinto del que sienten hacia sus lugares propios, los ligeros a ascender y los pesados a descender.

FILÓN.—El amor que los elementos y demás cuerpos inanimados sienten hacia sus lugares propios y el odio que tienen a los contrarios, se asemeja al amor que los animales sienten hacia las cosas convenientes y el odio por las perjudiciales, por lo cual huyen de lo uno y van en pos de lo otro. También se parece este amor al que sienten los animales terrestres hacia la tierra, los marinos por el agua, los voladores por el aire y la salamandra por

<sup>6</sup> Concepto de origen platónico (*Timeo*, 30 c) central entre los neoplatónicos (p. ej., Plotino, *Enéada*, IV, 3, XI, recogido por Ficino en *De vita coelitus comparanda*, I). Vid. F. A. Yates, *Giordano Bruno y la tradición hermética*, Barcelona, 1983, pp. 84-85.

el fuego, tanto que se dice que nace en él y en él habita<sup>7</sup>. Semejante a éstos es el amor de los elementos por sus lugares propios. Además de esta clase de amor, te diré que en los elementos actúan las cinco causas de amor recíproco que hemos dicho se daban en los animales.

SOFÍA.—¿Todas ellas?

FILÓN.—Todas.

SOFÍA.—Explícamelas detalladamente..

FILÓN.—Empezaré por la última\*, el amor hacia la misma especie, porque es más evidente. Verás que las partes de la tierra que se hallan separadas del conjunto, tienden a unirse a toda la tierra con un amor eficaz: las piedras que se solidifican en el aire buscan rápidamente la tierra; los ríos y demás corrientes de agua, nacidos en las profundidades de la tierra, de los vapores que ésta emana, convertidos en agua, apenas reúnen una cantidad suficiente, corren al encuentro del mar y de toda el agua, a causa del amor que sienten hacia su especie. Los vapores aéreos o vientos, que nacen en las profundidades de la tierra, tratan de salir fuera mediante terremotos, deseando hallarse en su elemento, en el aire, a causa del amor que tienen a su especie. Asimismo, el fuego, que se origina aquí abajo, trata de ascender al lugar de su elemento, a la parte superior, por amor hacia la especie.

SOFÍA.—He comprendido el amor que cada elemento siente hacia su propia especie. Hábllame de las otras causas.

FILÓN.—Hablaré de la penúltima de ellas\*\*, la cuarta, es decir, la sociedad, porque también es evidente, por ser proporcionada a los lugares naturales.

SOFÍA.—¿Pues qué otra compañía se da en los elementos y en dichos cuerpos?

FILÓN.—Cada uno de los cuatro elementos, es decir, tierra, agua, aire y fuego, ama descansar junto a uno de los otros, mas no junto a todos. La tierra huye del cielo y del fuego y busca el centro que es lo más alejado del cielo; le gusta estar cerca del agua y del aire, pero debajo y no encima de ellos, pues cuando está encima huye hacia abajo y no descansa hasta haberse alejado lo máximo posible<sup>8</sup>.

SOFÍA.—¿Por qué lo hace, ya que del cielo procede todo bien?

FILÓN.—Lo hace por ser el más pesado y espeso de todos los elementos, y, como holgazana que es, prefiere más que ninguno de los otros el descanso; como el cielo está siempre en movimiento continuo, sin descansar nunca, la tierra para poder reposar se aleja cuanto puede de él y sólo en el

centro, que es lo más bajo, halla reposo, rodeada de un lado por el agua y por el aire por el otro.

SOFÍA.—He entendido lo de la tierra. Hábllame del agua.

FILÓN.—También el agua es pesada y holgazana, pero menos que la tierra y más que los otros elementos; ésta es la razón de que también ella huya del cielo, ya que no se mueve velozmente como el aire y el fuego. Busca lo bajo y le agrada estar cerca, pero encima de la tierra y debajo del aire, hacia los cuales siente amor. Es enemiga y odia el fuego, por lo que huye y se aleja de él, y no tolera estar con él sin la compañía de los demás.

SOFÍA.—Hábllame del aire.

FILÓN.—El aire, por ser ligero y sutil, ama la naturaleza y la proximidad del cielo y ágilmente la busca cuanto puede. Asciende hacia arriba, aunque no hasta el lado mismo del cielo, puesto que no es una substancia tan purificada como el fuego, que ocupa el primer lugar. Por ello, el aire ama estar junto al fuego, debajo de él; también le gusta estar cerca del agua y de la tierra, pero no puede tolerar hallarse debajo de ellas, sino solamente encima; además, sigue fácilmente el continuo movimiento circular del cielo. Es amigo del fuego y del agua; mas como éstos son contrarios y enemigos entre sí, el aire se ha colocado entre ambos, como amigo de los dos, a fin de que no se perjudiquen mediante una guerra continua.

SOFÍA.—Falta por hablar del fuego.

FILÓN.—El fuego es el más sutil, ligero y purificado de los elementos. No siente amor hacia ninguno de ellos, excepto por el aire, cuya proximidad le agrada, con tal de estar encima de él. Ama el cielo y no descansa, donde quiera que se halle, hasta que logra colocarse junto a él. Este es el amor social que se da en los cuatro elementos.

SOFÍA.—Me complace; pero, ¿por qué no has hablado de la causa de que el fuego sea tan caliente y el agua tan fría? ¿Ni de las cualidades de los otros?<sup>9</sup>

FILÓN.—Porque no pertenece a esta causa de amor. Pero te la diré porque será útil para las otras. Has de saber que el cielo, mediante su movimiento continuo, y los rayos del Sol y de los demás planetas y estrellas fijas del octavo cielo, calientan este globo del cuerpo muerto que llena toda la concavidad de la esfera de la Luna. Como la primera parte de este globo, la más próxima al cielo, se calienta más, se purifica, se utiliza y se hace más ligera y muy caliente; su calor llega a ser tan grande que puede consumir todo lo húmedo, y queda seca: es el fuego. El calor celeste, al extenderse más lejos, a la parte de este globo que viene después del fuego, también la calienta, pero no hasta el extremo de que sea capaz de consumir lo húmedo: es el aire, caliente y húmedo, y gracias a la primera de estas cualidades también

<sup>7</sup> Vid. Plinio, *Historia natural*, X.

<sup>\*</sup> Antes, en la página 67, la expuso en penúltimo lugar. (N. del T.)

<sup>\*\*</sup> Antes la expuso en último lugar. (N. del T.)

<sup>8</sup> Cf. Aristóteles, *Física*, IV, 5. *Del cielo*, IV, 5, a través de Maimónides, *Guía*, I, 36.

<sup>9</sup> Doctrina basada en Aristóteles y Galeno. Cf. *Guía*, II, 19.

se purifica, se sutiliza y queda algo menos ligero que el fuego, porque es menos caliente que éste.

Cuando el calor celeste se extiende en este globo más allá del aire, ya no es capaz de crear un elemento caliente; al contrario, por estar lejos del cielo, queda frío, mas no tanto que no pueda existir en él lo húmedo. También queda pesado, a causa del espesor originado por la frialdad, y tiende a lo bajo: este elemento es el agua, fría y húmeda. Más allá de ésta, es tanta la frialdad en el resto del centro de este globo bajo el agua, que reseca todo lo húmedo, y queda como cuerpo especísimo, muy pesado, frío y seco, como es la tierra.

Por consiguiente, el aire y el fuego, que por su mayor proximidad disfrutan más del calor y del beneficio celeste, que es la vida de los cuerpos inferiores, aman más al cielo; donde quiera que se hallen se aproximan a él y con él se mueven en su continuo movimiento circular. Los otros dos, tierra y agua, por participar poco del calor y de la vida celeste, no le aman ni tratan de aproximarse a él; al contrario, le huyen, para poder descansar con tranquilidad, sin moverse con él, continua y circularmente.

**SOFÍA.**—Dado que, según dices, la tierra es el más bajo y vil de todos los elementos, el más alejado de la fuente de la vida que es el cielo, ¿cómo es que en ella se engendran tantísimas cosas diferentes, en mayor número que en ningún otro elemento? Así, por ejemplo, las piedras son de muchas maneras distintas: unas son grandes, limpias y hermosas, mientras que otras son claras y muy preciosas; los metales, no sólo son burdos, como el hierro, el plomo, el cobre, el estaño y el mercurio, sino también finos y brillantes, como la plata y el oro. También la tierra produce muchísimas especies de hierbas, flores, árboles y frutos; además de una gran multitud y diversidad de animales. Todos ellos están vinculados a la tierra, pues aunque en el mar viven algunas especies vegetales y una grandísima cantidad de animales, y en el aire los que vuelan, todos ellos, sin embargo, tienen reconocimiento a la tierra y es en ella donde más se paran. Además, en ella nace la especie humana, que es con mucho el más perfecto de los cuerpos que están bajo el cielo, especie que no habita en ninguna otra esfera de los elementos. ¿Cómo, pues, te atreves a decir que la tierra es el más vil y el más mortificado de los cuatro elementos?

**FILÓN.**—Aunque la tierra, por estar alejadísima del cielo, es en sí misma el más espeso, frío y bajo de los elementos y el más ajeno a la vida, sin embargo, por estar unida en el centro, recibe unidamente en sí las influencias y rayos de todas las estrellas, planetas y cuerpos celestes, que en ella se congregan. Atrae de esta manera la virtud de los demás elementos, que llegan a unirse de tantas y tan distintas maneras, que se engendran todas las cosas que has citado. Esto no podría ocurrir en ningún otro elemento, porque ninguno de ellos es receptáculo común y unido de todas las virtudes celestes elementales. Todas estas virtudes se unen en la tierra; pasan por los demás elementos, pero únicamente se asientan en la tierra, a causa de su espesor,

por estar en el centro y porque en ella inciden todos los rayos con mayor fuerza. De manera que ésta es la verdadera esposa del cuerpo celeste, mientras que los demás elementos sólo son concubinas suyas: en la tierra engendra el cielo toda o la mayor parte de su generación, y ella se adorna con tantas y tan diversas cosas.

**SOFÍA.**—Mi duda se ha disipado; volvamos a nuestro objeto. Dime si las demás causas del amor de los hombres y de los animales se dan en los elementos y otros cuerpos muertos, como, por ejemplo, la tercera causa, el beneficio, y la segunda, la sucesión generativa, y la primera, el deseo y placer de la reproducción.

**FILÓN.**—El beneficio se identifica en estos cuerpos elementales con la sucesión generativa, porque el engendrado ama al que lo engendró como benefactor suyo, y el progenitor ama al engendrado por ser receptor de su beneficio. Esta causa de la sucesión generativa se da también en las cosas engendradas por los elementos: verás que las cosas engendradas en la región del aire, por los vapores que suben de la tierra y del mar, cuando los vapores son húmedos producen agua, nieve y granizo, que, apenas han sido engendrados, inmediatamente, con amoroso impulso, bajan al encuentro del mar y de la tierra, su madre; en cambio, cuando los vapores son secos, se forman de ellos vientos y materias ígneas: los vientos buscan el aire mediante espiración y lo ígneo va hacia arriba en busca del fuego, cada uno de ellos movido por el amor hacia su origen propio y hacia el elemento que los engendró. También las piedras y metales producidos por la tierra, cuando están fuera de ella la buscan raudos y no paran hasta hallarse en ella, al igual que los niños buscan a su madre y sólo junto a ella se tranquilizan. La tierra los engendra, nutre y conserva con amor; las plantas, las hierbas y los árboles tienen tanto amor a la tierra, su madre y progenitora, que nunca, si no es por la fuerza, quieren apartarse de ella; más aún, con los brazos de sus raíces la abrazan afectuosamente, como hacen los niños con los pechos de sus madres. Y la tierra, madre amorosa, no sólo los engendra con gran caridad y amor, sino que siempre se preocupa de alimentarlos con su propia humedad, llevada desde su interior a la superficie para nutrirles con ella, como hace la madre que lleva la leche desde las entrañas a los senos para criar a sus hijos. Y cuando la tierra carece de humedad que ofrecerles, la pide, mediante ruegos y súplicas, al cielo y al aire, la compra y contrata con sus vapores que ascienden, de los cuales se produce el agua de lluvia que sirve para alimentar a sus plantas y a sus animales. ¿Qué madre podría haber más llena de piedad, más caritativa para con sus hijos?

**SOFÍA.**—Es verdaderamente admirable esta preocupación en un cuerpo sin alma como es la tierra, y mucho más admirable es la de Aquél que la pudo hacer tan especial. Sólo me queda por saber algo acerca de la primera causa del amor en los animales, es decir, el deseo y el placer de la reproducción, cómo se da en los elementos y cuerpos sin alma sensitiva.

FILÓN.—En los elementos y en la materia de todas las cosas inferiores se da el amor generativo con mucha más abundancia que cualquiera de las otras causas.

SOFÍA.—¿Cómo, en la materia? ¿Acaso la materia de todas estas cosas inferiores es algo distinto que estos cuatro elementos? Vemos, sin embargo, que de ellos proceden todas las demás cosas engendradas.

FILÓN.—Así es; pero los elementos mismos son generables, por lo cual es preciso decir de qué se engendran.

SOFÍA.—¿De qué? El uno del otro. Del agua se forma el aire; del aire, agua; del fuego, aire, y del aire, fuego, y lo mismo cabe decir de la tierra.

FILÓN.—También eso que dices es verdad. Mas en las cosas que se engendran de los elementos, los propios elementos son materia y fundamento que persiste en la cosa que ellos han engendrado, los cuatro unidos virtualmente. Pero cuando el uno es engendrado por el otro, no puede suceder así: cuando el fuego se convierte en agua, no queda fuego en el agua, al contrario, el fuego se corrompe y engendra agua. Siendo esto así es preciso señalar alguna materia común a todos los elementos, en la cual puedan verificarse todas estas transformaciones. Esta materia, una vez informada en forma de aire, por alteración suficiente, deja esa forma de aire y adopta la del agua, y lo mismo cabe decir de los otros elementos. Los filósofos la denominan primera materia; los más antiguos la llaman caos, que en griego significa «confusión»<sup>10</sup> porque todas las cosas, en potencia y generativamente, están en aquélla juntas y confusas; de ella se forman todas, cada una por sí, difusa y sucesivamente.

SOFÍA.—¿Qué amor puede haber en esta primera materia?

FILÓN.—Esta —según dice Platón— apetece y ama todas las formas de las cosas engendradas<sup>11</sup>, como la mujer al hombre. Su amor, apetito y deseo no lo sacia la presencia en acto de una de las formas, por lo cual se enamora de la que le falta y, abandonando la primera, adopta esta última, de tal manera que, no pudiendo conservar al mismo tiempo todas las formas en acto, las recibe sucesivamente, una después de otra. También posee, en muchas de sus partes, todas las formas juntas; pero como cada una de esas partes quiere gozar del amor de todas las formas, es preciso que se vayan transformando sucesiva y continuamente de una en otra, pues una forma no basta

<sup>10</sup> El concepto aristotélico de materia primera, a través de Maimónides, *Guía*, I, 28. Para el de caos, *vid.* Ovidio, *Metamorfosis*, I, 7.

<sup>11</sup> A partir del *Timeo*, 49 a, los neoplatónicos y gnósticos llaman a la materia madre y a la forma padre; pero cf. especialmente Maimónides, *Guía*, I, 17: «Así Platón y sus predecesores denominaban a la Materia, «hembra» y a la Forma, «macho». Ya sabes que los principios de los seres que nacen y perecen son tres: la materia, la forma y la privación particular inherente a la materia, pues si ésta contuviera en sí la privación, no sería susceptible de forma, de ahí que la privación sea elemento integrante de los principios» (*ed. cit.*, p. 89).

para saciar su apetito y amor, que excede sobremanera a la satisfacción, ni una sola de estas formas puede saciar éste su insaciable apetito. Así como ella es causa de la continua producción de las formas de que carece, también es causa de la continua corrupción de las formas que posee. Por ello, algunos la denominan meretriz<sup>12</sup>, porque no tiene amor firme y único por una sola cosa, sino que, cuando lo siente hacia una, desea abandonarla por allegarse a otra. A pesar de todo, gracias a este amor adulterino, adorna el mundo inferior con tanta y tan admirable diversidad de cosas tan bellamente formadas. Por consiguiente, el amor generativo de esta primera materia, su deseo constante hacia el nuevo marido de que carece, el placer que experimenta en el nuevo coito, son causas de la generación de todas las cosas generables.

SOFÍA.—Comprendo perfectamente el amor, el apetito y el deseo insaciable que hay en esta primera materia. Me gustaría saber qué amor generativo puede hallarse en los cuatro elementos, que son contrarios entre sí.

FILÓN.—El amor que suele darse en los cuatro elementos, aunque sean contrarios entre sí, es causa generativa de todas las cosas mixtas y compuestas por ellos.

SOFÍA.—Explícame de qué manera.

FILÓN.—Los elementos, por ser contrarios, están divididos y separados: el fuego y el aire, calientes y ligeros, buscan lo alto y huyen de lo bajo; la tierra y el agua, fríos y pesados, tienden a lo bajo y se apartan de lo alto. Sin embargo, muchas veces, por intercesión del cielo benigno, merced a su movimiento y a sus rayos, se unen amistosamente, y de tal manera se mezclan, tan amistosamente, que casi alcanzan una unidad de cuerpo uniforme y de uniforme cualidad. Esta amistad es capaz de recibir, por virtud del cielo, otras formas, más excelentes que ninguna de los elementos, en diversos grados, aunque los elementos quedan mezclados en ella materialmente.

SOFÍA.—¿Cuáles son estas formas que reciben, mediante su amistad, los elementos? ¿Cuántos son sus grados?

FILÓN.—En el primer y más débil grado de la amistad reciben las formas de los mixtos inanimados, como las formas de las piedras: unas oscuras, otras más claras; algunas brillantes y preciosas, en las que la tierra pone la dureza, el agua la claridad, el aire la diafanidad o transparencia y el fuego

<sup>12</sup> Maimónides, *Guía*, III, 8, glosa esta idea aplicando a materia y forma el proverbio salomónico de la mujer fuerte y la mujer adultera. Un precedente inmediato se encuentra en el *De amore*, de Francesco Cattani de Diacetto. Las variaciones sobre el tema son abundantes en la literatura; cf. sólo *La Celestina*, I: «Puesto que sea todo esto verdad, por ser tú hombre eres más digno... En que ella es imperfecta, por el qual defeto deseas e apetece a tí e a otro menor que tú. ¿No has leydo el filósofo, do dice: Assi como la materia apetece a la forma, assi la muger al varón?» (*vid.* Lope de Vega, *La Dorotea*, *ed. E. S. Morby*, Madrid, 1968, p. 95, n.º 91, donde se recogen éste y muchos ejemplos más).

la brillantez con los rayos que tienen las piedras preciosas. De esta primera unión amigable de los elementos proceden las formas de los metales: unos burdos, como el hierro y el plomo; otros más limpios, como cobre, estaño y mercurio; otros claros y hermosos, como la plata y el oro, en todos los cuales domina tanto el agua, que el fuego suele derretirlos. La forma del compuesto, piedra o metal, es más perfecta cuanto mayor y más regular es en él la amistad de los elementos. Cuando la amistad de estos cuatro elementos contrarios es de grado mayor, y su amor está unido con mayor igualdad y con menos exceso de uno de ellos, no solamente llegan a adoptar formas de mixtos, sino que pueden recibir formas más excelentes, como son las animadas. En primer lugar, las del alma vegetativa, que produce en las plantas la germinación, nutrición y crecimiento por todas partes, y la producción de sus semejantes mediante la semilla y las ramas del generante. De este modo se engendran todas las especies vegetales; las menos perfectas son las hierbas; los árboles, las más perfectas. El alma vegetativa de una especie es más perfecta y de mayor importancia que la de otra cuanto mayor es el amor, la unidad y más igual la amistad de estos cuatro elementos contrarios que se hallan en ella. Este es el segundo grado de su amistad.

Cuando el amor de los elementos es mayor, más unido y más igual, no solamente reciben las formas de los mixtos y las formas del alma vegetativa de nutrición, crecimiento y reproducción, sino que, además, reciben las del alma sensitiva, con sentidos y movimiento, fantasía y apetito. De este grado de amistad se engendran todas las especies de animales terrestres, marinos y volátiles. Algunos son imperfectos, pues carecen de movimiento y de sentidos, excepto el del tacto; mas los animales perfectos están dotados de todos los sentidos y de movimiento. Una especie es más excelente que otra en su obrar, cuando la amistad de sus elementos es mayor y de mayor unión e igualdad. Este es el tercer grado de amor en los elementos.

El cuarto y último grado de amor y amistad que se da en los elementos, ocurre cuando alcanzan el amor más igual y la amistad más unida posibles, pues entonces no sólo reciben las formas mixtas, vegetativas y sensitivas, y las del movimiento, sino que, además, son capaces de participar de una forma mucho más alejada y ajena a la vileza de estos cuerpos generables y corruptibles. Más aún: participan de la forma propia de los cuerpos celestes y eternos, es decir, el alma<sup>13</sup>, que de entre todos los seres inferiores sólo se da en la especie humana.

SOFÍA.—Pero, ¿cómo fue posible que el hombre, formado por estos mismos elementos contrarios y corruptibles, haya podido tener forma eterna e intelectual, propia de los cuerpos celestiales?

<sup>13</sup> La tripartición del alma en vegetativa, sensitiva e intelectiva procede de Aristóteles, *Del alma*, II y III.

FILÓN.—Porque el amor de sus elementos es tan igual, uniforme y perfecto, que es capaz de reunir toda la contrariedad de los elementos, de formar un cuerpo libre de toda contradicción y oposición, al igual que el cuerpo celeste, carente de cualquier contrariedad. Gracias a esto llega a participar de aquella forma intelectual y eterna, que solamente suele informar a los cuerpos celestes.

SOFÍA.—Jamás oí hablar de tal amistad entre los elementos, aunque bien sé que, según lo perfecta que es la constitución de aquéllos, la forma del compuesto resulta más o menos perfecta.

FILÓN.—¿No te parece verdadero amor y amistad la compleción de los elementos y su amistad, cómo los contrarios pueden estar juntos, sin discusión ni contradicción? Algunos aplican a esta amistad los nombres de armonía, música y concordancia, y tú sabes que la amistad produce concordia, mientras que la enemistad causa discordia. Por ello dice el filósofo Emperdócles que las causas de la producción y corrupción de todas las cosas inferiores son seis, a saber: los cuatro elementos, la amistad y la enemistad<sup>14</sup>. En efecto, la amistad de los cuatro elementos contrarios da lugar a la formación de los cuerpos compuestos por ellos, mientras que la enemistad causa la corrupción de los mismos. Junto a estos cuatro grados de producirse el amor en los elementos, que son causa del origen de todos los cuerpos compuestos según los cuatro grados de composición, has de suponer otros tantos grados de odio, que son causa de disolución y de corrupción. Luego, así como todo mal y ruina, deriva de la enemistad de dichos elementos, todo bien y formación procede del amor y de la amistad de los mismos.

SOFÍA.—Me agrada tu discurso acerca de las maneras y causas del amor que se halla en este mundo inferior, es decir, en todas las cosas generables y corruptibles, tanto en el hombre como en los brutos, en las plantas y en los mixtos que carecen por completo de alma y, asimismo, en los cuatro elementos y en la primera materia, común a todos.

Y me doy cuenta de que, así como una especie de animal ama a otra y procura ir acompañada de ella mientras aborrece y huye de una tercera, del mismo modo entre las plantas hay especies amigas, que nacen juntas y germinan mejor cuando están próximas, mientras que otras son enemigas, y al estar cerca una de otra se marchitan. Lo mismo ocurre con los metales: uno acompaña a otro en determinado mineral, pero no a un tercero; lo que también se da en las piedras preciosas. Así, vemos que el hierro ama tanto al imán que, a pesar de su espesor y pesadez, se mueve en busca de él. Y, para

<sup>14</sup> «Con la tierra conocemos la tierra; con el agua, el agua; con el aire, el aire luciente; con el fuego, el fuego voraz; el amor, con el amor; el odio, con el odio terrible» (trad. de F. Rico, *El pequeño mundo del hombre*, p. 14). Seguramente, la cita llega a León Hebreo a través de Aristóteles, *Del alma*, I, 2, 404 b.

concluir, veo que no hay cuerpo alguno bajo el cielo que carezca de amor, deseo y apetito natural, o sensual o voluntario, conforme has dicho. Sin embargo, me resultaría raro que en los cuerpos celestes y en los entendimientos espirituales hubiera amor, ya que carecen de las pasiones de estos cuerpos engendrables.

FILÓN.—En los cuerpos celestes y en las cosas intelectuales no hay menos amor que en las inferiores; al contrario, es más elevado.

SOFÍA.—Quisiera saber de qué manera, ya que la principal y más corriente causa de amor que yo conozco es la generación. Si en las cosas eternas no hay generación, ¿cómo puede haber amor?

FILÓN.—Carecen de generación porque son ingenerables e incorruptibles. Pero la generación de las cosas inferiores procede del cielo, como verdadero padre que es, al igual que la materia es la primera madre en la generación, y luego los cuatro elementos, especialmente la tierra, que es la madre más evidente. Y tú bien sabes que los padres tienen tanto amor como las madres; incluso, quizás tengan un amor más excelente y perfecto.

SOFÍA.—Háblame más extensamente de este amor paternal del cielo.

FILÓN.—En general te diré que al moverse el cielo, padre de las cosas generables, con movimiento continuo y circular, sobre todo la esfera de la primera materia, al moverse y mezclar todas sus partes, hace germinar todos los géneros, especies e individuos del mundo inferior de la generación, al igual que moviéndose el macho sobre la hembra y moviendo a esta última, ella concibe los hijos.

SOFÍA.—Háblame de esta propagación más clara y detalladamente.

FILÓN.—La primera materia, como una hembra, tiene cuerpo, el cual recibe la humedad que lo nutre, el espíritu que lo penetra y el calor natural que lo atempera y vivifica.

SOFÍA.—Explícame estas cosas una por una.

FILÓN.—La tierra es el cuerpo de la primera materia, receptáculo de todas las influencias de su macho, que es el cielo. El agua es la humedad que lo nutre; el aire, el espíritu que la penetra, y el fuego es el calor natural que la atempera y vivifica.

SOFÍA.—¿De qué manera pone el cielo su generación en la tierra?

FILÓN.—Todo el cuerpo del cielo es el macho que la cubre y rodea con un movimiento continuo. Aunque ella está inmóvil, sin embargo se mueve un poquito a causa del movimiento de su macho; pero su humedad (que es el agua), su espíritu (el cielo) y su calor natural (el fuego) se mueven actualmente por el movimiento celeste viril, al igual que se mueven todas estas cosas en la hembra en el momento del coito por el movimiento del macho, aunque ella no se mueva corporalmente, al contrario, esté quieta para recibir el semen de su macho.

SOFÍA.—¿Qué semen pone el cielo en la tierra?, y ¿cómo le puede poner?

FILÓN.—El semen que la tierra recibe del cielo es el rocío y el agua de lluvia que, con ayuda de los rayos del sol, de la luna y de los demás plane-

tas y estrellas fijas, engendra en la tierra y en el mar todas las especies e individuos de los cuerpos compuestos, según los cuatro grados de composición de los que ya te he hablado.

SOFÍA.—¿Quiénes son, propiamente, en el cielo, los productores de este semen?

FILÓN.—Todo el cielo lo produce gracias a su movimiento continuo, así como todo el cuerpo del hombre en conjunto interviene en la producción del esperma. Al igual que el cuerpo humano está compuesto por miembros homogéneos, es decir, de la misma naturaleza: huesos, nervios, venas, membranas y cartílagos, además de la carne, que es el relleno entre unos y otros, del mismo modo el gran cuerpo del octavo cielo está formado por estrellas fijas de diversa naturaleza, estrellas que se dividen en cinco magnitudes más una sexta formada por las estrellas nebulosas, además de la sustancia del cuerpo diáfano del cielo, que hace continuo y llena los espacios entre unas y otras.

SOFÍA.—Y los siete planetas, ¿para qué sirven en la formación de este semen del mundo?

FILÓN.—Los siete planetas son siete miembros heterogéneos, es decir, orgánicos, importantes en la producción de este semen, como lo son en el hombre los órganos que engendran el esperma.

SOFÍA.—Háblame ampliamente de ellos.

FILÓN.—La producción del esperma humano depende, en primer lugar, del corazón, que proporciona los espíritus con el calor natural, que es la forma del esperma. Segundo, el cerebro aporta lo húmedo, que es la materia del esperma. Tercero, el hígado, que mediante suave decocción atempera el esperma, lo rehace y aumenta con la parte más purificada de la sangre. Cuarto, el bazo que, después de haberlo purificado quitando las heces melancólicas, lo espera y lo rehace viscoso y ventoso. Quinto, los riñones, que gracias a su propia decocción, lo hacen agrio, caliente e incitativo, sobre todo por la porción de cólera que reciben constantemente de la bilis. Sexto, los testículos, donde el esperma recibe constitución perfecta y naturaleza seminal generativa. Séptimo, y último, el pene, que pone el esperma en la hembra receptora.

SOFÍA.—Comprendo perfectamente cómo participan en la formación del esperma viril estos siete miembros orgánicos. Pero, ¿qué relación tiene esto con los siete planetas?

FILÓN.—Pues que de una manera semejante participan los siete planetas del cielo en la producción del semen del mundo.

SOFÍA.—¿De qué manera?

FILÓN.—El Sol es el corazón del cielo, origen del calor natural y espiritual, que hace exhalar los vapores de la tierra y del mar, y producir el agua y el rocío que es el semen; sus rayos y aspectos la atraen, gracias, sobre todo, al cambio de las cuatro estaciones del año que él origina mediante su movi-

miento anual. La Luna es el cerebro del cielo, que produce la humedad, que es el semen en común; a consecuencia de sus fases cambian los vientos y descienden las aguas; produce la humedad de la noche y el rocío, que es nutriente seminal. Júpiter es el hígado del cielo que, con su calor, suave y húmedo, coopera en la generación de las aguas, en la templanza del aire y suavidad de las épocas. Saturno es el bazo del cielo, y gracias a su frialdad y sequedad se espesan los vapores y se condensan las aguas, se mueven los vientos que los llevan y se templa el exceso de calor. Marte es la hiel y los riñones del cielo que, mediante su calor excesivo, ayuda a ascender a los vapores, derrite el agua y la hace fluir, la hace sutil y penetrativa y le da calor seminal incitativo a fin de que la frialdad de Saturno y de la Luna no hagan el semen inapto para la generación por falta de calor actual. Venus es los testículos del cielo; tiene gran influencia en la producción del agua buena e idónea para la fecundación, ya que su frialdad y humedad son benignas, muy asimilables y aptas para dar lugar a la generación terrestre. Por la relación y la proximidad que tienen los riñones con los testículos en la producción del esperma, los poetas han imaginado a Marte enamorado de Venus, porque el uno proporciona la incitación y el otro la humedad necesaria para el semen. Mercurio es el pene del cielo, en ciertas ocasiones directo y en otras retraído; a veces causa actualmente las lluvias, y otras, las impide. Se mueve principalmente por la proximidad del Sol y por las fases de la Luna, al igual que se mueve el pene por deseo e incitación del corazón, de la imaginación y de la memoria del cerebro. Por consiguiente, puedes ver, Sofía, que el cielo es perfectísimo marido de la tierra, pues con todos sus miembros, tanto orgánicos como homogéneos, se mueve y se esfuerza en poner en ella el semen y producir en ella tantas cosas engendradas, hermosas y diferentes. ¿No ves que no sería continua tan gran diligencia, tan sutil provisión, si no fuera por el ferviente y profundísimo amor que el cielo, como verdadero hombre generador, siente hacia la tierra, hacia los demás elementos y hacia esta primera materia conjuntamente, como a la mujer propia de la cual está enamorado o casado con ella? Siente amor por las cosas engendradas, cuida admirablemente de su nutrición y conservación, como si verdaderamente se tratara de hijos. La tierra y la materia sienten amor hacia el cielo como a marido queridísimo, o a amante y bienhechor, y las cosas engendradas aman al cielo como a padre piadoso y óptimo curador. Con este amor recíproco se une el universo corpóreo, se adorna y se sostiene este mundo. ¿Qué mayor demostración quieres para comprender lo universal que es el amor?

SOFÍA.—Es admirable el amor matrimonial y mutuo de la tierra y del cielo, así como las propiedades femeninas que tiene la tierra y las masculinas del cielo, junto con sus siete planetas, que corresponden a los miembros que participan en la producción del esperma del hombre. Ya había oído decir que cada uno de los siete planetas tenía, según los astrólogos, influencia sobre

uno de los miembros humanos, pero no creía que fuera sobre los que participan en la generación, sino sobre los miembros externos de la cabeza, adecuados para servir al conocimiento sensible e interior.

FILÓN.—Es cierto que los siete planetas tienen influencia sobre las siete concavidades que hay en la cabeza, y que sirven al sentido y al conocimiento, es decir: el Sol sobre el ojo derecho y la Luna sobre el izquierdo, porque ambos son ojos del cielo. Saturno sobre la oreja derecha y Júpiter sobre la izquierda (según otros, al revés); Marte sobre el orificio nasal derecho y Venus sobre el izquierdo (según otros, al revés); Mercurio sobre la lengua y la boca, porque él preside la elocuencia y las doctrinas. Pero esto no quita que, como dicen los astrólogos, tengan influencia sobre los siete miembros del cuerpo que intervienen en la generación, según te he dicho.

SOFÍA.—¿Por qué razón convienen y cuadran estas dos maneras de influencia parcial en los miembros humanos?

FILÓN.—Porque estos siete miembros del conocimiento se corresponden en el hombre con los siete de la generación.

SOFÍA.—¿De qué manera?

FILÓN.—El corazón y el cerebro son en el cuerpo lo que los ojos en la cabeza; el hígado y el bazo, como las dos orejas; los riñones y los testículos, como los dos orificios nasales. El pene se asemeja a la lengua, por posición y forma, por extenderse y retraerse; está colocada en medio de todos, y así como el pene al moverse engendra generación corporal, la lengua la engendra espiritual al expresar teorías, y produce hijos espirituales al igual que el pene los produce corporales, y el beso es común a ambos, el uno para incitar el otro. Al igual que los demás miembros sirven a la lengua para conocer, y ella es el fin para captar este conocimiento, todos los otros auxilian al pene en la generación, en la que consiste su fin. Así como la lengua está colocada entre las dos manos, que son instrumentos para llevar a cabo lo que se conoce y se habla, el pene está colocado entre las piernas, instrumentos del movimiento para acercarse a la hembra que recibe.

SOFÍA.—He comprendido esta correspondencia entre los miembros cognoscitivos de la cabeza y los generativos del cuerpo. Pero dime por qué, a semejanza de esto, no hay en el cielo dos clases de planetas que correspondan unos al conocimiento y otros a la generación, a fin de que la semejanza sea más perfecta.

FILÓN.—El cielo, por su sencillez y espiritualidad, con los mismos miembros e instrumentos del conocimiento engendra las cosas inferiores. Por ello, el corazón y el cerebro, productores del semen generativo del cielo, son ojos con los que ve, es decir, el Sol y la Luna; el hígado y el bazo, templadores del semen, son los oídos con que oye, es decir, Saturno y Júpiter; los riñones y los testículos, perfeccionadores del semen, son los orificios nasales con los que huele, es decir, Marte y Venus; el pene, que deposita el semen, es la lengua mercurial, guía del conocimiento. En cambio, en el hombre (y en los

demás animales perfectos), a pesar de ser imagen y simulacro del cielo, fue preciso separar los miembros cognoscitivos de los generativos, poner los primeros en la parte superior de la cabeza y los últimos en la inferior del cuerpo, pero correspondiéndose entre sí.

SOFÍA.—Estoy satisfecha de esto. Pero me queda una duda: tú has comparado el cielo al hombre, y la materia, la tierra y demás elementos a la hembra; en cambio, siempre he oído decir que el hombre no sólo es simulacro del cielo, sino de todo el universo corpóreo e incorpóreo a la vez.

FILÓN.—Y así es: el hombre es imagen de todo el universo, por lo cual los griegos lo llaman *microcosmos*, que significa «mundo pequeño». Sin embargo, el hombre (y cualquier otro animal perfecto) contiene en sí el macho y la hembra, porque su especie se salva en ambos y no en uno solo de ellos. Por esto, no sólo en la lengua latina *homo* significa macho y hembra, sino que también en la hebrea, la más antigua, madre y origen de todas las lenguas, *Adam*<sup>\*</sup>, que quiere decir hombre, significa macho y hembra, y en su significado se contienen juntos ambos conceptos.

Los filósofos afirman que el cielo es un solo animal perfecto. Pitágoras creía que tenía derecha e izquierda, como cualquier otro animal perfecto. Decía que la mitad del cielo desde el Ecuador hasta el Polo Ártico, que llamamos Tramontana<sup>\*\*</sup>, era la derecha del cielo, porque de dicha línea hacia el norte podía ver mayores estrellas fijas, más claras y numerosas de las que veía desde el Ecuador hasta el otro Polo, e incluso le parecía que causaba, en los seres inferiores, mayor y mejor generación en esa parte de la tierra que en la otra, por lo que llamaba a la otra mitad del cielo, la que va del Ecuador al Polo Antártico, que nos está oculto, izquierda del cielo.

En cambio, Aristóteles, al confirmar que el cielo es un animal perfecto<sup>15</sup>, dice que no sólo tiene estas dos partes del animal, es decir, derecha e izquierda, sino que tiene, además, las otras partes del animal perfecto, es decir: delantera y trasera, o sea, cara y espaldas; alta y baja, o sea, cabeza y pies. Dice esto, porque en el animal se hallan separadas y diferenciadas cada una de estas seis partes; la derecha y la izquierda presuponen las otras cuatro, sin las cuales no podrían darse, ya que derecha e izquierda son partes de la anchura del cuerpo del animal, mientras que lo alto y lo bajo, es decir, la cabeza y los pies, son partes de la longitud, que precede naturalmente a la anchura. Delante y detrás, o sea, cara y espaldas, son partes de la profundidad del cuerpo del animal, que es base de la longitud y de la anchura. Por consiguiente, dado que el cielo tiene derecha e izquierda —según dice Pitágoras— es preciso que también posea las otras cuatro partes de las

otras dos dimensiones: cabeza y pies, en la longitud; cara y espaldas, en la profundidad. Añade Aristóteles que la derecha del cielo no es nuestro polo, ni la izquierda el otro, como pretendía Pitágoras, porque la diferencia y la superioridad de una parte sobre otra no residiría en el cielo mismo, sino en el modo en que se nos aparecen, y quizás en la otra parte, la que desconocemos, haya más estrellas fijas en el cielo y más moradas en la tierra (y, en nuestros días, la experiencia de los viajes de portugueses y españoles, han demostrado parte de esto). Por ello, Aristóteles dice que el oriente es la derecha del cielo y el occidente la izquierda, que todo el cuerpo del cielo es un animal, cuya cabeza es el Polo Antártico que nos está oculto, y los pies el Ártico. Y así, la derecha está en el oriente, la izquierda en el occidente, la cara es la parte que hay de oriente a occidente y las espaldas, o parte posterior, la que va de occidente a oriente, por debajo.

Por consiguiente, dado que todo el universo es un hombre o, mejor, un animal que contiene macho y hembra, y el cielo es uno de los dos, perfectamente, con todas sus partes, ciertamente puedes creer que es el macho u hombre, mientras que la tierra y la primera materia, junto con los elementos, son la hembra, y también puedes creer que ambos están siempre unidos en amor matrimonial, o bien, en recíproco afecto de dos amantes verdaderos, según te he dicho anteriormente.

SOFÍA.—Me agrada lo que has dicho de Aristóteles, de la animalidad del cielo y de sus seis partes, naturalmente diferenciadas en el animal y en las plantas. Aunque en estas últimas existe una diferenciación de cabeza y pies: la cabeza es la raíz y los pies las hojas (en los animales ocurre al revés, de lo alto a lo bajo), sin embargo, no poseen diferenciadas las otras partes, pues no tienen cara ni espaldas, ni derecha ni izquierda. En lo que dice Aristóteles de que el oriente es la derecha del cielo y el occidente la izquierda, me asalta una duda: oriente y occidente no son siempre lo mismo para todos los habitantes de la tierra; nuestro oriente es occidente para quienes moran debajo de nosotros, es decir, para los antípodas<sup>16</sup>, y nuestro occidente es oriente para ellos, y, asimismo, todas las partes de la esfera del cielo, de levante a poniente, son para ciertos habitantes de la tierra oriente y para otros occidente. Luego, ¿cuál de estos orientes será la derecha?, ¿por qué el uno y no el otro? Y si cada oriente es la derecha, ¿uno mismo será derecha e izquierda? Resuélveme esto, que me parece absurdo.

FILÓN.—Tu duda, Sofía, no es muy fácil de resolver. Algunos sostienen que el oriente que es la derecha del cielo es el oriente de quienes habitan en el centro de la extensión de la población del mundo, de levante a poniente porque creen que la mitad de la extensión está habitada, o es tierra descubierta, mientras que la otra está cubierta por las aguas.

\* En castellano, Adán. (*N. del T.*)

\*\* Véase la nota de la página 67. (*N. del T.*)

<sup>15</sup> La crítica de Aristóteles a Pitágoras en *Metafísica*, I, 5, *Del cielo*, II.

<sup>16</sup> Cf. Platón, *Timeo*, 63 a; Aristóteles, *Del cielo*, IV, 1.

SOFÍA.—Esto es verdad.

FILÓN.—No, por cierto, ¡no es verdad! Sabemos que la mayor parte de la esfera terrestre, de levante a poniente, está descubierta; cada una tiene su oriente y no hay razón para que uno sea más que otro la derecha, sobre todo porque lo que para unos es oriente para otros es occidente. Y de ser así, un mismo oriente sería derecha e izquierda, como tú has dicho. Por ello, otros sostienen que el signo Aries es la derecha del cielo y Libra la izquierda.

SOFÍA.—¿Por qué razón?

FILÓN.—Porque cuando el Sol está en Aries tiene mayor potencia y entonces germinan todas las plantas y el mundo se rejuvenece, mientras que cuando está en Libra todas se van secando y, por lo tanto, envejeciendo.

SOFÍA.—Aunque fuera así, no por ello sería Aries la derecha, porque no siempre está al oriente, sino alguna vez al occidente; cuando para unos es oriente, para otros es occidente, y Aristóteles dice que el oriente es la derecha.

FILÓN.—Los refutas muy bien. En efecto, el Sol, al entrar en Aries, no es tan benévolos y bienhechor para todos los habitantes de la tierra porque los de la otra mitad, los que habitan al otro lado del Ecuador y pueden ver el Polo Antártico, que se denominan antictinos<sup>17</sup>, reciben el beneficio de la primavera cuando el Sol está en Libra, pues entonces empieza a acercarse a ellos, y, en cambio, notan el fin del otoño cuando está en Aries, pues se aleja de ellos, al contrario de lo que nos ocurre a nosotros. Por consiguiente, nuestra derecha sería para ellos izquierda, mientras que la derecha del animal es para todos derecha, y lo mismo la izquierda.

SOFÍA.—Sin duda es así, pues ya había oído decir que quienes habitan más allá de la zona tórrida están en primavera cuando nosotros estamos en otoño, y en otoño cuando estamos en primavera. Sin embargo, te suplico, Filón, que no dejes mi duda sin solución verdadera, caso de que la sepas.

FILÓN.—Los comentaristas de Aristóteles sólo hallaron estos dos modos de resolverla; como conocían la debilidad de su solución, se adhirieron a la que menos inconveniente presentaba. Y tú, Sofía, conténtate con lo que aquellos, mucho más sabios que tú, se contentaron.

SOFÍA.—Yo me guío por mi opinión y no por la de los demás; veo que tú aún estás menos satisfecho que yo con estas soluciones. Para tranquilizarme es preciso que me concedas que tu Aristóteles se equivocó, o bien trata de darme una respuesta más satisfactoria que ésta.

FILÓN.—Dado que mi mente está identificada contigo ninguno de mis conceptos puede negársete. Yo entiendo de otra manera a Aristóteles, quien explica agudamente las obras de estas seis partes, tanto en el cielo como en todo animal perfecto. Dice que lo alto, o sea, la cabeza, que es principio de

la longitud del animal, es la parte de la que primero depende la facultad de moverse, pues ciertamente de la cabeza o cerebro proceden los nervios y espíritus motores; la derecha es la parte donde el movimiento mismo empieza, según es manifiesto en el hombre; la cara, o parte delantera, es donde se dirige el movimiento de la derecha. Las otras tres partes son las opuestas a éstas en dichas operaciones.

SOFÍA.—Entiendo esto. Vamos a la duda.

FILÓN.—Aristóteles dice que la derecha es la parte en que se levanta el Sol y las demás estrellas y planetas, es decir, el oriente. Añade que esto no es propio de una parte determinada materialmente, sino de todas virtualmente, en cuanto son oriente y se dirigen hacia occidente, y no al contrario, según el movimiento de los planetas errantes, que van de occidente a oriente. Aquél es un movimiento izquierdo y propio de la parte izquierda, y se parece al movimiento imperfecto y débil de la mano izquierda del hombre, al igual que el de oriente a occidente, en cualquier parte del cielo, es movimiento derecho y de la parte derecha. En efecto, dado que la cabeza del cielo es el Polo Antártico y los pies el Ártico, según él dice, es preciso que —encaminándose siempre el cielo y todas sus partes de oriente a occidente—, el movimiento empiece en la parte derecha y el opuesto en la izquierda. Y así la cara queda en aquella parte que está entre oriente y occidente, por encima, hacia donde se dirige el cielo en el movimiento derecho, mientras que las espaldas son la parte que queda detrás del oriente, debajo del cual se separan, como la mano derecha de las espaldas.

SOFÍA.—Me agrada comprenderte. Según lo que dices, en el cielo, sólo lo alto y lo bajo, o sea, la cabeza y los pies, están diferenciados materialmente; el uno es uno de los polos, y el otro, el otro; las demás cuatro partes se delimitan según la dirección del movimiento. ¿Es así, Filón?

FILÓN.—Así es; lo has comprendido bien.

SOFÍA.—Sin embargo, en los animales todas las seis partes son diferentes y están diferenciadas materialmente. Dime por qué se da en ellos tal diferencia.

FILÓN.—El animal se mueve directamente de un lugar a otro, y las partes de su longitud y anchura están diferenciadas y son diferentes; en cambio, en el cielo, que se mueve según movimiento circular de sí mismo a sí mismo, y siempre gira sobre sí, es preciso que estas partes estén en él, materialmente, una misma en otra misma y todo en todo, por lo que la cabeza y los pies del cielo, o sea, sus polos, como nunca se cambian el uno por el otro, están diferenciados materialmente, al igual que en los animales.

SOFÍA.—Si uno mismo es oriente y occidente, se deduce que uno mismo es derecha e izquierda.

FILÓN.—No es así, porque, aunque materialmente determinado trozo del cielo sea para unos oriente y para otros occidente, según el movimiento del cielo, todo él y cada parte, es oriente para todos cuando se halla en su oriente.

<sup>17</sup> Cf. Aristóteles, *Del cielo*, II, 13; Cicerón, *Cuestiones Tusculanas*, I, 78.

te y, por razón del movimiento, siempre es la derecha y nunca la izquierda. Sin embargo, nunca se mueve, ni el cielo ni ninguna de sus partes, al contrario de aquel movimiento derecho, es decir, al revés, como lo hacen siempre los planetas errantes, por lo que su movimiento es izquierdo. Se mueven así, al revés, para contrarrestar el movimiento derecho del cielo, para favorecer los contrarios inferiores y para dar lugar a la continua generación de estos últimos.

SOFÍA.—Te he comprendido y queda disipada mi duda. Sin embargo, quisiera que me explicaras de qué manera dicen los filósofos que un solo hombre es imagen de todo el universo, tanto del mundo inferior de la generación y de la corrupción, como del mundo celeste y del espiritual o angélico, es decir, divino<sup>18</sup>.

FILÓN.—Parece que me apartas un poco de nuestro propósito, es decir, de la universalidad del amor; pero como, de todos modos, esto guarda alguna relación con nuestra materia, te lo explicaré brevemente. Los tres mundos que has especificado: generable, celeste e intelectual, están contenidos en el hombre como en un microcosmos, y se dan en él no sólo diferentes en cualidades y obras, sino también diferenciados en miembros, partes y lugares del cuerpo humano.

SOFÍA.—Explícame los tres particularmente.

FILÓN.—El cuerpo humano se divide en tres partes, al igual que el mundo, una sobre la otra: la inferior va de una capa o membrana que divide el cuerpo por la mitad, en la cintura, llamada diafragma, hasta abajo, a las piernas; la segunda va desde aquella membrana hasta la cabeza; la tercera, la más elevada, es la cabeza.

La primera contiene los órganos de la nutrición y de la reproducción: estómago, hígado, hiel, bazo, mesenterio, intestinos, riñones, testículos y pene. Esta parte del cuerpo humano está relacionada con el mundo inferior de la generación del universo; así como en este último, de la primera materia se producen los cuatro elementos (fuego, aire, agua y tierra), así en esta parte, del alimento, que es primera materia de los cuatro humores, se producen: la bilis, caliente, seca y sutil, semejante al fuego; la sangre, caliente y húmeda, ligeramente templada, relacionada con el aire; la flema, fría y húme-

<sup>18</sup> La fuente es seguramente Maimónides, quien en su *Guía*, I, 72, compara el Universo con el individuo, estableciendo una serie de correspondencias anatómicas entre el hombre y el universo y formulando la noción de microcosmos a través del «intelecto hílico», exclusivo del hombre. Cf. también Pico della Mirandola: «La natura dello uomo, quasi vincolo e nodo del mondo, è collocata nel grado mezzo dell'Universo; e come ogni mezzo partecipa di gli extremi, così l'uomo per diverse sue parte con tutte le parti del mondo ha communione e convenienza, per la quale cagione si vuole chiamare Microcosmo, cioè uno piccolo mondo» (*Commento*, ed. Garin, p. 478; también *De hominis dignitate*, p. 192). Pero el precedente inmediato se encuentra en el *De amore* de Francesco Cattani da Diacceto.

da, semejante al agua, y el humor melancólico, frío y seco como la tierra. Así como de los cuatro elementos se forman los animales que, además de la nutrición y del crecimiento, poseen sentidos y movimiento; las plantas, que carecen de sentidos y de movimiento, y sólo tienen nutrición y crecimiento; otros mixtos, sin alma, carentes de sentidos, movimiento, nutrición y crecimiento, pero que son como heces de los elementos, es decir, piedras, hongos, sales y metales, del mismo modo, de estos cuatro humores, producidos en esta primera parte inferior de los hombres, se forman órganos dotados de nutrición, crecimiento, sentidos y movimiento, como son: nervios, membranas, tendones y músculos, y otros que carecen por sí de sentido y de movimiento, como: huesos, cartílagos y venas. También del alimento y de los humores proceden otras cosas que ni tienen sentido ni movimiento, nutrición ni crecimiento, sino que son heces y residuos del alimento y de los humores, como son: las heces, la orina, el sudor y las destilaciones de la nariz y de las orejas. Al igual que, en el mundo inferior, de la putrefacción, se forman algunos animales, muchos de los cuales son venenosos, de la putrefacción de los humores se engendran muchas clases de enfermedad, algunas de ellas venenosas. Finalmente, así como en el mundo inferior, por participación del cielo, se forma el hombre, que es un animal espiritual, del mismo modo del mejor de los humores, del más volátil y sutil, se forman espíritus sencillos y purificados, por participación y asistencia de los espíritus vitales, que siempre están en el corazón, los cuales pertenecen a la segunda parte del cuerpo humano que tiene correspondiente en el mundo celeste, según diremos.

SOFÍA.—He comprendido perfectamente la correspondencia de la parte inferior del hombre con el mundo inferior de la generación y de la corrupción. Hábllame ahora de la parte celeste.

FILÓN.—La segunda parte del cuerpo humano contiene los órganos espirituales que están encima del diafragma hasta la garganta, es decir, el corazón y los dos pulmones, el derecho y el izquierdo, en el primero de los cuales hay tres lóbulos y en el izquierdo dos. Esta parte corresponde al mundo celeste. El corazón es la octava esfera, llena de estrellas, encima de la cual está todo lo celeste, que se denomina primer motor, por mover todas las cosas: se mueve de un modo igual, uniforme y circularmente, y sostiene todas las cosas corpóreas del universo mediante su movimiento continuo, y cualquier otro movimiento continuo que tengan los planetas o los elementos procede de él. Así es el corazón en el hombre: siempre se mueve con movimiento circular y uniforme, nunca descansa; merced a su movimiento mantiene con vida todo el cuerpo humano; él es causa del movimiento continuo de los pulmones y de todas las arterias que laten en el cuerpo. En el corazón se hallan todos los espíritus y virtudes humanas, al igual que en el cielo hay tantas estrellas claras, grandes, medianas y pequeñas. Hay muchas figuras celestes ligadas a este cielo primer motor, como los siete planetas errantes, lla-

mados así porque yerran en su movimiento: a las veces van derechos, otras retroceden; alguna vez rápidamente, otras despacio y todos siguen al primer motor. Esto es lo que ocurre con los pulmones, que siguen al corazón y le sirven en su continuo movimiento; pero, por ser esponjosos, se dilatan y contraen, a veces de prisa y otras despacio, como los planetas errantes. Al igual que los más importantes de estos planetas para gobernar el universo son los dos luminares, Sol y Luna, y encima acompañan al Sol tres planetas superiores: Marte, Júpiter y Saturno, y debajo, con la Luna, están los otros dos: Venus y Mercurio, del mismo modo el pulmón derecho, más importante, es símbolo del Sol, y tienen en sí tres lóbulos que proceden del mismo pulmón, mientras que el pulmón izquierdo, simulacro de la Luna, sólo tiene dos lóbulos; el conjunto alcanza el número de siete. Así como el mundo celeste mantiene este mundo inferior con sus rayos y su movimiento continuo, gracias a los cuales les proporciona el calor vital, la espiritualidad y el movimiento, así este corazón, junto con los pulmones, mantiene todo el cuerpo con las arterias, gracias a las cuales proporciona a todo su calor, sus espíritus vitales y su continuo movimiento. Por consiguiente, la semejanza es perfecta por completo.

SOFÍA.—Me agrada esta correspondencia del corazón y los miembros espirituales con el mundo celeste, y sus influencias sobre el mundo inferior. Si me quieres ahora complacer, explícame cuál es el correspondiente del mundo espiritual en el cuerpo humano.

FILÓN.—La cabeza del hombre, que es la parte superior de su cuerpo, es imagen del mundo espiritual, el cual —según el divino Platón (que no anda lejos de Aristóteles)— tiene tres grados: alma, entendimiento y divinidad<sup>19</sup>. Del alma procede el movimiento celeste y ella provee y gobierna la naturaleza del mundo inferior, al igual que en éste la naturaleza gobierna la primera materia. El equivalente del alma en el hombre es el cerebro, con sus dos potencias del sentido y del movimiento voluntario, potencias que están contenidas en el alma sensitiva, correspondiente al alma del mundo, que provee y mueve los cuerpos. Viene luego en el hombre el entendimiento posible, que es la última forma humana y que corresponde al entendimiento del universo, en el cual están todas las criaturas angélicas. Finalmente, hay en el hombre el entendimiento agente, el cual, al unírsele el posible, se hace actual y lleno de perfección y de gracia de Dios, copulado con su sagrada divinidad. Esto es lo que en el hombre corresponde al principio divino, del cual todas las cosas toman su principio, y a él se dirigen y en él descansan como en su fin último.

Esto debe bastarse, Sofía, en este nuevo diálogo familiar, acerca de la semejanza del hombre con todo el universo y por qué, con razón, los lla-

<sup>19</sup> La base de esta división, en el *Timeo*, 64 d-72 e. Los platónicos del Renacimiento establecieron una jerarquía más detallada (cf. E. Panofsky, «El movimiento neoplatónico en Florencia y en el norte de Italia», *Estudios sobre iconología*, pp. 195-197).

maron los antiguos microcosmos<sup>20</sup>. Hay otras muchas semejanzas de detalle que sería prolífico enumerar y que están fuera de nuestro propósito. Utilizaremos lo dicho cuando hablamos del nacimiento y del origen del amor; entonces podrás comprender que las cosas del mundo no se aman en vano unas a otras, las elevadas a las bajas, y viceversa, ya que todas son partes de un mismo cuerpo que responde a una integridad y perfección.

SOFÍA.—La conversación nos ha transportado y alejado un poco de nuestro propósito. Volvamos a nuestra intención, Filón. Has demostrado (si he comprendido bien) cuán grande es el amor que siente el cielo, como hombre generador, hacia la tierra y hacia la primera materia de los elementos, como mujer que recibe su generación. Según esto, no cabe duda de que el cielo siente amor hacia todas las cosas engendradas por la tierra, mejor dicho, por la materia de los elementos, como el padre lo siente hacia sus propios hijos. Este amor se manifiesta ampliamente en el cuidado que pone en conservarlas, premiarlas y sustentárlas, produciendo el agua de lluvia para alimentar las plantas, las plantas para nutrir a los animales, y ambos para sustento y servicio del hombre, primogénito y principal engendrado suyo. Él hace cambiar las cuatro estaciones del año (primavera, verano, otoño e invierno) para dar origen y sustento a las cosas y para templar el aire, por ser necesario para la vida de ellas y para igualar su constitución. También vemos que las cosas engendradas aman el cielo, padre piadoso y verdadero, por la alegría que a los animales les produce la luz del sol y la llegada del día, mientras que la oscuridad del cielo al llegar la noche les produce tristeza y les obliga a recogerse en sus moradas. Estoy segura de que podrías decirme muchas más cosas acerca de esto, pero me basta con lo que has dicho acerca del mutuo amor del cielo y la tierra, como hombre y mujer; del amor de cada uno de ellos hacia las cosas que han engendrado, como amor de padre y madre hacia sus hijos; y del amor que las cosas engendradas sienten hacia la tierra y hacia el cielo, como los hijos hacia la madre y el padre. Pero quisiera que me dijeras si los cuerpos celestes, además del amor que sienten por las cosas del mundo inferior, se aman entre sí, ya que, teniendo en cuenta que entre ellos no existe generación (que merece la principal causa del amor entre las cosas del universo), parecería que tampoco debiera darse el mutuo amor y el placer de la identificación.

FILÓN.—Aunque entre los cuerpos celestes falta la recíproca y mutua generación, no falta el perfecto y recíproco amor. La principal demostra-

<sup>20</sup> «Primum igitur, illud advertendum, vocari a Mose mundum hominem magnum. Nam si homo est parvus mundus, utique mundus est magnus homo. Hinc sumpta occasione, tres mundos, intellectualem, celestem et corruptibilem per tres homines partes aptissime figurat, simul indicans hac figura non solum contineri in homine mundos omnes, sed et quae hominis pars sui mundo respondeat breviter declarans», Pico della Mirandola, *Heptaphilus*, ed. Garin, p. 380.

ción de que tienen amor entre sí, es que entre ellos reina constantemente la amistad y concordancia armónica, pues tú ya sabes que toda concordancia procede de una verdadera amistad o de un verdadero amor. Si contemplases, Sofía, la correspondencia y la concordancia de los movimientos de los cuerpos celestes (de los que se mueven de levante a poniente, y de los que se mueven al revés, de poniente a levante; unos con movimiento velocísimo, otros con menor velocidad; unos despacio, otros muy lentamente; a veces se mueven regularmente, otras retrogradan; a veces están parados en la estación, sea en la progresión sea la retrogradación; a las veces se inclinan a septentrión, otras hacia mediodía y otras van por el centro del Zodíaco; uno de ellos, el Sol, jamás se aparta de aquel recto camino del Zodíaco, no se inclina ni hacia septentrión ni hacia mediodía, como hacen los demás planetas); si conocieses el número de las esferas celestes, a causa de las cuales son necesarios los diversos movimientos (sus medidas, formas y posiciones; sus polos, epiciclos, centros y excéntricos: uno ascendente y otro descendente; uno al oriente del Sol y otro al occidente, y muchas cosas que sería largo citar en nuestro actual diálogo), si conocieses todo esto verías una correspondencia y una concordia tan admirables entre diversos cuerpos y diferentes movimientos en una unión armónica, que quedarías maravillada por la previsión del ordenador. ¿Qué mayor demostración de verdadero amor y perfecto afecto del uno hacia el otro cabe que ver una tan suave conformidad, basada y persistente en tanta diversidad? Decía Pitágoras que los cuerpos celestes al moverse producían voces excelentes, que se correspondían una a otra en armónica concordancia<sup>21</sup>, música celestial que—según él—era causa de que todo el universo se mantuviera en su peso, en su número y en su medida. Señalaba a cada esfera y a cada planeta un sonido y una voz propios, y explicaba la armonía que de todos ellos resultaba. La causa de que nosotros no oigamos esta música celestial estriba—según él—en lo alejado que está el cielo de nosotros, o bien en la costumbre que hace que no la oigamos, al igual que ocurre a quienes viven junto al mar, que, por la costumbre, no oyen su estrépito como aquellos que se acercan a dicho mar. Por consiguiente, dado que el amor y la amistad son causa de toda concordancia, dado que en los cuerpos celestes hay concordancia mayor, más firme y más perfecta que en todos los cuerpos inferiores, se deduce que entre ellos reina mayor y más perfecto amor y más perfecta amistad que en estos cuerpos inferiores.

SOFÍA.—La concordancia y la correspondencia mutua y recíproca que se halla en los cuerpos celestes, más me parece que sean efecto y señal de su amor que causa del mismo. Me agradaría conocer la causa de este amor recíproco en los cielos, ya que, careciendo de propagación y de sucesión generativa, que es la principal causa del amor de los animales y del hombre, no

veo que ninguna de las otras causas les convenga: ni beneficio voluntario de uno hacia otro, pues sus cosas siempre son generales; ni el hecho de pertenecer a una misma especie, pues, si he comprendido bien, en los cuerpos celestes no se da especie, ni tampoco género ni verdadera individuación, o, en caso de que se diera, cada uno de los cuerpos celestes pertenecería a una especie particular; ni por la sociedad, pues vemos que algunas veces se separan, ni el uno debe originar nuevo amor ni el otro nueva amistad, pues son cosas generales, carentes de inclinación voluntaria.

FILÓN.—Aunque los cuerpos celestes carecen de las cinco clases de amor comunes a hombres y animales, quizás posean aquellas dos que son propias de los hombres.

SOFÍA.—¿De qué manera?

FILÓN.—La principal causa del amor que se da en los cuerpos celestes es la conformidad de su naturaleza, como es en los hombres la de los temperamentos. Hay entre los cielos, planetas y estrellas tal conformidad de naturaleza y esencia, sus movimientos y actos se corresponden con tanta proporción, que, siendo diferentes, se logra una unidad armónica, por lo que más parecen miembros distintos de un cuerpo organizado que diversos cuerpos independientes. Al igual que de varias voces, unas aguas y otras graves, se forma una melodía entera, agradable al oído, y que, al faltar una de ellas, toda la melodía o armonía queda rota, de la misma manera con estos cuerpos diferentes en tamaño y movimiento, pesados y ligeros, gracias a su proporción y conformidad, se forma una proporción armónica tan estrecha que, con solo que faltara una pequeña partícula, el conjunto quedaría deshecho. Por consiguiente, esta conformidad de naturaleza es causa del amor de los cuerpos celestes, no sólo como diversas personas, sino como miembros de una misma persona. Al igual que el corazón ama al cerebro y a los demás miembros y les proporciona vida, calor natural y espíritu; el cerebro, a los demás, les proporciona nervios, sentidos y movimiento; el hígado, sangre y venas por el amor que sienten unos hacia otros y que cada uno tiene al todo por ser parte de él, amor que excede al amor de cualquier otra persona, del mismo modo las partes del cielo se aman recíprocamente con conformidad natural y, al participar todos en una unión de fin y de obra, se sirven unos a otros y se acomodan en su necesidad, forman un cuerpo celeste perfectamente organizado.

También se da entre ellos la otra causa propia del amor de los hombres, es decir, la virtud. Dado que cada uno de los cuerpos celestes está dotado de virtud excelente, necesaria para la existencia de los demás y de todo el cielo y del universo, al conocer los otros cuerpos estas virtudes, por ellas aman a los demás. Incluso diré que la aman por el beneficio que produce, no propio y particular hacia uno, sino universal en todo el universo, pues sin él todo quedaría destruido. De este modo se aman los hombres virtuosos, es decir, por el bien que hacen en el universo, no por un beneficio par-

<sup>21</sup> Cf. *Guía*, II, 8.

ticular, como ocurre con las cosas útiles. Por consiguiente, dado que los cuerpos celestes son los animales más perfectos, se hallan en ellos las dos causas de amor que se dan en los hombres, que forman la más perfecta especie animal:

SOFÍA.—Puesto que, como tú dices, media un amor tan eficaz entre los cuerpos celestes, no debe ser inútil el hecho de que los poetas hablen del amor de los dioses celestes, de los enamoramientos de Júpiter y de Apolo, con la única excepción de que los poetas han considerado lascivo este amor, como de macho y hembra, unos matrimonial y otros adulterino; incluso consideran que engendra otros dioses, cosas que son muy ajena a la naturaleza de los celestes; pero, como dice el vulgo, muchas son las mentiras de los poetas.

FILÓN.—Los poetas no han dicho acerca de esto ni vanidades ni mentiras, como tú crees.

SOFÍA.—¿Cómo no? ¿Acaso podrías creer tú tales cosas de los dioses celestes?

FILÓN.—Las creo, porque las comprendo; si tú las comprendieses, también las creerías.

SOFÍA.—Pues dámelas a comprender, a fin de que las crea.

FILÓN.—Los poetas antiguos no pusieron en sus poemas una sola sino muchas intenciones, que llaman «sentidos»<sup>22</sup>. En primer lugar, ponen como sentido literal, como corteza exterior, la historia de algunas personas o de sus hechos notables, dignos de recuerdo. Luego, en la misma ficción, como corteza más intrínseca y más cercana a la médula, el sentido moral, útil para la vida activa de los hombres, que aprueba los actos virtuosos y vitupera los vicios. Además de esto, bajo las mismas palabras, presuponen algún conocimiento verdadero de las cosas naturales o celestes, astrológicos o teológicos, y, alguna vez, los dos o, mejor dicho, los tres sentidos científicos coexisten dentro de la misma fábula, como la médula del fruto dentro de sus cortezas. Estos sentidos medulares se denominan «alegóricos».

SOFÍA.—Me parece que indica no poca habilidad e ingenio sutil poner en una narración histórica, verdadera o supuesta, tantas y tan diferentes ideas. Quisiera que me dieres algún ejemplo, a fin de poderlo creer con mayor facilidad.

FILÓN.—Seguramente crees, Sofía, que aquellos autores antiguos quisieron dedicar la mente tanto al artificio del significado de las cosas de las ciencias como al verdadero conocimiento de ellas. Te daré un ejemplo: Perseo<sup>23</sup>, hijo de Júpiter (según ficción poética), mató a Gorgona, y, una vez vencedor, voló al éter, que es lo más alto del cielo. El sentido histórico es

que Perseo, hijo de Júpiter, por participar de las virtudes de este último, o por descender de uno de aquellos reyes de Creta o de Atenas o de Arcadia, que se llamaron Júpiter, mató a Gorgona, tirana en la tierra, porque Gorgona significa, en griego, tierra; por haber sido virtuoso, los hombres le exaltaron hasta el cielo. También significa que Perseo (moralmente hablando, el hombre prudente), hijo de Júpiter, poseedor de las virtudes de éste, al matar el vicio bajo y terrenal, personificado por Gorgona, subió al cielo de la virtud. En sentido alegórico indica, primero, que la mente humana, hija de Júpiter, al matar y vencer la terrenidad de la naturaleza gorgónica, llegó a comprender las cosas celestes, elevadas y eternas, especulación en la cual consiste la perfección humana. Esta alegoría es natural, porque el hombre pertenece a las cosas naturales. Pero el mito encierra otra alegoría celeste; la naturaleza celeste, hija de Júpiter, dio origen, con su continuo movimiento, a la mortalidad y corrupción de los cuerpos inferiores terrestres; esta naturaleza celeste, vencedora de las cosas corruptibles, se separó de la mortalidad de aquéllas, voló hacia lo alto y se hizo inmortal. Encierra, además, una tercera alegoría teologal: la naturaleza angélica, que es hija de Júpiter, sumo dios, creador de todas las cosas, al matar y apartar de sí misma la corporalidad y la materia terrenal, personificada por Gorgona, subió al cielo, porque las inteligencias ajenas a cuerpo y materia son las que mueven perpetuamente las esferas celestes.

SOFÍA.—Cosa admirable es conseguir encerrar en las pocas palabras necesarias para referir un hecho histórico, tantos sentidos llenos de verdadera ciencia, cada uno más elevado que otro. Pero, por favor, dime, ¿por qué no dieron a conocer más libremente sus ideas?

FILÓN.—Quisieron decir estas cosas con tanta habilidad y brevedad por muchas causas. La primera, porque creían que resultaba odioso a la naturaleza y a la divinidad manifestar sus maravillosos secretos a cualquier persona; y en esto ciertamente tuvieron razón, porque divulgar demasiado la ciencia verdadera y profunda es dar alas a los inaptos, en la mente de los cuales esta ciencia se gasta y corrompe, como le ocurre al buen vino en ruin vaso. De esta corrupción se deriva una adulteración general de las doctrinas entre los hombres; a cada momento se corrompen más, al pasar de ingenio inapto en ingenio inapto. Esta corrupción procede de divulgar demasiado las cosas científicas. En nuestra época se ha hecho tan contagiosa por el mucho hablar de los modernos, que apenas si es posible hallar vino intelectual que se pueda beber, que no esté agriado; pero en los tiempos antiguos, los secretos del conocimiento intelectual se incluían bajo las cortezas de las fábulas con grandísima habilidad, a fin de que no pudiera penetrar en su interior sino el ingenio apto para comprender las cosas divinas e intelectuales, la mente conservadora de las verdaderas ciencias, y no la que las puede corromper.

SOFÍA.—Me agrada esta razón de que las cosas excelentes y elevadas se han de confiar a los ingenios elevados y esclarecidos, porque quienes

<sup>22</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía de los dioses paganos*, I, 3.

<sup>23</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, I, 3.

no lo son las envilecen. Más háblame de las otras causas de las ficciones poéticas.

FILÓN.—Lo hicieron, además, por otras cuatro causas. Una de ellas, la segunda, por buscar la brevedad, por encerrar en pocas palabras muchas sentencias, brevedad que es muy útil para conservar las cosas en la memoria, sobre todo por estar pensada de tal manera que, al recordar un hecho histórico, se puedan recordar todos los sentidos doctrinales incluidos en aquél, bajo las palabras. Tercera, por mezclar lo histórico y lo fabuloso, que deleita, con lo verdaderamente intelectual, lo fácil con lo difícil, a fin de que, al estar alimentada la fragilidad humana con el placer y la facilidad de la fábula, se colase de rondón en la mente la verdad de la ciencia, al igual que se suele iniciar a los niños en las cosas disciplinares y virtuosas, empezando por las más fáciles, máxime porque pueden estar juntas, unas en la corteza y otras en la médula, como se hallan en las ficciones poéticas. La cuarta causa, para conservar las cosas intelectuales, para que no varíen con el correr del tiempo en las diversas mentes de los hombres, para que, al poner estas sentencias bajo tales historias, no se puedan apartar de los términos de aquéllas. Aun más, para conservarlas mejor han expresado la historia en versos medidos y cuidados, a fin de que no se pudieran corromper fácilmente, ya que la medida no puede sufrir el vicio, por lo que ni la disposición de los ingenios ni las incorrecciones de los escritores pueden adulterar con facilidad las ciencias. La última y principal causa es para que con un mismo alimento pudiesen comer diversos invitados cosas de varios sabores: las mentes bajas solamente pueden tomar de los poemas la historia junto con el adorno del verso y su melodía; las más elevadas comen, amén de esto, el sentido moral; y otras, aun más elevadas, pueden comer, además de todo lo anterior, el alimento alegórico, no sólo el de filosofía natural, sino también el astrologal y el teologal. Añádese a esto otra finalidad: dado que estos poemas pueden servir así de alimento común a toda clase de hombres, se logra perpetuar los hechos en la mente de la multitud, ya que las cosas muy difíciles pocos son las que las pueden gustar, y la memoria de unos pocos puede borrarse muy pronto, al sobrevenir una época que aparte a los hombres de la doctrina, según hemos visto ha ocurrido en algunas naciones y religiones, como los griegos y los árabes, que, habiendo sido muy sabios, han perdido casi por completo la ciencia. Y así sucedió en Italia en la época de los godos, aunque luego renació lo poco que ahora tenemos. El remedio para evitar este peligro consiste en ocultar las ciencias bajo poemas fabulosos e históricos, que, gracias al placer que producen y a la suavidad del verso, andan y se conservan siempre en boca del pueblo, de hombres, de mujeres, de niños.

SOFÍA.—Me agradan todas estas causas de las ficciones poéticas. Pero, dime: Platón y Aristóteles, príncipes de los filósofos, ¿por qué uno de ellos no quiso (aunque utilizó la fábula) valerse del verso, sino sólo de la prosa, y el otro no utilizó ni el verso ni la fábula, sino la oración lógica?

FILÓN.—Jamás quebrantan las leyes los pequeños; sólo lo hacen los grandes. El divino Platón, queriendo ampliar la difusión de la ciencia, le quitó una cerradura, la del verso; pero no la otra, la fábula. De manera que fue el primero que rompió parte de la ley de la conservación de la ciencia, pero la dejó cerrada con el estilo fabuloso, que es suficiente para conservarla. Aristóteles, más audaz y amigo de ampliarla, con nuevo y propio estilo en el decir, quiso también quitar la cerradura de la fábula y romper por completo la ley de la conservación, y habló en estilo científico, en prosa, de las cosas filosóficas. Ciento es que desplegó una habilidad tan grande en su decir, tan breve, comprensible y de tan hondo significado, que bastó éste para conservar la ciencia, sin recurrir así ni al verso ni a la fábula, hasta el extremo de que, al contestar a Alejandro el Macedonio, su discípulo, el cual le había escrito que se maravillaba de que hubiese puesto de manifiesto los libros tan secretos de la filosofía, le respondió que sus libros estaban editados y eran inéditos<sup>24</sup>: editados sólo para aquellos que de él lo oyeron. De estas palabras podrás darte cuenta, Sofía, de la dificultad y del artificio que encierra el lenguaje de Aristóteles.

SOFÍA.—Me doy cuenta, pero me parece extraño que dijera que sólo entendería sus dichos quien se los hubiera oído a él, ya que después de él ha habido muchos filósofos que los han comprendido totalmente o en su mayor parte. Por ello, su modo de hablar no sólo me parece mendaz, sino también arrogante, pues si sus dichos son claros, los buenos entendimientos deben comprenderlos, aunque estuvieran ausentes cuando los pronunció, ya que la escritura se ha hecho no para servir a los presentes, sino a quienes están alejados en el tiempo y ausentes. ¿Por qué no podría la naturaleza producir ingenios que fueran capaces de comprender a Aristóteles por sus escritos, sin haberle oído a él mismo?

FILÓN.—Resultaría, en efecto, extraña esta afirmación de Aristóteles si no le hubiera guiado otra intención.

SOFÍA.—¿Cuál?

FILÓN.—El llama oyente suyo a aquel cuyo entendimiento comprende y filosofa según lo hacia su entendimiento, sea cual sea la época y el lugar en que viva. Quiere decir que sus palabras escritas no convierten en filósofo a todos los hombres, sino solamente a aquellos cuya mente es apta para el conocimiento filosófico, como era la suya. Este le entenderá; los demás, no, como ocurre con aquella filosofía cuyo sentido está oculto bajo una ficción poética.

SOFÍA.—Según esto, Aristóteles no hizo mal en eliminar la dificultad del verso y de la fábula, ya que encerró la doctrina bajo una cerradura suficiente para conservar la ciencia en las mentes claras.

<sup>24</sup> Traducción recogida, p. ej., en Aulo Gelio, *Noches áticas*, XX, V, 7-12. Para esta importancia concedida a la alegoría como medio pedagógico, se debe tener en cuenta también a Maimónides, *Guía*, Introducción.

FILÓN.—No hizo mal, porque puso remedio, gracias a la grandeza de su genio; pero dio alas a otros carentes de su genio para escribir filosofía en prosa suelta. Y así, de una manifestación en otra, llegando a mentes inapta, ha sido causa de que se haya falsificado, corrompido y arruinado.

SOFÍA.—Ya me has hablado bastante de esto. Volvamos a los amores poéticos de los dioses celestes. ¿Qué me dices de ellos?

FILÓN.—Te lo diré; pero antes has de saber cuáles y de cuántas clases son estos dioses poéticos, y luego conocerás el amor de los mismos.

SOFÍA.—Tienes razón. Dime, pues, cuáles son estos dioses.

FILÓN.—El primer dios entre los poetas es aquella primera causa productora y conservadora de todas las cosas del universo, llamado corrientemente Júpiter<sup>25</sup>, que significa padre ayudador, por ser padre ayudador de todas las cosas: de la nada las hizo y les dio el ser. Los romanos le denominaron Optimo Máximo porque todo bien y todo ser procede de él; los griegos le dieron el nombre de Zeus, que significa vida, porque de él sacan todas las cosas vida, mejor dicho, es vida de todas las cosas.

Este nombre, Júpiter, lo comunicó Dios omnipotente a algunas de sus criaturas más excelentes, y en el mundo celeste tocó en suerte este nombre al segundo de los siete planetas, llamado Júpiter por tener mayor suerte y clarísimo esplendor, ser de óptimos efectos en el mundo inferior, el que con su constelación e influencia mejores, más excelentes y más afortunados hombres produce. En el mundo inferior, también se llama Júpiter al fuego elemental, por ser el más claro y activo de todos los elementos, vida de todas las cosas inferiores, puesto que —según dice Aristóteles— con el calor se vive. También se dio este nombre a algunos hombres notabilísimos, que ayudaron mucho a la generación humana, como aquel Lisanias de Arcadia, que fue a Atenas y al ver que aquellos pueblos eran rústicos y tenían costumbres bestiales, no sólo les dio la ley humana, sino que incluso les enseñó el culto divino, por lo cual le nombraron rey y le adoraron como dios, llamándole Júpiter, por participar de las virtudes de ese dios; como el Júpiter cretense, hijo de Saturno, que dirigió bien a aquellas gentes, prohibiéndoles comer carne humana y otros ritos bestiales, enseñándoles las costumbres humanas y los conocimientos divinos, fue llamado Júpiter y adorado como dios, porque, según ellos, era enviado y formado por Dios, al cual ellos llamaban Júpiter.

SOFÍA.—¿Acaso conocían los poetas a este sumo dios por otro nombre propio?

FILÓN.—Le llamaban también Demogorgón, que significa dios de la tierra, es decir, del universo, o dios terrible, por ser el mayor de todos. Dicen que éste es quien produce todas las cosas.

<sup>25</sup> En estos razonamientos León Hebreo adapta en gran medida la introducción de la *Genealogía* de Boccaccio.

SOFÍA.—Después del sumo dios, ¿qué otros dioses mencionan los poetas?

FILÓN.—En primer lugar mencionan los dioses celestes, como son Polo, Cielo, Éter y los siete planetas, es decir: Saturno, Júpiter, Marte, Apolo (o sea, el Sol), Venus, Mercurio y Diana (la Luna), a todos los cuales llaman dioses y diosas.

SOFÍA.—¿Por qué razón aplican los nombres de las deidades a las cosas corpóreas, como son estas celestes?

FILÓN.—Por su inmortalidad, brillantez y grandeza, por la gran fuerza que tienen en el universo y, sobre todo, por la divinidad de sus almas, que son entendimientos separados de la materia y de la corporeidad, puros y siempre en acto.

SOFÍA.—¿Extendieron aún más los antiguos el nombre de dios?

FILÓN.—Sí, pues llega al mundo inferior, ya que los poetas denominan dioses a los elementos: mares, ríos y grandes montañas del mundo inferior. Al fuego le llaman Júpiter; al aire, Juno; al agua y al mar, Neptuno; a la tierra, Ceres; a la parte profunda de la tierra, Plutón; al fuego mixto que arde dentro de la tierra, Vulcano, y así dieron otros muchos nombres de dioses a las partes de la tierra y del agua.

SOFÍA.—Muy extraño es eso de que llamen dioses a los cuerpos que ni son vivos ni sensibles, carentes de alma.

FILÓN.—Les llaman dioses a causa de la grandeza, la acción e importancia que tienen en este mundo inferior y también porque creían que cada uno de estos cuerpos estaba gobernado por la virtud espiritual de la divinidad intelectual o bien —como quiere Platón— porque cada uno de los elementos poseía un principio formal incorpóreo, por participación del cual tenían naturaleza propia, que él denomina ideas<sup>26</sup>. Cree que la idea del fuego es verdadero fuego por esencia formal, y el elemental es fuego por participación de aquella idea, etc. Por consiguiente, no es extraño que consideraran a la divinidad propia de las ideas de las cosas, por lo cual también ponían divinidad en las plantas, principalmente en aquellas que son alimento más corriente y normal de los hombres, como Ceres a las mieles y Baco al vino, a causa de la utilidad y necesidad universal que de ellos tienen los hombres, porque también las plantas, al igual que los elementos, tienen sus propias ideas. Por la misma razón llamaron dioses y diosas a las virtudes, a los vicios y pasiones humanas: además de que, las primeras por su excelencia y las otras por su fuerza, participan en cierto modo de la divinidad, la principal causa de ello reside en que cada una de las virtudes, cada uno de los vicios y también cada una de las pasiones humanas, tiene su propia idea, por cuya

<sup>26</sup> Cf. por ejemplo: «LAURENCIO: ¿Qué tienes por idea? DON BELA: La noticia exemplar de las cosas», Lope de Vega, *La Dorotea*, V, 2, ed. Morby, p. 388 y nota.

participación se dan más o menos en los hombres, intensa o remisamente. Por esto se cuentan entre los dioses, la Fama, el Amor, la Gracia, la Codicia, la Voluptuosidad, la Discordia, la Fatiga, la Envidia, el Fraude, la Perseverancia, la Miseria y muchas otras semejantes, porque cada una tiene su propia idea y su principio incorpóreo, según te he dicho, a causa del cual es denominada dios o diosa.

SOFÍA.—Aunque las virtudes, por su excelencia, tuvieran ideas, los vicios y malas pasiones, ¿cómo las pueden tener?

FILÓN.—Así como entre los dioses celestes hay algunos buenísimos y benéficos, como Júpiter y Venus, de los cuales siempre derivan muchos bienes; y otros malos, no propicios, como Saturno y Marte, de los que derivan todo mal, del mismo modo entre las ideas platónicas hay algunos principios de bien y de virtud y otras de mal y de vicios, porque el universo, para conservarse, precisa de lo uno y de lo otro; a causa de esa necesidad todo mal es bueno, pues todo cuanto es preciso para la existencia del universo es bueno, ya que su esencia es buena. Por consiguiente, el mal y la corrupción son tan necesarios para la existencia del mundo como el bien y la generación, pues lo uno dispone lo otro y es preparación para ello. No te asombres, pues, si tanto lo uno como lo otro tienen un principio divino de la idea inmaterial.

SOFÍA.—Pues yo he oído decir que los vicios y los males consisten en privación y dependen de la carencia de la primera materia y de su imperfecta esencia potencial. ¿Cómo, pues, tienen principios divinos?

FILÓN.—Aunque así fuese, según pretenden los peripatéticos, no se puede negar que la materia misma no haya sido producida y creada por la mente divina ni que todos sus efectos no estén dirigidos por la suprema sabiduría, ya que son necesarios para el ser total del mundo inferior y del ser humano. Por ello, Dios les proporciona verdaderas ideas como principios, no materiales, sino agentes y formales, que dan lugar a la existencia de estas cosas imperfectas, basadas en la privación y dotadas de ente por la necesaria existencia del universo.

SOFÍA.—Me doy por satisfecha en cuanto a esto. Volvamos a nuestro intento, y dime: ¿comunican aún más los poetas el nombre de Dios?

FILÓN.—En último lugar, lo han querido dar particularmente a los hombres, pero sólo a quienes han poseído alguna virtud heroica y han realizado acciones semejantes a las divinas, grandes hechos, dignos de eterno recuerdo, como los divinos.

SOFÍA.—¿Y sólo por esta semejanza aplican nombres de dioses a los hombres mortales?

FILÓN.—Les llaman dioses, no por su parte mortal, sino por aquella gracia a la cual son inmortales, es decir, el alma intelectiva.

SOFÍA.—Esta la tienen todos los hombres y no todos son dioses.

FILÓN.—El alma no es en todos excelente y divina por igual. Por los actos conocemos el grado del alma de un hombre, y las almas de aquellos cuya

virtud y actos se asemejan a los divinos, participan actualmente de la divinidad y son como rayos de ella. Luego, con alguna razón les llamaron dioses, y a algunos, por su excelencia, se les aplicó el nombre de dioses celestes, como Júpiter, Saturno, Apolo, Marte, Venus, Mercurio, Diana, Cielo, Polo, Éter y otros nombres de estrellas fijas que forman parte de las figuras estrelladas de la octava esfera. Otros fueron denominados hijos de éstos, como Hércules, hijo de Júpiter, Neptuno, hijo de Saturno; a otros, menos excelentes, les conceden nombres de dioses inferiores, como Océano y Tierra, Ceres y Baco, etc., o hijos de aquéllos cuyo padre fue dios y la madre diosa inferior.

De esta manera se han multiplicado las ficciones poéticas de los hombres heroicos llamados dioses: al narrar sus vidas, actos e historia, dan a conocer cosas de la filosofía moral; cuando les aplican nombres de virtudes, vicios y pasiones, aluden a cosas de la filosofía natural; y cuando conceden nombres de dioses inferiores del mundo de la generación y de la corrupción, aluden a la astrología y ciencia de los cielos, y con nombres de dioses celestes se refieren a la teología de Dios y de los ángeles. Por consiguiente, estas ficciones fueron ingeniosas y muy sabias en la multiplicada enumeración de los dioses.

SOFÍA.—Me basta ya en cuanto a la naturaleza de los dioses gentiles y a sus múltiples apelativos. Háblame ahora de sus amores, lo cual es nuestro propósito, y de cómo se puede suponer que haya en ellos propagación generativa y genealogía sucesiva, según hacen los poetas, no sólo en aquellos hombres heroicos, llamados dioses por participación, sino también en los dioses celestes e inferiores, en los cuales parece absurdo suponer lascivia, matrimonios y propagación.

FILÓN.—Ya es hora de explicarte parte de sus amores y de su generación. Has de saber, Sofía, que no toda generación es propagación carnal y acto lascivo, porque de este modo sólo engendran los hombres y los animales; sin embargo, la generación es común a todas las cosas del mundo, desde el primer dios hasta la última cosa, con la única diferencia de que sólo aquél es engendrador mas no engendrado, mientras que todas las demás cosas son engendradas y, además, la mayoría de ellas son engendradores. La mayor parte de las cosas engendradas tienen dos principios de su generación: uno formal y otro material, es decir, uno dador y otro receptor (por lo que los poetas al principio formal le denominan padre dador, y al material, madre receptora). Para que estos dos principios concurrieran en la generación de toda cosa engendrada fue preciso que se amaran entre sí y que se unieran con amor para producir lo engendrado, como hacen los padres y las madres de los seres humanos. Cuando esta unión de los dos progenitores es normal en la naturaleza, se denomina —entre los poetas— matrimonial, llamándose al uno marido y al otro esposa; pero cuando se trata de una unión extraordinaria, se le aplica el nombre de amorosa o adulterina, y los padres o pro-

genitores se llaman amantes. Por consiguiente, bien puedes aceptar sin extrañeza los amores, matrimonios, generaciones, parentescos y genealogías de los dioses superiores e inferiores<sup>27</sup>.

SOFÍA.—Te comprendo y me grada este fundamento universal en los amores de los dioses. Pero quisiera que me explicaras detalladamente los amores de alguno de ellos, al menos de los más célebres, y sus generaciones, y me agradaría que empezaras por la generación de Demogorgón, que, según dices, es considerado el sumo y primer dios, pues he oído decir que engendró hijos de un modo extraño. Dime, por favor, lo que tú opinas de esto.

FILÓN.—Te diré lo que he oido acerca de la generación de Demogorgón. El poeta Pronápides dice en su *Protocosmo*<sup>28</sup> que, como Demogorgón sólo estaba acompañado por la Eternidad y el Caos, al descansar en esa su Eternidad, oyó un alboroto en el vientre del Caos. Para ayudarle, Demogorgón alargó la mano y abrió el vientre del Caos, del cual salió la Discordia haciendo ruido, con cara fea y deshonesta; quería volar hacia arriba, pero Demogorgón la arrojó a lo bajo. Mas como el Caos seguía preso de sudores y suspiros fogosos, Demogorgón no retiró su mano hasta que le sacó del vientre a Pan y tres hermanas, llamadas Parcas. Como a Demogorgón Pan le pareció más bello que cualquier otra cosa engendrada, lo hizo su mayordomo y le dio sus tres hermanas como criadas, es decir, como servidoras y compañeras. El Caos, al verse libre de su carga, por orden de Demogorgón, puso a Pan en su sitial. Este es el mito de Demogorgón; pero Homero, en la *Iliada*<sup>29</sup>, considera el Litigio o Discordia como hija de Júpiter, de la cual dice que, por haber disgustado a Juno en el nacimiento de Euristeo y de Hércules, fue arrojada del cielo a la tierra. También dicen que Demogorgón engendró a Polo, Pitón\*, la Tierra y Erebo.

SOFÍA.—Dime qué significa esta fabulosa generación de Demogorgón.

FILÓN.—Indica la generación o producción de todas las cosas por el sumo Dios creador, que dicen estaba acompañado por la Eternidad, porque sólo Él es verdaderamente eterno, ya que ha sido, es y será siempre principio y causa de todas las cosas, sin que haya en Él ninguna sucesión temporal. También le dan por compañero eterno el Caos, que es —según dijo Ovidio<sup>30</sup>— la materia común, mixta y confusa en todas las cosas, que los antiguos consideraban coeterna con Dios, de la cual Él (cuando le plugo) engendró todas las cosas creadas como verdadero padre de todas, mientras que la mate-

<sup>27</sup> E. Wind, *Los misterios paganos*, p. 92, copia el párrafo y comenta que se usaba como justificación en el debate sobre la moralidad de los adulterios de los dioses durante el siglo XVI.

<sup>28</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, I, 3.

<sup>29</sup> *Iliada*, XIX, 91.

\* León Hebreo engloba bajo este nombre dos figuras: Pitón y Fitón. (*N. del T.*)

<sup>30</sup> Ovidio, *Metamorfosis*, I, 6-9.

ria es la madre común a todo engendrado. Por consiguiente, sólo a éstos consideran eternos y no engendrados progenitores de todas las cosas, el uno padre y la otra madre, aunque creían que el padre era causa principal y el Caos causa accesoria y acompañante. Del mismo modo parece que entendía Platón, en el *Timeo*, la nueva generación de las cosas por el sumo Dios<sup>31</sup>, producidas de la materia eterna y confusa; pero en esto podrían ser reprendidos, porque, siendo Dios productor de todas las cosas, es preciso que haya producido la materia, de la cual han sido engendradas las cosas; pero cuando dicen que el Caos estaba en compañía de Dios en la eternidad, debe entenderse que Él lo produjo *ab eterno* y produjo todas las demás cosas de dicho Caos de nuevo, en el comienzo del tiempo (según la opinión platónica); la llaman\* compañera, a pesar de que fue producida, porque dicho Caos fue producido *ab eterno* y por hallarse para siempre en compañía de Dios. Por haber sido compañera del Creador en la creación y producción de todas las cosas y su esposa al engendrarlas (porque el Caos fue producido inmediatamente por Dios, mientras que todas las demás cosas han sido producidos por Dios y por aquel Caos o materia), con razón se puede denominar a este Caos compañera de Dios, pero esto no quita que fuera producida por Dios *ab eterno*, al igual que Eva, producida de Adán, fue su compañera y consorte, y todos los demás seres humanos nacieron de los dos.

SOFÍA.—Parece, en efecto, que con esta fábula quisieron aludir a la generación del universo por Dios omnipotente, como padre, y por su Caos o materia, como madre. Pero dime algo acerca de lo que ocultan los detalles de la fábula, como, por ejemplo, del alboroto del vientre del Caos, la mano de Demogorgón, el nacimiento de la Discordia, etc.

FILÓN.—El alboroto que Demogorgón oyó en el vientre del Caos es la potencia y apetito de la materia confusa por germinar las cosas divididas, división que causaba y suele causar alboroto. El alargar la mano Demogorgón para abrir el vientre del Caos, indica el poder divino que quiso reducir la potencia universal del Caos en acto dividido, pues esto es lo que significa el abrir el vientre de la preñada para sacar fuera lo que está oculto dentro. Han imaginado este extraordinario modo de generación con la mano, y no con el miembro engendrador corriente, para demostrar que la primera producción o creación de las cosas no fue ordinaria, como lo es la generación natural que suele seguir a la creación, sino que fue extraordinaria y milagrosa, con mano de omnipotencia. Dice que lo primero que salió del Caos fue la Discordia, pues lo primero que salió de la primera materia fue la divi-

<sup>31</sup> E. Wind, *Los misterios paganos*, p. 142, documenta la difusión del motivo materia = hembra desde Aristóteles, Plutarco y Plotino hasta la sátira de O. Bruno en *De la causa, principio et uno*.

\* A la materia, que es el Caos. (*N. del T.*)

sión de las cosas, que estaban en ella indivisas, y gracias al parto obrado por la mano y el poder del padre Demogorgón fueron divididas. Llama a esta división «Discordia» porque estriba en la contrariedad, esto es, de los cuatro elementos, cada uno de los cuales es contrario del otro, y le otorgan cara fea porque, en efecto, la división y la contrariedad es defecto, del mismo modo que la concordia y la unión son perfección. Cuenta que la Discordia quiso ascender al cielo, pero fue arrojada desde allí a la tierra por Demogorgón, porque en el cielo no hay ninguna discordia ni contrariedad —según los peripatéticos—; por ello, los cuerpos celestes no son corruptibles, sino que sólo lo son los inferiores, porque en ellos hay contrariedad, y la contrariedad es causa de corrupción. Por ser arrojada del cielo a la tierra se entiende que el cielo es causa de todas las contrariedades inferiores, mientras que él carece de contrariedad.

SOFÍA.—Entonces, ¿cómo la puede causar?

FILÓN.—Por la contrariedad de los efectos de los planetas, estrellas y signos celestes; por la contrariedad de los movimientos celestes: uno va de levante a poniente y otro de poniente a levante, y, también, por la contrariedad del lugar de los cuerpos inferiores, colocados en la redondez del cielo de la Luna, pues los que están próximos a la circunferencia del cielo son ligeros, mientras que los alejados de ella, próximos al centro, son pesados, contrariedad de la cual depende toda otra contrariedad de los elementos. También podrían aludir con su subida al cielo a aquella opinión antigua y platónica de que las estrellas y los planetas están hechos de fuego, por su brillantez, mientras que el resto del cuerpo celeste está hecho de agua, a causa de su diafanidad y transparencia; de ahí que el nombre que en hebreo se da a los cielos, *shamaim*, debe interpretarse *esh maim*, que, en hebreo, significa fuego-agua<sup>32</sup>. Según esto, la discordia y la contrariedad, en la primera creación, subieron al cielo porque están formados de fuego y agua; pero no permanecieron ahí, sino que fueron arrojados del cielo para morar constantemente en la tierra, en la cual la generación sucesiva tiene lugar a base de la continua contrariedad.

SOFÍA.—Me parece raro que en el cielo haya elementos de naturaleza contraria, como son fuego y agua.

FILÓN.—Si la primera materia es común a los cuerpos inferiores y a los celestes —como creen éstos y también Platón— no es extraño que también en el cielo se dé cierta contrariedad de los elementos.

SOFÍA.—Entonces, ¿cómo no se corrompe, como les ocurre a los cuerpos inferiores?

FILÓN.—Dice Platón que los cielos en sí son corruptibles, pero la poten-

cia divina les hace indisolubles: es decir, merced a las formas intelectuales en acto que los informan. Además, estos elementos celestes son más puros y casi almas de los elementos inferiores, no están mezclados en el cielo como en los mixtos inferiores, ya que el fuego sólo se halla en los cuerpos brillantes y el agua en los transparentes. Por consiguiente, aunque la Discordia, al poco de salir del vientre del Caos, pretendió ascender al cielo, fue, sin embargo, arrojada al mundo inferior, donde aún hoy está su morada.

Prosigue la fábula narrando que, aunque en este parte de la Discordia el Caos estaba preñado de sudores y suspiros fogosos, Demogorgón alargó la mano y sacó de su vientre a Pan y las hermanas Parcas. Con estos esfuerzos en dar a luz la Discordia, aluden a las naturalezas de los cuatro elementos contrarios; de este modo: la agravación representa la tierra, que es el más pesado de ellos; el sudor es el agua; los suspiros fogosos, el aire y el fuego. A causa de y para poner remedio al esfuerzo de estos contrarios, la potencia divina produjo del Caos el segundo hijo, Pan, que significa, en griego, «todo», el cual debe entenderse como naturaleza universal ordenadora de todas las cosas producidas por el Caos, la que apacigua los contrarios y los pone de acuerdo. Ésta es la razón de que Pan naciera después de la Discordia, ya que la concordia sigue a la discordia y es posterior a ella. Produjo, al mismo tiempo que a él, a las tres hermanas Parcas, llamadas Cloto, Láquesis y Atropos, a las que Séneca denominaba hadas. Representan los tres órdenes de las cosas temporales: presente, futuro y pasado<sup>33</sup> a las que dicen que Dios hizo auxiliares de la naturaleza universal, pues Cloto se interpreta como evolución de las cosas presentes y es el hada que devana el hilo que se hila en el presente; Láquesis es protracción (o sea, producir el futuro) y es el hada que guarda el hilo que aún queda por hilar en la rueca, y Atropos se interpreta como «sin regreso» (es decir, el pasado, que no puede volver) y es el hada que hiló el hilo ya arrollado en el huso. Se denominan Parcas, por lo contrario, porque a nadie perdonan. De Pan dicen que fue colocado en el sitial de Caos por orden de Demogorgón, porque la naturaleza ejecuta la orden divina y su administración en las cosas. Viene luego la generación por Demogorgón de un sexto hijo, llamado Polo, que es la última esfera que gira sobre los dos polos, Ártico y Antártico; un séptimo llamado Fitón, que es el Sol, y otro octavo, que fue hembra, es decir, la Tierra, que es el centro del mundo. Dicen que esta Tierra engendró la Noche, porque la sombra de la Tierra da lugar a la noche; también entienden por Noche la corrupción y privación de las formas luminosas, que procede de la materia tenebrosa. Dicen que la Fama fue la segunda hija de la Tierra, porque la Tierra conserva la fama de los mortales, después de que han sido sepultados en ella. El tercer

<sup>32</sup> En términos semejantes se expresa Pico, *Heptaplus*, p. 185.

<sup>33</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, XI, 1. Para una interpretación análoga cf. Pico, *Commento*, p. 517.

hijo fue —según ellos— Tártaro, es decir, el infierno, porque todos los cuerpos engendrados vuelven a la parte inferior del vientre de la Tierra. Añaden que la Tierra dio a luz estos hijos y otros más sin padre, porque son defectos y privaciones del ser, que dependen de la materia burda, pero no de forma alguna. El último hijo de Demogorgón fue Erebo, que significa adhesión, es decir, la potencia natural inherente a todas las cosas inferiores, que, en el mundo bajo, es la materia de los generables y causa de generación y corrupción, de toda variación y cambio de los cuerpos inferiores, mientras que en el hombre (llamado «mundo pequeño») es el apetito y el deseo de adquirir todas las cosas nuevas. Por ello dicen que Erebo engendró muchos hijos, es decir: Amor, Gracia, Fatiga, Envidia, Miedo, Dolor, Fraude, Obstinación, Indigencia, Miseria, Hambre, Queja, Enfermedad, Vejez, Palidez, Oscuridad, Sueño, Muerte, Caronte, Día y Eter.<sup>34</sup>

SOFÍA.—¿Quién fue la madre de tantos hijos?

FILÓN.—La Noche, hija de la Tierra, de la cual tuvo Erebo todos estos hijos.

SOFÍA.—¿Cuál es el motivo de que atribuyan todos estos hijos a Erebo y a la Noche?

FILÓN.—Porque todos ellos derivan de la potencia inherente y de las privaciones nocturnas, tanto en el gran mundo inferior como en el pequeño humano.

SOFÍA.—Dime de qué manera.

FILÓN.—El Amor, es decir, el deseo, ha sido engendrado por la potencia inherente y por la carencia, porque la materia —como dice el Filósofo— apetece todas las formas de las que carece. La Gracia es la forma de la cosa deseada o amada, la cual existe previamente en la mente que desea o en la potencia que apetece; la Fatiga son los afanes y esfuerzos del que desea por alcanzar aquello que apetece; la Envidia es la que quien desea siente hacia quien posee; el Miedo es el que se tiene de perder lo recién adquirido, porque toda adquisición puede perderse, o bien de no poder conseguir lo que se desea. El Dolo y el Fraude son medios para alcanzar las cosas deseadas; la Obstinación es la que se tiene en buscarlas; la Indigencia, la Miseria y el Hambre son las carencias de quienes desean. La Queja es la lamentación cuando no pueden conseguir lo que anhelan, o bien cuando pierden lo conseguido; la Enfermedad, la Vejez y la Palidez son disposiciones para la pérdida y la corrupción de las cosas adquiridas gracias a la voluntad y a la potencia generativa. La Oscuridad y el Sueño son las primeras pérdidas, mientras que la Muerte es la última corrupción. Caronte es el olvido que sigue a la corrupción y pérdida de lo conseguido. Día es la forma resplandeciente que puede alcanzar la potencia material inherente, es decir, la poten-

<sup>34</sup> Tratados con más pormenor en el libro I de la *Genealogía*, capítulos 1-24.

cia intelectiva humana, que en el hombre es la resplandeciente virtud y sabiduría hacia la cual se dirige la voluntad y el deseo de los perfectos. Éter es el espíritu celeste intelectual, o sea, aquello que más puede participar la potencia material y la voluntad humana. También podría aludirse mediante estos dos hijos de Erebo, Día y Éter, a las dos naturalezas del cielo: la brillante de las estrellas y planetas, que se llama día, y la transparente de la esfera, denominada éter.

SOFÍA.—¿Qué relación guardan estas naturalezas celestes con Erebo, que es la materia de los generables y corruptibles, y cómo pueden ser hijos suyos?

FILÓN.—Muchos autores antiguos, entre ellos Platón, sostienen que estas naturalezas celestes están hechas con la materia de los cuerpos inferiores, por lo cual llegan a ser los mejores hijos de Erebo.

SOFÍA.—Me conformo con lo que brevemente has dicho de la descendencia de Demogorgón. Sólo me falta conocer las cosas relativas al amor, como, por ejemplo, el enamoramiento de Pan, segundo hijo de Demogorgón, por la ninfa Siringa.<sup>35</sup>

FILÓN.—Los poetas representan al dios Pan con dos cuernos en la cabeza, dirigidos hacia el cielo; la cara ígnea, larga barba que le cuelga sobre el pecho; lleva en la mano una vara y una flauta de siete cañas, y su cuerpo lo cubre una piel manchada con diversas manchas; sus miembros son cortos, ásperos y toscos, y tiene pies de cabra. Dicen que Pan contendió con Cupido, quien le venció, y entonces se vio obligado a amar a Siringa, ninfa virgen de Arcadia, la cual, al verse perseguida por Pan, huyó, pero vio impedida su huida por el río Ladón. Pidió socorro a las demás ninfas y fue convertida en cálamos o cañas de marisma. Pan, que la perseguía, oyó el sonido que el viento producía al pasar por las cañas y sus oídos fueron heridos por una armonía tan suave que, por el placer del sonido y por amor hacia la ninfa, cogió siete de aquellas cañas, las juntó con cera e hizo la flauta, instrumento suavísimo.

SOFÍA.—Quisiera que me dijeras si los poetas han ocultado alguna alegoría en esta fábula.

FILÓN.—Además del sentido histórico de un silvano de Arcadia, que, enamorado, se dio a la música y fue inventor de la flauta de siete cañas, unidas mediante cera, no cabe duda de que encierra otro sentido, más elevado, alegórico: Pan, que en griego significa «todo», es la naturaleza universal ordenadora de todas las cosas del mundo; los dos cuernos que tiene en la frente, dirigidos hacia el cielo, son los dos polos de éste, Ártico y Antártico; la piel manchada que lleva encima es la octava esfera llena de estrellas; la cara ígnea representa el Sol y los demás planetas, que son siete en total, al igual que en la cara hay siete órganos: dos ojos, dos orejas, dos orificios nasales

<sup>35</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, I, 4.

y la boca, los cuales —como más arriba hemos dicho— simbolizan los siete planetas; los cabellos y la larga barba que le cae sobre el pecho son los rayos del Sol y de los demás planetas y estrellas, que caen sobre el mundo inferior para dar lugar a toda generación y mezcla; los miembros, cortos y toscos, son los elementos y los cuerpos inferiores, muy groseros y rudos si se les compara con los celestes; de entre estos miembros los pies son caprinos, porque los pies de las cabras jamás siguen un camino recto, sino que van saltando y atravesando desordenadamente los vericuetos: así son los pies del mundo inferior y sus movimientos y transformaciones de una esencia en otra, transversalmente, sin orden fijo, tosqueadas y desórdenes de los que carecen los cuerpos celestes. Este es el significado de la figura de Pan.

SOFÍA.—Conforme. Háblame ahora de lo que significa su amor hacia Siringa, lo cual cuadra mejor con nuestro propósito.

FILÓN.—Dicen también que esta naturaleza universal, tan grande, poderosa, excelente y admirable, no puede carecer de amor; por ello amó a la virgen pura e incorrupta, es decir, el orden estable e incorruptible de las cosas mundanas, porque la naturaleza ama lo mejor y lo más perfecto. Este huye cuando aquella le persigue, porque el mundo inferior es muy inestable y siempre cambia desordenadamente, como si tuviera pies de cabra. La fuga de esta virgen fue interrumpida por el río Ladón, es decir, el cielo, que corre continuamente como un río: en él queda retenida la estabilidad incorrupta, aunque huidiza, de los cuerpos generables del mundo inferior. A pesar de que el cielo es continuamente inestable, a causa de su continuo movimiento local, esta inestabilidad es ordenada y eterna, virgen incorrupta, y sus deformidades tienen una correspondencia ordenada y armónica, según más arriba hemos dicho de la música y melodía celestial. Estas deformidades vienen representadas por los cálamos de las cañas del río, en los que fue convertida Siringa; en estas cañas el espíritu produce suaves sonidos y armonía, porque el espíritu intelectual que mueve los cielos produce su consonante correspondencia musical. Con siete de estas cañas hizo Pan la flauta, mediante la cual se alude a la reunión de las esferas de los siete planetas y sus admirables concordancias armónicas; por ello dicen que Pan lleva la vara y la flauta, que siempre toca, porque la naturaleza se vale continuamente de la ordenada mutación de los siete planetas para lograr las continuas mutaciones del mundo inferior. He aquí, Sofía, cómo en pocas palabras te he explicado el significado del amor de Pan por Siringa.

SOFÍA.—Me agrada el amor de Pan hacia Siringa. Ahora quisiera saber la generación, matrimonios, adulterios y enamoramientos de los demás dioses celestes y cuáles son las alegorías que encierran.

FILÓN.—Te diré brevemente algo de ellos, porque decirlo todo sería demasiado largo y enojoso. El origen de los dioses celestes procede de Demogorgón y de sus dos nietos, hijos de Erebo, o, como quieren otros autores, de sus propios hijos, es decir, de Éter y de Día, hermana y esposa del ante-

rior. Dicen que de estos dos nació Celio o Cielo<sup>36</sup>, nombre que los gentiles aplican a Urano, padre de Saturno, porque su virtud era tan excelente y tan profundo su ingenio, que parecía celeste y digno de ser hijo de Éter y de Día, pues su ingenio participaba de la espiritualidad etérea y su virtud de la luz divina. La alegoría de este mito es bastante evidente, porque el Cielo, que rodea, oculta y cubre todas las cosas, es hijo de Éter y de Día; porque está compuesto de naturaleza etérea en su diafanidad, sutil y espiritual, y de naturaleza clara divina por las estrellas luminosas que tiene. El Éter se llama padre por ser parte principal en el cielo, por su extensión, que abarca todas las esferas; también —según Plotino, tomándolo de Platón—, porque penetra todo el universo, que considera lleno de espíritu etéreo (los cuerpos brillantes son miembros particulares del cielo a semejanza de cómo la hembra es parte del hombre, que es el todo) y, finalmente, porque el Éter es un cuerpo más sutil y espiritual que los cuerpos brillantes de las estrellas y de los planetas. Ésta es la razón de que Aristóteles diga que por el hecho de tener las estrellas mayor y más densa corporeidad que el resto del cielo, son capaces de recibir y retener la luz<sup>37</sup>, lo cual no puede hacer el orbe a causa de su transparente sutilidad. Plotino considera que es tanta la sutilidad del Éter que penetra todos los cuerpos del universo, superiores e inferiores, y está con ellos en sus lugares propios sin que aumente el tamaño de los mismos; es un espíritu interior, que es base de todos los cuerpos, sin acrecer su corporeidad. Luego, el Éter tiene propiedades de marido espiritual y el Día de mujer, más material; el cielo está formado por ambas naturalezas.

SOFÍA.—Y de Cielo, ¿quién nació?

FILÓN.—Saturno.

SOFÍA.—¿Quién fue la madre?

FILÓN.—Saturno<sup>38</sup>, rey de Creta, fue hijo de Urano y de Vesta, y dado que Urano, por su excelencia, fue llamado «cielo», Vesta, la esposa, fue llamada «tierra», porque engendró tantísimos hijos, especialmente a Saturno, el cual se inclinó hacia las cosas terrestres y fue inventor de muchas cosas útiles para la agricultura. También Saturno tuvo naturaleza lenta y melancólica, como la tierra; y, alegóricamente, la tierra —como te he dicho— es esposa del cielo en la generación de todas las cosas del mundo inferior.

SOFÍA.—Dado que Saturno es un planeta, ¿cómo puede ser hijo de la Tierra?

FILÓN.—Por una parte es hijo del Cielo, porque es el primer planeta, el más próximo al cielo estrellado, el cielo por antonomasia, que rodea, como padre, a todos los planetas. Pero Saturno tiene muchas semejanzas con la

<sup>36</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, I, 24.

<sup>37</sup> Cf. Aristóteles, *Del cielo*, II, 7.

<sup>38</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, VIII, 1.

Tierra: primero, por su color plomizo, que tira al terrestre; luego, porque de entre todos los planetas errantes es el más lento en su movimiento, al igual que la tierra es de entre todos los elementos el más pesado. Saturno tarda treinta años en recorrer su órbita; Júpiter, el más lento de los demás, doce años; Marte, dos, aproximadamente; el Sol, Venus y Mercurio, un año, y la Luna, un mes. Además de esto, Saturno se parece a la tierra por su temperatura y constitución que es fría y seca y hace que los hombres sobre los que influye sean melancólicos y tristes, pesados y lentos, de color de tierra, inclinados a la agricultura, a la construcción y a los oficios terrenos; este planeta domina, además, todas estas cosas terrenas. Se le representa viejo, triste y feo, con aspecto meditabundo, mal vestido, con una hoz en la mano, porque así son los hombres sobre los que domina, y la hoz es un instrumento de la agricultura, a la cual los hace inclinados. Por otra parte, proporciona gran ingenio, pensamientos profundos, verdadera ciencia, consejos rectos y ánimo constante, por la mezcla de la naturaleza celeste del padre y la terrena de la madre. Finalmente, por parte de padre, otorga la divinidad del alma, y por parte de madre, la fealdad y ruina del cuerpo; por ello, significa pobreza, muerte, sepultura y cosas escondidas bajo tierra, carentes de apariencia y adorno corpóreo. Suponen los poetas que Saturno devoraba a todos sus hijos varones, mas no a las hembras, porque corrompe a todos los individuos y conserva sus raíces terrenas, madres de ellos. Por consiguiente, con razón se le llamó hijo del Cielo y de la Tierra.

SOFÍA.—¿Quién fue hijo de Saturno?

FILÓN.—Los poetas asignan a Saturno muchos hijos e hijas, como Cronos, que significa tiempo determinado o circuito temporal, como el año, que es el tiempo del circuito del Sol. Dicen que Cronos es hijo de Saturno, porque el mayor y el más largo circuito temporal que el hombre puede ver en su vida es el circuito de Saturno, que —según te he dicho— tarda treinta años en realizarse, ya que los de los demás planetas tienen lugar en mucho menos tiempo.

SOFÍA.—¿Quién fue la esposa de Saturno y madre de Cronos?

FILÓN.—Su esposa, la madre de Cronos y de los demás hijos, fue Opis, es decir, su propia hermana, hija de su padre Cielo y de su madre Tierra.

SOFÍA.—¿Por Opis, entienden alguna otra cosa, además de la esposa de Saturno, rey de Creta?

FILÓN.—La alegoría es que Opis significa «obra», es decir, el trabajo de la tierra, tanto en la agricultura como en la construcción de ciudades y casas. Con razón es esposa y hermana de Saturno: hermana por ser hija del Cielo, que es causa principal de la agricultura y de las moradas terrestres, de manera que los padres o progenitores de Opis son los mismos que los de Saturno, es decir, Cielo y Tierra; y esposa, porque Saturno es agente productor de las construcciones y de la agricultura, y Opis es su receptáculo paciente y material.

SOFÍA.—¿Qué otros hijos tuvo Saturno de Opis?

FILÓN.—Plutón, que representa el centro de la tierra llamado infierno; Neptuno, el abismo del mar, porque sobre ambos domina Saturno; y otros hijos que le asignan los poetas. Pero volviendo a las cosas celestes, que son nuestro objeto, te diré que Júpiter fue hijo de Saturno. Júpiter es el planeta más próximo a Saturno, y en el orden celeste le sucede, al igual que Júpiter, rey de Creta, sucedió a su padre Saturno; dicho Júpiter, por su virtud benigna y noble, tomó su nombre de este excelente y benigno planeta, al igual que su padre, por las semejanzas ya apuntadas. Como estos reyes participaban de la naturaleza de aquellos dos planetas, se les aplicaron sus nombres, como si esos cuerpos celestes hubiesen bajado a la tierra y se hubieran hecho hombres. También se parecen a estos dos planetas en las cosas que les sucedió a cada uno, por sí y el uno con el otro.

SOFÍA.—Ya has hablado de Saturno. Dime ahora la alegoría que encierran los hechos que le ocurrieron a Júpiter, con su padre Saturno y por sí solo.

FILÓN.—¿De cuál de sus historiasquieres que te hable?

SOFÍA.—De aquella que relata que cuando nació Júpiter lo ocultaron a su padre, Saturno, que mataba a todos sus hijos.

FILÓN.—Lo alegórico es que Saturno arruina todas las bellezas y excelencias que llegan al mundo inferior procedentes de los demás planetas, especialmente las de Júpiter que son las primeras y las más ilustres, como, por ejemplo, la justicia, la liberalidad, la magnificencia y la religión; el ornato, el esplendor y la belleza; el amor, la gracia y la benignidad; la libertad, la propiedad, las riquezas, las delicias, etc., todas las cuales son arruinadas y destruidas por Saturno. Quienes nacen cuando Saturno tiene poder sobre Júpiter, el primero les es perjudicial y arruina en ellos todas estas noblezas o las debilita, como Júpiter cretense, que, cuando era niño y débil de fuerzas fue ocultado a la malquerencia de su padre, Saturno, que quería matarlo para tener poder sobre él.

SOFÍA.—¿Y qué alegoría encierra el hecho de que cuando Saturno estaba preso en poder de los Titanes, su hijo Júpiter con suficientes fuerzas lo libertó?

FILÓN.—Significa que cuando Júpiter es fuerte en la natividad de algunas personas, en el principio de algún edificio o morada u obra grande, si tiene buen aspecto y supera a Saturno, libra de cualquier calamidad, miseria y encarcelamiento y reprime todas las desgracias de dichas personas.

SOFÍA.—Y el hecho de que Júpiter, después de haber puesto en libertad a Saturno, lo privó de su reino y lo desterró al infierno, ¿qué significa?

FILÓN.—La historia narra que Júpiter<sup>39</sup> después de haber liberado a su padre del encarcelamiento de los Titanes, le arrebató el reino y le hizo huir

<sup>39</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogia*, XI, 1.

a Italia, donde reinó en compañía de Jano y echó los fundamentos del país en que ahora se halla Roma, y allí, desterrado, murió. Los poetas llaman infierno a Italia, tanto porque en aquel entonces era inferior a Creta, cuyo rey la consideraba infierno respecto a su propio reino, como porque, en efecto, Italia es inferior a Grecia, por ser más occidental, ya que el oriente es superior al occidente. La alegoría es que, siendo Júpiter más poderoso que Saturno sobre cualquier persona o acto, aparta a dicha persona del dominio de Saturno y disminuye su influencia. También significa, universalmente, que aunque Saturno reina primero en el mundo de la generación, conserva las semillas bajo tierra, congela el esperma al principio de la concepción de los animales, a pesar de ello, cuando llega el momento del crecimiento y del adorno de las cosas nacidas, Júpiter es quien reina y ejerce predominio; arrebata el poder a su padre, Saturno, lo confina al infierno, es decir, a los lugares oscuros en los que se ocultan las semillas de las cosas al principio de la generación, semillas sobre las que Saturno tiene dominio propio.

SOFÍA.—Me parecen bien estas alegorías de los hechos acaecidos entre Júpiter y Saturno. Dado que estos tienen un significado sutil, con mayor razón lo tendrán los que se cuentan de la virtud y de la victoria de Júpiter, así como de su justicia, liberalidad y religión.

FILÓN.—Así es, pues dicen que él enseñó a las gentes la manera de bien vivir, apartándolas de los muchos vicios que tenían, pues comían carne humana y la sacrificaban, y les apartó de aquella costumbre inhumana. Significa que Júpiter celeste, por su benignidad, inhibe en los hombres toda残酷, les hace piadosos, les prolonga y preserva la vida, y los defiende de la muerte, por lo que ese Júpiter es denominado en griego Zeus, que significa vida. También dicen que dio leyes y religión y construyó templos, porque el planeta Júpiter ofrece estas cosas a los hombres, haciéndoles regulados, moderados y atentos al culto divino. Dicen que adquirió la mayor parte del mundo, que luego dividió entre sus hermanos, hijos, parientes y amigos, reservándose únicamente el monte Olimpo, en el cual estableció su residencia. Los hombres iban a pedirle sus juicios rectos, y él hacía razón y justicia a cualquier agraviado. Esto significa que aquel planeta Júpiter distribuye liberalmente victorias, riquezas y posesiones a los hombres joviales\*, que tiene en sí una substancia clara y una naturaleza limpia, ajena a toda avaricia y fealdad, que hace a los hombres justos, amantes de la virtud y de juicio recto, por lo cual es llamado, en hebreo, *Tsédeq*, que significa justicia.

SOFÍA.—Me agradan todas estas alegorías de Júpiter; pero, ¿qué me dirás, Filón, de sus amores, no sólo matrimoniales con Juno, sino también de los adulterinos, más propios de nuestro propósito?

\* Entiéndase en el sentido de propios de Júpiter o Jove. (N. del T.)

FILÓN.—La historia es que Júpiter tiene por esposa a Juno<sup>40</sup>, su hermana, hija de Saturno y de Opis, nacidos ambos en un mismo parto, aunque ella nació antes. En sentido alegórico algunos consideran que Juno es la tierra y el agua, y Júpiter, el aire y el fuego; para otros, Juno es el aire y Júpiter, el fuego, entre los que parece mediar hermandad y unión; otros creen que es la Luna, y cada uno acomoda el mito de Juno a su propia opinión.

SOFÍA.—Y tú, Filón, ¿qué entiendes por Juno?

FILÓN.—Entiendo la virtud que gobierna el mundo inferior y todos los elementos, sobre todo el aire, que es el que rodea y cerca el agua y el que penetra la tierra por todas partes, ya que el elemento fuego no era conocido ni concebido por los antiguos, quienes creían incluso que el aire estaba junto al cielo de la Luna, aunque aquella primera parte, por la proximidad de los cielos, por su continuo movimiento, sea la más caliente. Luego (por la universalidad del aire en todo el globo, que es más apropiado a Juno), ella es la virtud que gobierna todo el mundo de la generación y de los elementos, a semejanza de Júpiter que es la virtud gobernadora de los cuerpos celestes. Se compara al planeta Júpiter porque es el más benigno y excelente, el más elevado después de Saturno, que es su padre, es decir, el entendimiento que produce el alma celeste, y Opis, su madre, que es el centro de la tierra y de la primera materia. Júpiter ocupa el lugar medio en el cielo, pues es principio y padre de los demás planetas y de Cielo y de su hermana Juno, y contiene todo lo que hay desde el centro de la tierra hasta el cielo. Por estar contiguos el uno al otro, los llaman hermanos; y se dice que nacieron en un mismo parto para indicar que el mundo celeste y el elemental fueron producidos a la vez por el entendimiento padre y la materia madre —según Anaxágoras—; y esto concuerda con la Sagrada Escritura cuando dice que en la producción o creación del mundo partiendo de un principio y simiente de las cosas creó Dios el cielo y la tierra<sup>41</sup>. Decían que Juno salió primero del vientre de su madre, porque creían que la formación de todo el universo empezaba en el centro y, sucesivamente, iba ascendiendo hasta la última circunferencia del cielo, como árbol que crece hasta la copa, y conforme al dicho del Salmista: «en el día que creó Dios la tierra y el cielo»<sup>42</sup>, que antepuso en el orden de la creación lo inferior a lo superior corpóreo. Se les considera unidos en matrimonio porque —como más arriba te dije— el mundo celeste es verdadero marido del mundo elemental, que es su verdadera esposa, el uno agente y la otra receptora. Se llama Juno porque ayuda\*, casi como

<sup>40</sup> Cf. Boccacio, *Genealogía*, IX, 1.

<sup>41</sup> Génesis, 1, 1.

<sup>42</sup> Salmo 90, 2.

\* Juego de palabras intraducibles entre Giove (Júpiter) y el verbo *giovare* (ayudar, ser útil). (N. del T.)

derivación de Júpiter, porque ambos ayudan a la generación de las cosas, el uno como padre y la otra como madre; se llama a Juno diosa de los matrimonios y Lucina de los partos, porque es la virtud que gobierna el mundo, la conjunción de los elementos y la generación de las cosas.

SOFÍA.—Me basta esto en cuanto a su unión. Háblame ahora de su descendencia, de Hebe, hembra, y de Marte, macho.

FILÓN.—Suponen que, en cierta ocasión, Apolo se hallaba en casa de Júpiter, su padre, y dio de comer a su madrastra Juno, entre otras cosas, lechugas agrestes; ella, antes estéril, quedó súbitamente embarazada y parió una hija, llamada Hebe<sup>43</sup> la cual, por su belleza, fue considerada diosa de la juventud y casó con Hércules.

SOFÍA.—¿Cuál es la alegoría?

FILÓN.—Estando el Sol, llamado Apolo, en casa de su padre Júpiter, es decir, en Sagitario, que es la primera mansión de Júpiter, y de allí hasta Piscis, que es el segundo signo de Júpiter en el Zodíaco (esto es, desde mediados de noviembre hasta mediados de marzo), a causa del gran frío y de la fuerte humedad de esos meses quedó preñada Juno (el mundo elemental) y esto se sobreentiende al decir que Apolo le dio de comer lechugas agrestes, que son muy frías y húmedas, cualidades ambas que preñan la tierra, estéril desde el pasado otoño, y entonces las raíces de las simientes de las cosas empiezan a tomar virtud germinativa, que es verdadera concepción. Y así, ella viene a parir en la primavera, es decir, cuando el Sol pasa de Piscis a Aries. Como entonces florecen las plantas y todas las cosas se rejuvenecen, por ello se la llama diosa de la juventud, pues, en efecto, Hebe es la virtud germinativa de la primavera, nacida de Júpiter celeste y de Juno terrestre y elemental, por intercesión del Sol. Y dicen que casó con Hércules porque los hombres excelentes y famosos por su virtud se llaman «hércules», porque la fama de tales hombres siempre es joven, nunca muere ni envejece.

SOFÍA.—He oido de Hebe; háblame de Marte, hijo de ellos<sup>44</sup>.

FILÓN.—Marte, como sabes, es un planeta caliente y produce calor en el mundo inferior. Este calor, mezclado con la humedad, representada por Hebe, da lugar a la generación de este mundo inferior, representado por Juno. De manera que Juno parió, de Júpiter celeste, este hijo y esta hija, gracias a los cuales tienen lugar todas las generaciones inferiores. También dicen que así como Hebe significa generación universal del mundo, Marte, que es comburente y destructor, representa la corrupción, causada principalmente por el gran calor de verano, que seca toda humedad. Por consiguiente, de estos dos hijos de Júpiter y Juno procede la generación y la corrupción, gracias a las cuales se perpetúa el mundo inferior. Como la corrupción deriva

del principio celeste sólo por accidente, ya que su verdadera obra e intención es la generación, dicen que Juno dio a luz a Marte por percusión de la vulva, porque la corrupción procede del defecto y percusión de la materia, mas no de la intención del agente.

SOFÍA.—Me gusta la alegoría que encierra el matrimonio y la descendencia legítima de Júpiter y Juno. Quisiera saber algo acerca de sus amores y preocupaciones extraordinarias, como son los Latona, Alcmena, etc.

FILÓN.—Dicen que Júpiter se enamoró de Latona virgen y la embarazó<sup>45</sup> Juno sufrió amargamente por esto, por lo que no sólo incitó contra ella a todas las partes de la tierra, de tal manera que ninguna la quería recibir, sino que, además, la hizo perseguir por Pitón, serpiente grandísima, que la expulsaba de todas partes. Y así, Latona en su huida llegó a la isla de Delos, que la acogió, y allí dio a luz a Diana y a Apolo; pero Diana salió primero y ayudó a su madre, haciendo de Lucina en el nacimiento de Apolo, el cual, una vez nacido, con su arco y sus flechas mató a la citada serpiente Pitón.

SOFÍA.—Háblame del sentido alegórico.

FILÓN.—Significa que durante el diluvio y, también, poco después de él el aire se había engrosado tanto con los vapores del agua que cubría la tierra, a causa de las grandes y continuas lluvias que cayeron durante el diluvio, que no se veía en el mundo ni luz lunar ni solar, ya que los rayos de dichas luces no podían atravesar la densidad del aire. Por ello dicen que Latona (que es la circunferencia del cielo, por donde va la Vía Láctea) había sido embarazada por Júpiter, su amante, y quería parir en el universo, después del diluvio, la luz lunar y la solar; pero Juno (que es el aire, el agua y la tierra), indignada, celosa de aquella gravidez, impedía con su espesor y sus vapores el parto de Latona y la aparición del sol y de la luna en el mundo, de tal modo que no llegaba ni se podía ver en ningún lugar de la tierra. Además, Pitón, la serpiente (o sea, la gran humedad que quedó después del diluvio) la perseguía mediante la continua subida de los vapores, y, al engrosar el aire, no dejaba dar a la luz los rayos lunares ni los solares. Llaman serpiente a aquella humedad superflua, porque era causa de la corrupción de las plantas y de todos los animales terrestres. Finalmente, en la isla de Delos (donde primero se purificó el aire, a causa de la salubridad del mar) Latona parió a Diana y a Apolo, porque los griegos creían que, después del diluvio, la luna y el sol aparecieron primeramente en Delos. Diana nació primero, porque la aparición de la luna en la noche fue anterior; más tarde nació Apolo, que surgió al día siguiente. De manera que la aparición de la luna preparó la del sol, como si hubiera sido lucina de la madre en el parto de su hermano. Y, una vez nacido, Apolo mató con su arco y sus flechas a Pitón, serpiente; es decir, el sol, al aparecer, secó mediante sus rayos la humedad, que impedía la procreación de los animales y de las plantas.

<sup>43</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, IX, 2.

<sup>44</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, IX, 3.

<sup>45</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, IV, 20.

SOFÍA.—¿Cuál es el arco de Apolo?

FILÓN.—Podría decirte que es la circunferencia del círculo solar, de la cual salen los rayos como flechas, pues las flechas presuponen arco. Pero, en realidad, el arco de Apolo es otro más propio, que te daré a conocer cuando hablemos de sus amores. Podría explicarte otra alegoría más antigua, docta y sabia acerca del nacimiento de Diana y Apolo.

SOFÍA.—Dímela, te ruego.

FILÓN.—Esta otra alegoría indica la producción de los luminares en la creación del mundo, conforme a la mayor parte de la Sagrada Escritura mosaica.

SOFÍA.—¿De qué modo?

FILÓN.—Escribe Moisés que, al crear Dios el mundo superior celeste y el inferior terrestre (este último, con todos sus elementos estaba confuso y parecía un abismo tenebroso y oscuro) y al espirar el espíritu divino sobre el agua del abismo, produjo la luz; y fue primero noche y luego día, día primero<sup>46</sup>. Esto es lo que significa el mito del parto de Latona (que es la substancia celeste): habiéndose enamorado de ella Júpiter (que es el sumo Dios, creador de todas las cosas), la dejó embarazada con los cuerpos lúcidos en el acto, especialmente con el sol y la luna; pero como Juno (el globo de los elementos, que estaba confuso) no lo consentía, los cuerpos lúcidos con sus rayos no la podían atravesar, al contrario, eran rechazados de todas las partes del globo. Además, el abismo del agua (la serpiente Pitón) impidió al cielo parir sobre la tierra la luz del sol y de la luna. Finalmente, en Delos, isla (que es la parte descubierta de la tierra, que al principio no era grande, sino como una isla en medio de las aguas) aparecieron primeramente, porque, por estar descubierta el agua, el aire no era allí tan espeso. Y ésta es la causa de que la sagrada creación cuente que, después de lo creado el primer día, en el segundo fueron creados la noche y el día, extendido el firmamento etéreo, que fue la separación del aire, del agua y de la tierra. Luego, en el tercer día quedó al descubierto la tierra, empezando a germinar las plantas; en el cuarto día aparecieron el sol y la luna sobre la tierra ya al descubierto, que es el símbolo del parto de Latona en la isla de Delos, con lo cual se indica que su preñez tuvo lugar el primer día y el parto y la aparición en el cuarto de los seis días de la creación.

Dicen que Diana salió primero y fue Lucina que ayudó en el nacimiento de Apolo, porque la noche precedió al día en la creación, y los rayos lunares empezaron a preparar el aire para recibir los solares. Apolo mató a Pitón (el abismo), porque el sol, con sus rayos, fue secando y dejando al descubierto progresivamente la tierra, purificando el aire y digiriendo el agua, consumiendo la humedad indigesta del abismo que quedaba en todo el globo,

humedad que impedía la creación de los animales, aunque no la de las plantas, por ser éstas más húmedas. Por ello, en el quinto día de la creación, el siguiente a la aparición de los luminares, fueron creados los animales voladores y marinos, que eran los menos perfectos, y en el sexto y último día de la creación fue formado el hombre, como el más perfecto de todos los animales inferiores, cuando el sol y el cielo habían dispuesto de tal modo los elementos y templado la mezcla de los mismos, que con ella se pudo hacer un animal, en el que se combinase lo espiritual con lo corporal, lo divino con lo terrestre, lo eterno con lo corruptible, en un compuesto admirable.

SOFÍA.—Mucho me agrada esta alegoría y su conformidad con la creación narrada en la Sagrada Escritura mosaica, así como la sucesiva obra de los seis días, uno tras otro. En verdad es muy admirable conseguir ocultar cosas tan sublimes y elevadas bajo el velo de los amores carnales de Júpiter. Dime si también los de Alcmena encierran algún significado<sup>47</sup>.

FILÓN.—La ficción narra que Júpiter se enamoró de Alcmena, la gozó bajo aspecto de su esposo, Anfitrión, y de ella nació Hércules. Tú sabes que Hércules, entre los griegos, significa hombre dignísimo y sobresaliente en cuanto a virtud, y tales hombres nacen de mujeres bien formadas, hermosas y buenas, como Alcmena, que era honrada y buena, amadora de su marido; de tales mujeres suele enamorarse Júpiter y les comunica sus virtudes joviales, de manera que conciben principalmente de dicho Júpiter. Su marido es casi instrumento de la concepción, lo cual quiere decir que Júpiter gozó de ella bajo forma de su marido, Anfitrión, porque el semen de Anfitrión, de no ser por virtud e influencia de Júpiter, no era digno de poder engendrar en ella a Hércules, el cual, por sus virtudes divinas, procedentes de Júpiter, fue verdadero hijo de este último, y figurada o instrumentalmente de Anfitrión. Del mismo modo se entiende de todos los hombres excelentes que también pueden llamarse Hércules, a semejanza de aquel ilustre hijo de Alcmena.

SOFÍA.—Júpiter también se enamoró de otras y de ellas tuvo muchos hijos. Dime algo acerca de ellos.

FILÓN.—A Júpiter le son atribuidos otros muchos amores. La causa de ello estriba en que el planeta Júpiter es benéfico e inclina a los hombres a la amistad y al amor. Aunque el amor que produce es honesto, sin embargo, cuando en la natividad de quienes nacen bajo su influencia (los llamados hijos tuyos por los poetas) está en conjunción con alguno de los otros planetas, les hace amantes de las cosas honestas, pero dotados también de las cosas propias de la naturaleza del otro planeta. Por ello, a las veces produce un amor limpio, puro, claro, manifiesto y suave, conforme a su propia naturaleza: con esta clase de amor suponen que amo a Leda<sup>48</sup>, de la cual

<sup>46</sup> Génesis, 1, 1-5. Cf. la exégesis de Maimónides, *Guía*, II, 30.

<sup>47</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogia*, XII, 28 y 30.

<sup>48</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogia*, XI, 7.

gozó bajo apariencia de cisne, porque el cisne es blanco, limpio, claro y su canto es suave; por ello Leda lo prendió y luego se prendió ella, y de él tuvo en un solo parto a Cástor y a Pólux (a los que se denominó hijos de Júpiter por poseer virtudes excelentes), a Elena, por su clara belleza, como de cisne. Júpiter convirtió a los dos hermanos en el signo Géminis, por ser la casa de Mercurio, planeta que proporciona hablar agradable, representado por el suave canto del cisne, para indicar que la pureza de alma junto con dulzura en el hablar es causa importante de amor y de amistad.

Otras veces Júpiter concede un amor honesto, no de un modo tan aparente y manifiesto, sino nebuloso, intrínseco y velado, y así dicen que amó a la hija de Ínaco<sup>49</sup> de la cual gozó en forma de nube. Cuando Júpiter está en conjunción con Venus produce un amor que tiende al placer: así dicen que amó y consiguió a Europa en forma de toro hermoso<sup>50</sup>. Cuando está aspectado con Mercurio da lugar a un amor inclinado a lo útil, porque Mercurio se considera procurador de las sustancias: por ello amó y gozó de Dánae bajo forma de lluvia de oro<sup>51</sup>, porque la distribución liberal de las riquezas hace que el hombre sea amado por aquellos necesitados que la reciben como lluvia. Cuando está en conjunción con el Sol engendra amor de poder, de dominio y de grandes alturas, con lo cual explican que había amado y gozado de Asteria en forma de águila<sup>52</sup>. Cuando se une a la Luna produce amor tierno y piadoso, como el de la madre o el aya hacia el niño: así amó y obtuvo a Sémele, hija de Cadmo, bajo figura de Beroe, su niñera<sup>53</sup>. Cuando está unido a Marte da lugar a un amor caliente, fogoso y comburente, y de esta manera dicen que amó y obtuvo a Egina, bajo forma de rayo<sup>54</sup>. Cuando está en conjunción con Saturno concede un amor mezcla de honesto y de vil, en parte humano intelectual y en parte burdo e inmundo: así imaginan que amó y consiguió a Antíope<sup>55</sup>, en forma de sátiro, cuya parte superior es de hombre y la inferior de cabra, porque el signo Capricornio es la casa de Saturno. Cuando Júpiter está en signo femenino produce amor femenino, como dicen que amó y forzó a Calisto<sup>56</sup> en forma de mujer, y, finalmente, cuando se halla en signo masculino, sobre todo en la casa de Saturno, es decir, en Acuario, engendra amor masculino, por lo que suponen que amó a Ganimedes<sup>57</sup>, niño, y lo convirtió en Acuario, signo de Saturno.

<sup>49</sup> Io. Cf. Boccaccio, *Genealogía*, VII, 21.

<sup>50</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, II, 62.

<sup>51</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, II, 33.

<sup>52</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, IV, 21.

<sup>53</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, V, 25.

<sup>54</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, VII, 55.

<sup>55</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, V, 30.

<sup>56</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, IV, 67.

<sup>57</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, VI, 4.

En todos estos y muchos más amores de Júpiter podrían señalarse otras muchas alegorías; pero las paso por alto, por no ser demasiado importantes, para evitar ser prolífico. Basta con que sepas que todos sus enamoramientos indican las clases de amor y de amistad que dependen de la influencia de Júpiter, en aquellos seres cuya natividad está influida por él, influjo que a veces se da solo y otras acompañado en los distintos signos del cielo e indica así el gran número de sus hijos y la historia de aquellos que participaron de diversas maneras de las virtudes de Júpiter y cuáles son los tipos de esta participación.

SOFÍA.—Ya hemos hablado bastante de los amores de Júpiter. Dime algo de aquel célebre enamoramiento de Marte, su hijo, por Venus.

FILÓN.—Ya has oído más arriba que Marte nació por percusión de la vulva de Juno, lo cual significa que el planeta Marte es caliente, acuciante e incita a la generación del mundo inferior (llamado Juno), y es hijo de Júpiter porque éste es el planeta que está más cerca, por debajo, de él. El planeta Venus, según los antiguos, sigue a Marte; vienen luego Mercurio, el Sol y la Luna; pero los astrólogos\* modernos colocan al Sol entre Marte y Venus.

De Venus suponen los poetas diversas cosas. A veces la llaman magna<sup>58</sup>, aplicándole las cosas más excelentes de la naturaleza, y dicen que es hija de Cielo, padre, y de Día, madre: le dan a Cielo por padre porque Venus es uno de los siete planetas celestes y como madre a Día porque Venus es muy claro, cuando es matutino anticipa el día y cuando es vespertino lo prolonga. Dicen que tuvo de Júpiter al Amor doble y las tres hermanas llamadas Gracias, entendiéndose con ello que el amor en los seres inferiores procede de los dos progenitores benéficos, llamados fortunas: de Júpiter, benéfico mayor, y de Venus, benéfico menor, el primero padre, por la superioridad y excelencia masculinas, y Venus madre por ser menor, inferior y femenina. Además, el amor de Júpiter es honesto, perfecto y masculino, mientras que el de Venus es deleitable, carnal, imperfecto y femenino, por lo cual suponen que este Amor nacido de ambos es doble, por estar compuesto de honesto y de deleitable, y también porque el verdadero amor debe ser doble y mutuo en los dos amantes, por lo que engendraron al mismo tiempo las Gracias, ya que el amor nunca existe sin gracia por ambas partes. Dicen que esta Venus al entrar en la casa de Marte excitó las furias, con lo que quieren significar que cuando en la natividad de alguien Venus se halla en uno de los signos que son casas de Marte, es decir, en Aries o en Escorpio, engendra amantes furiosos y de amor ardiente por la calidez de Marte. Esto ocurre cuando Venus aspecta a Marte, y la pintan ceñida de un cesto cuando hace matrimonios o bodas, para indicar el estrecho lazo y el vínculo inseparable que Venus pone entre quienes

\* Palabra que usa en el sentido de astrónomo. (N. del T.)

<sup>58</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, III, 22.

están unidos por amor. De entre los animales, le dan como atributo las palomas, porque se dedican intensamente al connubio amoroso, y de entre las hierbas, el mirto, tanto por suave olor como por ser siempre verde, como el amor, y también por ser las hojas del mirto opuestas\*, porque el amor siempre es doble y mutuo; además, el fruto del mirto es negro, para indicar que el amor produce fruto melancólico y angustioso. De entre las flores le atribuyen la rosa, por su belleza y suave olor y también por estar rodeada de espinas agudas, porque el amor está rodeado de pasiones, dolores y tormentos acuciantes.

SOFÍA.—La Venus que se describe desnuda en el mar, dentro de una concha flotante, ¿es ésta misma?<sup>59</sup>

FILÓN.—En efecto, Venus humana fue una sola, hija de Júpiter y de Dione, que suponen casada con Vulcano, pero que, en realidad, estuvo casada con Adonis, aunque otros creen que primero casó con Vulcano y luego con Adonis. Esta fue reina de Chipre, tan dada al amor concupiscible, que enseñó e hizo lícito a las mujeres el ser públicas. Por su gran belleza y aspecto resplandeciente fue denominada Venus, por semejanza con la claridad de aquel planeta, estimando que la celeste pone en ésta no sólo gran belleza sino también ardiente lascivia, según su naturaleza, la cual tiende a originar en el mundo inferior vida deleitable y generación concupiscible. Por ello, Venus empezó a ser adorada como diosa y honrada con templos en Chipre; pero los poetas han imaginado bajo este velo muchas cosas fingidas, que son símbolo de la naturaleza, composición y efectos de la Venus celeste. Sus virtudes excelsas están representadas con el nombre de Venus magna, hija de Cielo y de Día, como ya te he dicho; pero los poetas explican su incitación a la lascivia carnal narrando de otra manera su nacimiento: dicen que Saturno cortó con una hoz los testículos de su padre, Celio, mientras que para otros fue Júpiter quien los cortó a su padre Saturno, con su propia hoz, y los arrojó al mar; de la sangre de ellos, junto con la espuma del mar, nació Venus, por lo que la suponen desnuda dentro de una concha en el mar.

SOFÍA.—¿Cuál es la alegoría que encierra este extraño origen?

FILÓN.—Los testículos de Celio representan la virtud generativa que, procedente del cielo, llega al mundo inferior, virtud de la cual Venus es el verdadero instrumento, pues es la que verdaderamente proporciona a los animales el apetito y la facultad generadora. Dicen que Saturno los cortó con una hoz porque Saturno es en griego Cronos, que significa «tiempo», el cual es causa de la generación en este mundo inferior, porque como las cosas temporales de este mundo no son eternas, es preciso que tengan principio y que hayan sido creadas; también porque el tiempo corrompe las cosas que están

sometidas a él, y todo lo corruptible es preciso que haya sido engendrado. Por consiguiente, el tiempo, representado por Saturno, llevó por medio de Venus la generación del cielo al mundo inferior, llamado «mar» por cambiarse continuamente de una forma en otra a causa de la continua generación y corrupción, y esto ocurrió al cortar los testículos con la hoz, porque mediante la corrupción se produce la generación en este mundo. Además, la naturaleza de Saturno tiende a corromper, así como la de Venus a engendrar; esta última es la causa del nacer y aquélla del morir, porque si las cosas no se corrompiesen no podrían engendrarse. Por ello dicen que Saturno con su hoz, por medio de la cual destruye y corrompe toda cosa, cortó los órganos viriles de su padre, Celio, y los arrojó a este mar mundano; de ellos se engendró Venus, la que otorga a los seres inferiores la facultad engendradora mezclada con la potencia corruptora a causa de la ablación de los testículos de Celio. Quienes sostienen que los testículos cortados fueron los de Saturno, de los cuales nació Venus, aluden a que Saturno impide la generación, por lo que Júpiter le cortó los testículos: así quedó impotente para engendrar; pero los órganos reproductores que faltaron a Saturno formaron a Venus, que es la causa de la generación. Aluden también al hecho de que Saturno es el planeta que primero, después del coito, da lugar a la concepción, porque es el que congela el esperma y por ello domina en el primer mes del embarazo; pero Júpiter acapara inmediatamente el dominio de la concepción, formando la criatura en el segundo mes, en el que domina: esto es lo que significa la ablación de los testículos del padre Saturno, que es el primero en la concepción. Se dice que Venus nació de estos testículos porque es la principal causa que interviene en la generación y, además, porque domina en el quinto mes y hace perfecta toda la formación y belleza de la criatura, razón por la cual sostienen que nació de la sangre de los testículos y de la espuma del mar, es decir, que el animal se engendra del esperma del macho, que es la sangre de los testículos, y del esperma sutil de la hembra, parecido a la espuma, o bien se entiende por la espuma el esperma del macho, que tan blanco es, y por la sangre el de la hembra, del cual se nutre la criatura. Imaginan a Venus desnuda, porque el amor no puede encubrirse; porque ella es carnal y los amantes deben estar desnudos; nada en el mar, porque el amor generativo se extiende por todo este mundo, mudable continuamente como el amor y, finalmente, porque el amor hace que los amantes se sientan inquietos, dudosos, vacilantes, tempestuosos como el mar.

SOFÍA.—Ya he oido bastante del origen y nacimiento de Venus. Hora es ya de que sepa algo de su amor por Marte.

FILÓN.—Dicen que Venus casó con Vulcano; pero como este era cojo, ella se enamoró de Marte, valiente y aguerrido. Cuando yacía secretamente con Marte, el Sol la vio e informó de ello a Vulcano, el cual, silenciosamente, tendió unas redes invisibles de hierro alrededor del lecho sobre el que ambos yacían, y así, desnudos, quedaron presos. Entonces Vulcano convocó a los

\* Literalmente: de dos en dos. (*N. del T.*)

<sup>59</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, III, 23.

dioses, en especial, a Neptuno, Mercurio y Apolo, y les mostró a Marte y a Venus, desnudos, presos en las redes de hierro, espectáculo ante el cual los dos, avergonzados, se cubrieron el rostro; pero Neptuno suplicó tanto a Vulcano, que a ruegos suyos fueron liberados Marte y Venus. Esto explica que Venus odiara para siempre al Sol y toda su progenie, por lo cual hizo que todas sus hijas cometieran adulterio.

SOFÍA.—¿Y qué me dices, Filón, de tanta lascivia y adulterio entre los dioses celestes?

FILÓN.—La alegoría de este mito no sólo es científica, sino también útil, porque demuestra que el exceso de la lascivia carnal no sólo perjudica a todas las potencias y facultades del cuerpo humano sino que, además, causa defecto en el acto mismo, con disminución de su actividad normal.

SOFÍA.—Explícame esto detalladamente.

FILÓN.—Venus representa el apetito concupiscente del hombre, el cual deriva de Venus, ya que según sea la fuerza de su influjo en la natividad, aquel apetito es grande e intenso. Esta Venus está casada con Vulcano, el dios del fuego inferior, que en el hombre se llama calor natural, que limita y actúa la concupiscencia y como marido suyo siempre le está unido actualmente. Dicen que Vulcano fue hijo de Júpiter y de Juno<sup>60</sup>, pero como era cojo lo expulsaron del cielo, y entonces Tetis lo crió y llegó a ser el herrero de Júpiter, cuyos rayos fabrica. Quieren indicar de este modo que el calor natural del hombre y de los animales es hijo de Júpiter y de Juno, porque lleva mezclado lo celeste con lo material: por participación de Júpiter y del cielo posee las virtudes naturales, animales y vitales, y por estar mezclado con la materia no es eterno como lo es el calor efectivo del Sol y de los demás cuerpos celestes, ni siempre poderoso, ni se halla siempre del mismo modo en el cuerpo humano; al contrario, al igual que hace el cojo al andar, crece y luego disminuye, sube y después baja, según la edad y las facultades del hombre. Esto es lo que significa que fue expulsado del cielo por ser cojo, ya que el calor y las demás cosas celestes son uniformes, no cojean como las inferiores. Fue criado por Tetis, que es el mar, porque tanto en los animales como en la tierra este calor viene alimentado por la humedad, que lo sustenta, y es más o menos intenso o remiso según si la humedad que recibe es suficiente o no. Dicen que es herrero y artifice de Júpiter porque es ministro de las muchas operaciones admirables y joviales que tienen lugar en el cuerpo humano.

Por consiguiente, dado que la concupiscencia venerea está casada y unida al calor natural de Marte, que es el ferviente deseo de la lascivia, pues es quien produce la lujuria ardiente, excesiva e inmoderada, por ello dicen que no nació del semen de Júpiter ni participó de ninguna de sus buenas cuali-

dades, sino que nació de la percusión de la vulva de Juno, es decir, el veneno de la menstruación de la madre, porque Marte, mediante sus incitaciones ardientes, hace que la potencia de la materia de Juno sobrepuje a la razón de Júpiter; de manera que Venus, la concupiscente, quiere enamorarse del ardiente Marte y ésta es la razón de que los astrólogos hablen de la grandísima amistad que reina entre estos dos planetas, y digan que Venus refrena con su aspecto benéfico toda la malicia de Marte. Al ser excesiva la lujuria por la mezcla de ambos, el Sol (la clara razón humana) les acusa a Vulcano, informándole de que el calor natural viene a faltar por ese exceso; entonces Vulcano tiende las cadenas invisibles en las que, vergonzosamente, quedan presos ambos adulteros, ya que, al faltar el calor natural, viene a menos el poder de la lujuria y los deseos excesivos se ven atados, sin libertad ni poder, libres de efectos y mezclando el pudor a la penitencia. Y así, avergonzados, Vulcano los muestra a los dioses, con lo que se quiere indicar que la carencia de calor natural es sentido por todas las potencias humanas, denominadas potencias por sus obras virtuosas, todas las cuales quedan defectuosas por falta de calor natural, y citan explícitamente tres dioses: Neptuno, Mercurio y Apolo, que son las principales facultades del cuerpo humano: Neptuno es el alma nutritiva que posee las virtudes y potencias naturales que proceden del hígado, las cuales se forman con abundancia de humedad, que está presidida por Neptuno; Mercurio es el alma sensitiva, que contiene el sentido, el movimiento y el conocimiento, que proceden del cerebro y son propios de Mercurio; Apolo representa el alma vital del pulso que, mediante las arterias, transmite los espíritus y el calor natural; esta alma tiene su origen en el corazón, porque —como más arriba te dije— el corazón, en el cuerpo humano, equivale a Apolo en el mundo, de manera que el exceso de lujuria causa perjuicio y vergüenza al corazón y a sus correspondientes virtudes, al cerebro y sus virtudes y al hígado y sus virtudes. Ninguno de ellos puede aplacar a Vulcano, ni remediar sus fuerzas perdidas, excepto Neptuno, que es la virtud nutritiva, la cual, gracias a su humedad alimenticia, permite recuperar el calor natural consumido y devolver la libertad al poder de la lujuria. Venus siente un odio profundísimo hacia la progenie del sol e hizo adulterar a sus hijas, inclinándolas a su propia naturaleza\*, porque el amor es enemigo de la razón y la lujuria es contraria a la prudencia, y no sólo no la obedece sino que incluso prevarica y adultera sus consejos y juicios, atrayéndola a su propia inclinación, considerando buenos y factibles la lujuria y sus efectos, por lo cual los ejecuta con suma diligencia.

SOFÍA.—Ya he oído bastante acerca de Marte y de Venus. Por esto dicen los poetas que de estos dos enamorados nació Cupido.

<sup>60</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogia*, XII, 70.

\* La de Venus. (*N. del T.*)

FILÓN.—Así es: el verdadero Cupido<sup>61</sup> es la pasión amorosa y la concupiscencia perfecta; procede de la lascivia de Venus y del fervor de Marte, por lo cual lo representan niño, desnudo, ciego, con alas y tirando flechas. Lo representan niño porque el amor siempre crece y es desenfrenado, como los niños; desnudo, porque ni se puede encubrir ni disimular; ciego, porque es incapaz de ver ninguna razón contraria, pues la pasión le ciega; con alas, porque es velocísimo, pues el amante vuela con el pensamiento y está siempre con la persona amada y en ella vive; con las flechas traspasa el corazón de los amantes, flechas que causan llagas estrechas, hondas e incurables, y que la mayoría de las veces proceden de los respectivos rayos de los ojos de los amantes, rayos que son como saetas.

SOFÍA.—Dime también cómo Venus tuvo de Mercurio a Hermafrodita.

FILÓN.—Has de saber que algunos poetas dicen que Mercurio<sup>62</sup> era hijo de Cielo y de Día y hermano de Venus, mientras que para otros es hijo de Júpiter y fue criado por Juno. Añaden que este Mercurio es el dios de la elo- cuencia, de las ciencias, especialmente de las matemáticas (aritmética, geometría, música y astrología), de la medicina, de los comerciantes, de los ladrones, mensajero de Júpiter e intérprete de los dioses, y su atributo es una vara rodeada por una serpiente.

En relación con estas atribuciones se cuentan muchas fábulas. En efecto, el planeta Mercurio influye en todas estas cosas, según sea su posición en la natividad del hombre: si es poderoso y de buen aspecto produce elo- cuencia, elegante y suave hablar, doctrina e ingenio en las ciencias mate- máticas; si aspecta a Júpiter hace filósofos y teólogos; si aspecta bien a Marte forma verdaderos médicos, pero si se aspecta mal, ladrones y malos médi- cos, sobre todo cuando está combusto por el Sol (de donde procede la fábula de que robó las vacas de Apolo y dicen que engendró de Liqueón al ladrón Autólico); en conjunción con Venus crea poetas, músicos y versificadores; con la Luna, mercaderes y comerciantes; con Saturno proporciona ciencia profundísima y predicción de las cosas futuras, pues él, por naturaleza, puede transformarse en la naturaleza del planeta con el que se mezcla; mezclán- dose con planeta masculino es macho; con femenino, hembra.

Han existido muchos hombres llamados Mercurio, sobre todo algunos sabios egipcios y médicos que participaron de sus virtudes. Por ser un pla- neta brillante le hacen hijo de Cielo y de Día, porque a la sustancia celeste une la luz diurna, porque la luz de todos los planetas procede del Sol, que hace el día. Le creen hermano de Venus porque sus progenitores son comunes, los dos planetas están juntos y cada uno de ellos recorre su órbita casi en el mismo tiempo, es decir, en un año; van siempre cerca del Sol, sin ale-

jarse demasiado de él, por todo lo cual dicen que son hermanos. En cam- bio, otros le consideran hijo de Júpiter por su divina sabiduría y virtud, y dicen que lo crió Juno porque la sabiduría humana procede de la divinidad y se perpetúa en los escritos materiales, representados por Juno. Le llaman mensajero de Júpiter porque anuncia y predice las cosas futuras que Dios omnipotente quiere hacer, y por esto y por su elocuencia es denominado intér- prete de los dioses. Su vara es símbolo de la rectitud de ingenio que pro- porciona en las ciencias, y la serpiente que la rodea es el discurso sutil que va alrededor del recto ingenio, o, de otra manera, la vara es el entendimiento especulativo de la prudencia acerca de las virtudes morales, ya que la ser- piente, por su sagacidad, es signo de prudencia, y la vara, por su rectitud y firmeza, es signo de ciencia.

SOFÍA.—Oí decir que la vara se la dio Apolo.

FILÓN.—La fábula narra que Mercurio robó las vacas de Apolo<sup>63</sup>; pero habiéndole visto un tal Bato, para que callase le regaló una vaca. Sin embar- go, dudando de él, quiso poner a prueba su palabra, para lo cual adoptó el aspecto de otra persona, se acercó a Bato y prometió darle un buey si le reve- laba quién había robado las vacas; y Bato se lo contó todo. Entonces Mer- curio, temiendo a Apolo, lo convirtió en piedra. Finalmente, Apolo, por ser divino, conoció la verdad; tomó el arco para saetear a Mercurio, pero como éste se hizo invisible, no le pudo alcanzar. Más tarde, de común acuerdo, Mercurio ofreció a Apolo la cítara y éste le regaló la vara. Otros dicen que, habiendo previsto Mercurio la ira de Apolo, le robó a escondidas las flechas del carcaj; pero Apolo, al saberlo (aunque estaba enfurecido), rió la astucia de Mercurio, le perdonó y le dio la vara, recibiendo de él la cítara.

SOFÍA.—¿Qué significa este mito?

FILÓN.—Significa que los seres mercuriales son pobres, pero astutos en adquirir mediante engaños, encubiertamente, la abundancia y la riqueza que poseen los reyes y los grandes maestros, pues ellos suelen ser adminis- tradores y secretarios reales, a causa de su habilidad mercurial: esto es lo que significa que Mercurio robó las vacas a Apolo: Apolo representa y da ori- gen a los señores poderosos, y las vacas son sus riquezas y bienes; cuando los príncipes están airados contrae ellos por sus latrocinos, consiguen librarse de la ira con astucia mercurial, arrebátandole las causas de las que podría proceder el castigo y, al mitigar la ira de los señores, quedan en gracia. Ade- más, por su baja condición no les ofenden las furias de los grandes maes- tros, pues éstos no les oponen resistencia: así, Mercurio, el más pequeño de los planetas, es aquél al que los rayos solares y la combustión producida por ellos son menos nocivos que a ningún otro planeta. Están concertados: Mer- curio da la cítara a Apolo y recibe la vara, es decir, que el sabio mercurial

<sup>61</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, IX, 4, y nota 25 del Diálogo I.

<sup>62</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, I, 7, XII, 62.

<sup>63</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, II, 12.

sirve al príncipe con prudencia armoniosa y con suave elocuencia, representada por la cítara, mientras que el príncipe le proporciona poder y autoridad y concede crédito y reputación a su sabiduría. Por ello dice Platón que el poder y la sabiduría deben abrazarse, ya que la sabiduría templa el poder, y éste favorece la sabiduría. Significa, finalmente, que cuando el Sol y Mercurio están en conjunción perfecta en lugar adecuado de la natividad y en buen signo, hacen que el hombre mercurial literato sea poderoso y el hombre solar y gran maestro sea sabio, prudente, elocuente.

SOFÍA.—Ya me has dicho bastante acerca del nacimiento de Mercurio. Hora es ya de que me expliques lo que te pregunté, es decir, cómo de él y de Venus nació Hermafrodita.

FILÓN.—He aquí lo que dice Tolomeo en su *Centiloquio*<sup>64</sup>: el hombre en cuya natividad Venus está en la casa de Mercurio y éste en la de Venus, y más aun si ambos están unidos corporalmente, está inclinado a la lujuria bestial y antinatural. Algunos aman a los machos y ni siquiera se avergüenzan de ser agentes y pacientes al mismo tiempo, haciendo no sólo de macho sino también de hembra. Tales personas son llamadas hermafroditas, es decir, personas de ambos性 a la vez; y dicen verdad, pues nacen en la conjunción de Mercurio y de Venus. La causa estriba en que estos dos planetas no se avienen bien y naturalmente cuando están juntos, ya que Mercurio es completamente intelectual y Venus corporal, por lo que, cuando ambas naturalezas se mezclan, surge una lujuria desviada y antinatural.

SOFÍA.—Ya me has dicho bastante acerca de los amores, matrimonios y generaciones de los dioses celestes y de sus naturalezas, tanto del padre universal, Demogorgón, como de los padres celestes, Éter y Cielo, y de los planetas que, sucesivamente, proceden de ellos: Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio. Sólo me queda por saber algo de los hijos de Latona y de Júpiter, es decir, de Apolo y de Diana, aunque de esta última poco hay que contar, ya que—según dicen—fue siempre virgen. Sólo quisiera saber algo del amor de Apolo por Dafne, la cual, al huir de él, fue convertida en laurel.

FILÓN.—La generación de Apolo y de Diana ya la oíste más arriba por completo. Suponen a Diana virgen<sup>65</sup> porque la excesiva frialdad de la Luna evita la excitación y el ardor de la lujuria en las personas en cuya natividad predomina. La llaman diosa de los montes y de los campos porque la Luna tiene gran influencia en la germinación de las hierbas y de los árboles, con los cuales se alimentan los animales salvajes; cazadora, porque su luz ayuda a los cazadores nocturnos, y también la llaman guarda de los caminos por-

<sup>64</sup> Hermafrodita: Cf. Boccaccio, *Genealogía*, III, 22. *Centiloquio*: Se trata del *Carpos (Fructus)*, libro de astrología también llamado «Centiloquio» por ser una colección de cien aforismos. Atribuido a Tolomeo, su autor fue un astrólogo que vivió después de Tolomeo y antes de Proclo.

<sup>65</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, V, 2.

que con su luz nocturna consigue que los caminos sean más seguros para los caminantes. La suponen armada de arco y flechas porque sus rayos muchas veces resultan perjudiciales a los animales, sobre todo cuando, como flechas, penetran por agujeros estrechos. Le asignan un carro tirado por cervos blancos para, mediante la velocidad de éstos, dar a entender que su movimiento es más veloz que el de ninguna otra esfera, pues recorre su circuito en un mes, y la blancura es su color propio. Se llama Luna, porque cuando es nueva alumbría al principio de la noche, y Diana porque cuando es vieja\* anuncia el día iluminando la mañana antes de que salga el Sol y también porque muchas veces es visible en pleno día.

SOFÍA.—Me basta en cuanto a Diana. Háblame de Apolo y de su enamoramiento, pues es el único amor de los dioses celestes que me falta conocer.

FILÓN.—Entre los poetas, Apolo<sup>66</sup> es considerado dios de la sabiduría y de la medicina, posee la cítara que le regaló Mercurio y preside a las Musas. Le dan como atributos el laurel y el cuervo, y dicen que va armado de arco y flechas.

SOFÍA.—Quiero saber el significado.

FILÓN.—Es dios de la sabiduría porque domina especialmente sobre el corazón y porque ilumina los espíritus que son el origen del conocimiento y de la sabiduría humanos; además, porque gracias a su luz se ven y se distinguen las cosas sensibles, de las que deriva el conocimiento y la sabiduría. Es dios de la medicina porque la virtud del corazón y el calor natural que de él depende conservan en todo el cuerpo la salud y curan todas las enfermedades; también, porque el calor templado del Sol en primavera cura las largas enfermedades que quedan del invierno y del otoño, épocas en que, por ser frías, el calor del Sol es débil y reducido, por lo cual surgen entonces muchas enfermedades que se curan al renovarse el calor, en primavera. Se le asigna como atributo la cítara y dicen que es el dios de la música porque produce en todo el cuerpo humano la armonía de la pulsación que procede de los espíritus del corazón, armonía que los médicos experimentados conocen por el tacto; también porque como la armonía celestial es producto de los movimientos de todas las esferas (armonía—según te dije—que Pitágoras cree consistir en concordancia de voces), el Sol, por ser el más grande, el más brillante y el principal de los planetas, como capitán de todos ellos, es el que gobierna toda la armonía; por ello le asignan la cítara y dicen que la obtuvo de Mercurio, pues éste es quien proporciona concordancia y ponderación armónicas, pero el Sol, como principal, es el maestro de la música celeste. Y con razón, ya que su movimiento

\* Llena. (*N. del T.*)

<sup>66</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, V, 3.

es más ordenado que el de cualquiera de los otros, va siempre por el centro del Zodíaco sin desviarse, siempre recto en su movimiento; por ello sirve de medida de los movimientos de los otros, así como es el que proporciona luz a todos los demás. Esto significa el hecho de presidir a las Musas, que son nueve, aludiendo a las nueve esferas celestes que integran la armonía, cuya universal concordancia viene organizada por él. Sus flechas son los rayos, muchas veces perjudiciales por exceso de calor o por venenosidad del aire, por lo cual le consideran autor de la peste. De entre los árboles le dan como atributo el laurel por ser caliente, aromático y siempre verde, porque con él se coronan los poetas ilustres y los emperadores victoriosos, todos los cuales están sometidos al Sol, que es dios de la sabiduría y causa de la exaltación de los imperios y de las victorias. También le atribuyen el laurel por otra razón: como Apolo es el dios de la sabiduría influyen en la adivinación, por lo cual dicen que, una vez hubo matado a Pitón, empezó a dar oráculos en Delfos. Del laurel se ha dicho que cuando un hombre duerme con la cabeza rodeada con sus hojas, sueña cosas verdaderas y sus sueños participan de adivinación. Por esta razón le atribuyen el cuervo, porque dicen que este animal posee sesenta y cuatro voces distintas, de las cuales se sacaban augurios y auspicios adivinadores, más que de ningún otro animal.

SOFÍA.—Me basta con esto acerca de la naturaleza y condición de Apolo. Dime lo que se refiere a su amor por Dafne<sup>67</sup>.

FILÓN.—La poesía narra que como Apolo se alabó en presencia de Cupido del poder de su arco y de sus flechas, con las cuales había matado a Pitón, serpiente muy venenosa, parecía que no apreciase la fuerza del arco y de las flechas de Cupido considerándolas armas infantiles inadecuadas para dar tan terribles golpes. Indignado por ello, Cupido hirió a Apolo con una flecha de oro y a Dafne, hija del río Peneo, con una de plomo, y entonces Apolo amó a la virgen Dafne y la persiguió como se persigue al oro, y a Dafne se le hizo el amor de Apolo tan pesado como el plomo, y huía continuamente de él. Dafne, al verse perseguida y casi alcanzada por Apolo, pidió ayuda a su padre, Peneo, y a los demás ríos, los cuales, para librirla del dios, la convirtieron en laurel; Apolo, al hallarla así, convertida en laurel, la abrazaba igualmente y ella temblaba de miedo. Al fin, Apolo tomó algunas de sus hojas, y con ellas adornó su cítara y su carcaj y adoptó el laurel como árbol propio, con lo cual Dafne quedó contenta de él.

SOFÍA.—La fábula es linda; pero, ¿qué significa?

FILÓN.—Quiere indicar cuán grande y universal es la fuerza del amor, incluso en el más arrogante y poderoso de los dioses celestes, en el Sol. Por ello, galantemente, narran que se gloriaba de que con su arco y sus flechas,

es decir, sus rayos calentísimos, había matado a la horrible serpiente Pitón, que todo lo destruía, lo cual —como ya te dije— significa que la acusidad del diluvio, que había quedado esparcida sobre toda la tierra e impidió la generación y la nutrición de los hombres y de todos los restantes animales terrestres, fue secada por el Sol mediante sus rayos, ardientes como saetas, y así dio el ser a todos los que moran sobre la tierra. Y para que conozcas, Sofía, cuál es el verdadero arco de Apolo, además de su curso y de la circunferencia solar, te diré que es aquel arco de muchos colores que aparece en el aire, frente al sol; cuando el tiempo está húmedo y lluvioso, arco que los griegos denominan «iris». Esto alude a la narración de la Sagrada Escritura en el *Génesis*<sup>68</sup>, donde se dice que después del diluvio, de todos los seres sólo había quedado Noé, hombre justo, y sus tres hijos, los cuales se salvaron en un arca flotante junto con un macho y una hembra de cada especie de animales terrestres y Dios le aseguró que ya no habría más diluvios, dándole como señal aquel arco iris que aparece en las nubes cuando ha llovido, el cual da garantía de que ya no habrá diluvio. Y como quiera que este arco es engendrado por la irradiación de la circunferencia del Sol en las nubes húmedas y espesas, y que el distinto espesor de las mismas da lugar a sus diferentes colores, según la diferente capacidad de captación de las nubes, se sigue que el arco del Sol es aquel que, por orden de Dios, fue garantía y seguridad de que ya no habría ningún diluvio más.

SOFÍA.—¿De qué manera el Sol, mediante su arco, proporciona tal seguridad?

FILÓN.—El Sol, cuando luce el arco, no se imprime en el aire sutil y sereno, sino en el espeso y húmedo, el cual, si fuera de grueso espesor, capaz de poder originar un diluvio por multitud de lluvias, sería incapaz de recibir el reflejo del Sol y formar el arco. Por ello, la aparición de este reflejo y arco asegura que las nubes no tienen espesor suficiente para poder originar un diluvio. Esta es la garantía y seguridad que nos da el arco del diluvio, originado por la fuerza del Sol, que de tal modo purifica y adelgaza las nubes que, al imprimir en ellas su irradiación, las incapacita para originar un diluvio.

—Por consiguiente, con razón y prudencia dijeron que Apolo mató a Pitón con su arco y sus flechas; pero por esta acción, aunque Apolo se sentía soberbio y orgulloso de ella, según lo es la naturaleza solar, no pudo librarse del golpe del arco y de la flecha de Cupido, porque el amor no sólo obliga a los inferiores a amar a sus superiores, sino que incluso arrastra a los superiores a amar a los inferiores. Por esto Apolo amó a Dafne, hija del río Peneo, es decir, la humedad natural de la tierra, que procede de los ríos que la atraviesan. Esta humedad ama el Sol, el cual, al enviarle sus rayos ardientes, pro-

<sup>67</sup> Cf. Boccaccio, *Genealogía*, VII, 29.

<sup>68</sup> *Génesis*, 6, 9-10.

cura atraerla hacia sí, exhalándola en vapores. Podría decirse que la finalidad de tal exhalación es sustentar a los celestes, ya que los poetas consideran que se nutren de los vapores que proceden de la humedad del globo terráqueo; pero, aunque todo esto sea metafórico, se entiende que el Sol y los planetas se mantienen principalmente en su cometido propio, es decir, en gobernar y sustentar el mundo inferior y, por consiguiente, todo el universo mediante la exhalación de los vapores húmedos. Por eso ama la humedad e intenta atraérsela; pero ella huye del Sol, porque toda cosa huye de quien la consume. Además, los rayos solares hacen penetrar la humedad en los poros de la tierra, la hacen huir de la superficie y por ello el Sol la disuelve; una vez dentro de la tierra, cuando ya no puede huir del Sol, se convierte en árboles y en plantas, gracias a la ayuda e influencia de los dioses celestes engendrados de las cosas y a la ayuda de los ríos, que la restauran y la libran de la persecución y compresión del Sol.

Dicen, según la fábula, que se convirtió en laurel porque en el laurel (un árbol excelente, perenne, siempre verde, oloroso y caliente en su generación), más que en ningún otro árbol, se manifiesta la mezcla de los rayos solares con la humedad de la tierra. Refieren que era hija del río Peneo, porque el territorio por el que discurre produce mucho laurel. Narran que Apolo adornó con sus hojas su cítara y su carcaj, aludiendo a que los poetas esclavos, es decir, la cítara de Apolo, y los generales victoriosos y los emperadores reinantes, es decir, el carcaj del sol (el cual propiamente produce las famas ilustres, las victorias poderosas y los triunfos excelentes), son los únicos que suelen ser coronados de laurel, como indicio de honor eterno y de fama gloriosa, ya que, al igual que el laurel dura bastante, del mismo modo el nombre de los sabios y de los vencedores es inmortal; así como el laurel siempre es verde, así la fama de éstos es siempre joven, nunca envejece ni se seca, y al igual que el laurel es caliente y oloroso también las almas cálidas de estas personas producen agradabilísimo olor en lugares distantes, desde una parte a otra del mundo. Por ello se denomina a este árbol lauro, por ser entre los árboles lo que es el oro entre los metales y también porque se cuenta que los antiguos lo denominaban lauro por sus loores y porque con sus hojas se coronaban quienes eran dignos de loor eterno. Por consiguiente, éste es el árbol que se atribuye al Sol y dicen que no puede alcanzarle flecha del cielo porque el tiempo no puede destruir la fama de las virtudes, ni siquiera pueden lograrlo los movimientos y las mutaciones celestes, que asanean todas las demás cosas de este mundo inferior con vejez, corrupción y olvido.

SOFÍA.—Ya estoy satisfecha acerca de los amores de los dioses celestes, tanto de las esferas como de los siete planetas. No quiero que te tomes la molestia de explicarme los amores de los otros dioses terrestres y humanos, porque a la sabiduría no le interesa demasiado. Pero sí quisiera que me contases, sin mitos ni ficciones, lo que los buenos astrólogos creen acerca de

los amores y odios que entre sí sienten los cuerpos celestes, especialmente los planetas.

FILÓN.—Te diré brevemente parte de lo que me preguntas, porque decirlo todo resultaría demasiado prolífico. Nueve son las esferas celestes que los astrólogos han podido conocer: las siete más próximas a nosotros son las esferas de los siete planetas errantes; de las otras dos superiores, la octava es aquella en la que están fijas la gran muchedumbre de estrellas visibles, y la última y novena es la diurna, que en un día y una noche, o sea, en veinticuatro horas, recorre todo su circuito y en este lapso de tiempo mueve consigo todos los otros cuerpos celestes. El circuito de estas esferas superiores se divide en trescientos sesenta grados, agrupados en doce signos de treinta grados cada uno: este circuito se denomina Zodíaco, que significa círculo de los animales, porque aquellos doce signos están representados por animales, y son: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis. Tres de ellos tienen naturaleza de fuego, calientes y secos, o sea, Aries, Leo y Sagitario; tres son de naturaleza de tierra, fríos y secos: Tauro, Virgo y Capricornio; tres de naturaleza de aire, calientes y húmedos: Géminis, Libra y Acuario, y tres tienen naturaleza de agua, fríos y húmedos: Cáncer, Escorpio y Piscis. Estos signos tienen entre sí amistad y odio, porque cada tres de una misma naturaleza dividen el cielo en triplicidades y sólo están alejados entre sí en  $120^\circ$ , por lo cual son amigos completos, como Aries con Leo y Sagitario, Tauro con Virgo y Capricornio, Géminis con Libra y Acuario, y Cáncer con Escorpio y Piscis, ya que el hecho de tener aspecto trino y de ser de la misma naturaleza los une en perfecta amistad. Los signos que dividen el Zodíaco en sextiles, o sea, que están a  $60^\circ$  unos de otros, tienen mediana amistad, es decir, imperfecta: Aries con Géminis, Géminis con Leo, Leo con Libra, Libra con Sagitario, Sagitario con Acuario y Acuario con Aries; todos ellos, además de tener aspecto sextil, son masculinos y tienen la misma calidad activa, es decir, son calientes, ya sean secos (de naturaleza ignea) o húmedos (como el aire), pues, en efecto, el fuego y el aire tienen entre sí una amistad y conformidad mediaña. Conformidad semejante tienen entre sí los otros signos de naturaleza de tierra y de agua, pues todos ellos son conformes a medias: Tauro con Cáncer, Cáncer con Virgo, Virgo con Escorpio, Escorpio con Capricornio, Capricornio con Piscis y Piscis con Tauro, todos los cuales tienen aspecto sextil de  $60^\circ$  de distancia, son femeninos y de la misma calidad activa, es decir, fríos, aunque difieren en cuanto a la calidad pasiva entre seco y húmedo, como es la diferencia entre la tierra y el agua, por lo que la amistad de los mismos es mediana e imperfecta.

Por otra parte, si los signos están en el Zodíaco a la mayor distancia posible, es decir, a  $180^\circ$ , tienen entre sí enemistad completa, porque la posición del uno es opuesta y totalmente contraria a la del otro: cuando el uno ascende, el otro desciende; cuando uno está sobre la tierra, el otro está debajo

de ella; y aunque sean de la misma calidad activa, o sea, ambos calientes o ambos fríos, sin embargo, en la calidad pasiva siempre son contrarios: si el uno es húmedo el otro es seco, y esto, junto con la oposición de distancia y de aspecto, hace que sean enemigos mortales, como Aries con Libra, Tauro con Escorpio, Géminis con Sagitario, Cáncer con Capricornio, Leo con Acuario y Virgo con Piscis. Cuando están en aspecto cuadrado, o sea, a 90°, son medio enemigos, tanto porque la distancia es la mitad de la oposición como porque sus naturalezas son siempre contrarias en ambas calidades, activa y pasiva: si el uno es ígneo (caliente y seco) el otro es ácueso (frío y húmedo); si un signo es aéreo (caliente y húmedo) el otro es téreo (frío y seco), como Aries y Cáncer, Leo y Escorpio, y Sagitario y Piscis, uno de ellos ígneo y el otro ácueso; y como Géminis y Virgo, Libra y Capricornio, Acuario y Tauro, uno de ellos aéreo y el otro téreo; o bien son contrarios al menos en la calidad activa, pues si uno es caliente el otro es frío, como Tauro y Leo, Virgo y Sagitario, Capricornio y Aries, y, asimismo, Cáncer y Libra, Escorpio y Sagitario, y Piscis y Géminis, pues todos éstos son contrarios entre sí en cuanto a calidad activa y tienen aspecto cuadrado de mediana enemistad.

SOFÍA.—He comprendido perfectamente cómo entre los doce signos del cielo se da amor y odio, perfecto o imperfecto. Ahora quisiera que me dijese si también se da en los siete planetas.

FILÓN.—Los planetas se aman entre sí cuando se aspectan benéficamente, o sea, con aspecto trino, a una distancia de 120°, el cual es aspecto de amor perfecto, o bien con aspecto sextil, de la mitad de aquella distancia, es decir, a 60° uno del otro, aspecto de amor lento y de amistad mediana; pero son enemigos y se odian cuando se miran con aspecto opuesto a la mayor distancia que puede haber en el cielo, o sea, 180°, aspecto de completo odio y enemistad y de oposición total; finalmente, cuando están en cuadratura, a la mitad de aquella distancia, es decir, a 90° uno de otro, se tienen mediana enemistad y odio lento.

SOFÍA.—Has hablado de los aspectos, de que el trino y el sextil producen amor, y de que el opuesto y el cuadrado engendran odio. Dime si cuando están en conjunción se tienen amor o desamor.

FILÓN.—La conjunción de dos planetas resulta amorosa u odiosa según sea la naturaleza de los dos. Si hay conjunción de dos planetas benignos, llamados benéficos, como Júpiter y Venus, se da amor y benevolencia entre ambos. Si la Luna está en conjunción con uno de ellos, la conjunción es feliz y amorosa; si el Sol, la conjunción es perjudicial y hostil, porque los hace combustos y de poco valor, aunque el Sol le sea en cierta parte bueno, aunque no demasiado a causa de la combustión.

Cuando Mercurio está unido a Júpiter la conjunción es feliz y amigable; con Venus es amorosa, aunque no muy recta; con la Luna tiene mediana amistad, pero con el Sol está combusto y su conjunción es poco favorable, excep-

to en el caso de que estén unidos perfectísima y corporalmente, pues entonces sería óptima y muy amorosa, y en tal caso aumenta la fuerza del Sol como si hubiera dos soles en el cielo.

La conjunción del Sol y la Luna es muy odiosa, aunque cuando están unidos por completo y corporalmente, algunos astrólogos la consideran favorable, sobre todo para las cosas secretas. En cambio, la conjunción de uno de los dos planetas maléficos, Saturno y Marte, con los demás es odiosa, excepto la de Marte con Venus, que produce lascivia amorosa y excesiva. La de Saturno con Júpiter es amorosa para Saturno y odiosa para Júpiter; pero la conjunción de uno de ellos con el Sol, al igual que es perjudicial para el Sol, también es nociva para ellos, porque el Sol les quema y debilita su potencia. También con Mercurio y con la Luna tienen pésima conjunción y ni siquiera es provechosa para ellos mismos.

SOFÍA.—Así como las conjunciones son distintas en el bien y en el mal según sea la naturaleza de los planetas unidos, ¿son también diversos entre ellos los aspectos benéficos y asimismo los maléficos, según la naturaleza de los dos que se aspectan?

FILÓN.—Los aspectos benéficos y también los maléficos se distinguen más o menos según sean los planetas que se aspectan. Cuando los dos benéficos, Júpiter y Venus, se aspectan según trino o sextil, el aspecto es óptimo; si el aspecto es opuesto o cuadrado se miran con enemistad, pero no producen ningún mal, sino poco bien y con dificultad. Cuando cualquiera de ellos mira a la Luna, a Mercurio o al Sol con aspecto amoroso, presagian una felicidad de la clase de su naturaleza; si están mal aspectados, indican poco bien y obtenido con dificultad; pero cuando los dos benéficos tienen buen aspecto con los dos maléficos, es decir, Saturno y Marte, proporcionan un bien mediocre, aunque con algún temor y disgusto; y si el aspecto es malo, producen mal bajo capa de bien, excepto Marte con Venus que tienen tan buena naturaleza que si se aspectan bien son muy favorables, sobre todo en asuntos amorosos.

También cuando Júpiter mira con buen aspecto a Saturno, da lugar a cosas divinas, elevadas y buenas, completamente ajena a la sensualidad. Además, Júpiter (benéfico) corrige la dureza de Saturno, y Venus, cuando está bien colocada, corrige la crueldad y maldad de Marte.

Cuando Mercurio aspecta bien a Marte, hace poco bien a Saturno, y si le aspecta mal produce gran mal, ya que puede convertirse a la naturaleza del planeta con el que se une. Mercurio con la Luna es bueno con buen aspecto, y malo con malo. Cuando los maléficos aspectan a la Luna con mal aspecto son pésimos y con buen aspecto no son buenos, pero moderan los inconvenientes, y así les ocurre con el Sol. El Sol con la Luna en aspecto amoroso son óptimos y corrigen los excesos y daños de Marte y de Saturno, pero con mal aspecto son difíciles y no buenos. Este es el resumen de las diferencias de sus aspectos.

SOFÍA.—Me basta, Filón, lo que me has dicho del amor y del odio que sienten los doce signos entre sí y los planetas. Dime, por favor, si los planetas también sienten amor y odio por un signo más que por otro.

FILÓN.—Me basta, Filón, lo que me has dicho del amor y del odio que sienten los doce signos entre sí y los planetas. Dime, por favor, si los planetas también sienten amor y odio por un signo más que por otro.

FILÓN.—Claro que lo sienten, porque los doce signos son casas o domicilios de los siete planetas, cada uno de los cuales siente amor hacia su casa, pues al hallarse en aquel signo, su virtud es poderosa, y, en cambio, odia el signo opuesto a su casa, porque al estar en él su poder se debilita.

SOFÍA.—¿En qué orden se reparten estos doce signos como casas de los siete planetas?

FILÓN.—El Sol y la Luna tienen cada uno una casa en el cielo: la del Sol es Leo, la de la Luna, Cáncer. Cada uno de los otros cinco planetas tiene dos casas: Saturno tiene como casas Capricornio y Acuario; Júpiter, Sagitario y Piscis; Marte, Aries y Escorpio; Venus, Tauro y Libra; Mercurio, Géminis y Virgo.

SOFÍA.—Dime si existe alguna causa que explique el orden de esta distribución.

FILÓN.—La causa y el orden de la posición de los planetas, según los antiguos, es que el más alto, Saturno, por su excesiva frialdad tomó por casas a Capricornio y a Acuario, signos en los que cuando el Sol se halla en ellos, es decir, de mediados de diciembre a mediados de febrero, el tiempo es el más frío y borrasco de todo el año, cosas propias de la naturaleza de Saturno. Júpiter, por ser el segundo después de Saturno, tiene las dos casas que en el Zodíaco están junto a las de Saturno, es decir, Sagitario antes de Capricornio y Piscis después de Acuario.

Marte, el tercer planeta y próximo a Júpiter, tiene las dos casas contiguas a las de este último: Escorpio antes de Sagitario y Aries después de Piscis, Venus, que es, según los antiguos, el cuarto planeta, próximo a Marte, tiene las dos casas que están junto a las de éste, o sea, Libra antes de Escorpio y Tauro después de Aries.

Mercurio, el quinto planeta, cercano a Venus, según los antiguos, tiene sus dos casas junto a las de aquél, o sea: Virgo antes de Libra y Géminis después de Tauro. El Sol, que los antiguos consideran que es el sexto planeta, próximo a Mercurio, tiene una sola casa, la anterior a Virgo, que es la casa principal de Mercurio; la Luna, o sea, el séptimo y último planeta, tiene su casa después de Géminis, que es la otra casa de Mercurio. Por consiguiente, no al azar, sino con un orden razonable, los planetas han elegido sus casas en el Zodíaco.

SOFÍA.—Me agrada este orden, que concuerda con la posición de los planetas según los antiguos, quienes colocaban el Sol debajo de Venus y de Mercurio. Pero según los astrólogos modernos, que lo colocan junto a Marte y encima de Venus, este orden no sería justo ni razonable.

FILÓN.—También resulta razonable el orden según los modernos, pero empezando no de Saturno, sino del Sol y de la Luna y de sus casas, por ser estos dos luminares príncipes del cielo, mientras que los demás son servidores suyos, ya que el Sol y la Luna desempeñan parte principal en la conservación de este mundo.

SOFÍA.—Explícame eso un poco.

FILÓN.—Así como antes empezábamos por Capricornio, que es el solsticio de invierno, cuando los días empiezan a crecer, ahora empezaremos por Cáncer, que es el solsticio de verano, cuando los días son los más largos del año al final del crecimiento. Cáncer, por ser frío y húmedo, de naturaleza lunar, es casa de la Luna, y Leo, que está junto a él, por ser caliente y seco, de naturaleza solar, y porque el Sol cuando está en él es muy potente, es considerado casa del Sol.

SOFÍA.—Luego, ¿tú consideras la Luna antes que el Sol?

FILÓN.—No te maravilles de eso, ya que en la sagrada creación la noche se antepone al día y, según te he dicho, Diana fue Lucina, según los poetas, en el nacimiento del día. De modo que, con razón, Cáncer, casa de la Luna, va antes que Leo, casa del Sol. Junto a estos dos signos están las dos casas de Mercurio, que es el más próximo a la Luna, que es el primer planeta y el más inferior, y Mercurio es el segundo, cuyas casas son: Géminis, antes de Cáncer, y Virgo, después de Leo. Venus, el tercero, está encima de Mercurio, y sus dos casas son las contiguas a las de Mercurio: Tauro, antes de Géminis, y Libra, después de Virgo. Marte, el quinto, está sobre Venus y el Sol; sus casas están junto a las de Venus: Aries, anterior a Tauro, y Escorpio, posterior a Libra. Júpiter, el sexto, está sobre Marte, y sus casas junto a las de éste: Piscis, antes de Aries, y Sagitario, después de Escorpio. Saturno, el séptimo y más elevado, está sobre Júpiter; sus casas están junto a las de Júpiter: Acuario, antes de Piscis, y Capricornio, después de Sagitario, que vienen a estar una junto a otra, porque son los últimos signos, opuestos y alejados de los del Sol y de la Luna, es decir, de Cáncer y de Leo.

SOFÍA.—Me satisface el orden de los planetas en la distribución de los doce signos como casas de ellos, cada uno de los cuales siente amor por su casa y odio por la contraria, según has dicho. Pero quisiera que me dijeras si esta oposición de los signos se corresponde con la diversidad u oposición de aquellos planetas, de los cuales aquellos signos opuestos son casas.

FILÓN.—Claro que se corresponden, porque la oposición de los planetas corresponde a la oposición de los signos que son sus casas. Así, las dos casas de Saturno, Capricornio y Acuario, son opuestas a las de los dos luminares (Sol y Luna), es decir, a Cáncer y a Leo, a causa de la oposición entre la influencia y la naturaleza de Saturno con la de los dos luminares.

SOFÍA.—¿De qué modo?

FILÓN.—Porque, así como los dos luminares son causas de la vida de este mundo inferior, de las plantas, de los animales y de los hombres, aportan-

do el Sol el calor natural y la Luna la humedad radical, porque con el calor viven y con la humedad se nutren, del mismo modo Saturno es causa de la muerte y de la corrupción de los inferiores, a causa de sus cualidades contrarias: frialdad y sequedad. Las dos casas de Mercurio, Géminis y Virgo, son opuestas a las de Júpiter, Sagitario y Piscis, a causa de sus influencias contrarias.

SOFÍA.—¿Cuáles son estas influencias contrarias?

FILÓN.—Júpiter inclina a conseguir riquezas en abundancia, por lo cual los hombres joviales\* son generalmente ricos, magníficos y opulentos. En cambio, Mercurio, como produce una inclinación por investigar las ciencias sutiles y las doctrinas ingeniosas, aparta el alma de conseguir riqueza, por lo que, la mayoría de las veces, los sabios son poco ricos y los ricos poco sabios, porque las ciencias se consiguen merced al entendimiento especulativo y las riquezas al activo, y como quiera que el alma humana es una sola, cuando se dedica a la vida activa se aparta de la contemplativa, y cuando se da a la contemplación menosprecia los asuntos mundanos; estos últimos son pobres por elección, ya que esa pobreza vale más que el conseguir riquezas. De manera que con razón las casas de Mercurio son las opuestas a las de Júpiter y quienes en su natividad tienen las casas del uno ascendiendo sobre la tierra, las del otro bajan bajo tierra, de manera que raramente el buen jovial es buen mercurial, y viceversa. Quedan las dos casas de Venus, Tauro y Libra, que son las opuestas a las de Marte, Escorpio y Aries, a causa de la contrariedad de las naturalezas de los dos.

SOFÍA.—¿Cómo contrariedad? Al contrario, amistad y buena conformidad, ya que —como tú mismo has dicho— Marte está enamorado de Venus y ambos se avienen bien juntos.

FILÓN.—La contrariedad no reside en su influencia, como la de Júpiter y Mercurio, sino en su naturaleza, como la de Saturno y los luminares, aunque éstos sean, además —como te he dicho—, contrarios en influencia. Marte y Venus sólo son contrarios en naturaleza cualitativa, pues Marte es seco y caliente, pero ardiente, mientras que Venus es fría y húmeda, pero moderada, no como la Luna que tanto en frialdad como en humedad es excesiva. Por ello, Marte y Venus se avienen bien como dos contrarios de cuya mezcla deriva un efecto moderado, principalmente en los actos nutritivos y generativos, pues el uno proporciona calor, que es la causa activa en ambos actos, y el otro la humedad moderada, que es la causa pasiva en los mismos. Y aunque el calor de Marte es excesivo en ardor, la frialdad moderada de Venus le atempera y lo hace adecuado para tales operaciones. Por consiguiente, en esta contrariedad reside la avenencia amorosa de Marte y de Venus, y sólo por ella sus casas están opuestas en el Zodiaco.

\* De Júpiter o Jove. (*N. del T.*)

SOFÍA.—Me gusta esta oposición de los signos, causada por el odio, o bien por la contrariedad de los planetas de los cuales son casas. Dime, por favor, si también en el orden y en la oposición se deja ver algo del amor y de la benévolas amistad, al igual que se aprecia el odio y la contrariedad.

FILÓN.—Claro que se deja ver, sobre todo en los luminares. Verás que ninguna de las casas de Júpiter (benéfico mayor), mira con aspecto opuesto a las casas de los dos luminares, Sol y Luna; que ninguna de las de Saturno (maléfico mayor), mira con aspecto benévolos las de los luminares, sino con opuesto, que es hostil por completo. Pero la primera casa de Júpiter, es decir, Sagitario, mira con aspecto trino (propio de amor perfecto) a Leo, casa del Sol (luminar mayor), y la segunda, o sea, Piscis, aspecta a Cáncer, casa de la Luna (luminar menor) también con aspecto trino, con amor perfecto.

Asimismo, ninguna de las casas de Mercurio aspecta mal a las del Sol y de la Luna, porque están unidas por una gran familiaridad; al contrario, su primera casa, que es Géminis, tiene aspecto sextil, de amor imperfecto, con Leo, casa del Sol, y su segunda casa, o sea Virgo, también aspecta a Cáncer, casa de la Luna, con aspecto sextil amigable.

Quedan las casas de Venus (benéfico menor) y Marte (maléfico menor). Así como estos dos planetas se avienen cuando están juntos, así sus casas tienen mediana amistad con las del Sol y la Luna. En efecto: Aries, primera casa de Marte, tiene aspecto trino con Leo, casa del Sol, por ser ambos planetas y ambos signos de una misma constitución, caliente y seca; tiene aspecto cuadrado (enemistad mediana) con Cáncer, casa de la Luna, por ser de calidad contraria: Marte y su casa Aries, son calientes y secos, mientras que la Luna y su casa Cáncer, son fríos y húmedos. Escorpio, segunda casa de Marte, tiene aspecto trino (amor perfecto) con Cáncer, la casa de la Luna, porque ambos signos tienen la misma naturaleza: son fríos y húmedos; pero con Leo, casa del Sol, el aspecto es cuadrado por la oposición que hay entre lo caliente y seco (Leo) y lo frío y húmedo (Escorpio). Y de forma parecida se portan las casas de Venus con las de los luminares: Tauro, primera casa de Venus, mira a Cáncer, casa de la Luna, con aspecto sextil amigable (ambos son fríos) y a Leo, casa del Sol, con aspecto cuadrado, medio hostil, porque es contrario a él, pues es caliente. Y así, Libra, segunda casa de Venus, tiene con Leo aspecto sextil amigable, por ser ambos calientes, y con Cáncer (por ser frío) aspecto cuadrado de mediana amistad. Por consiguiente, estos dos planetas, Marte y Venus, son medios entre Saturno y Júpiter, por lo que sus casas tienen amistad mediana con las del Sol y la Luna.

Otras muchas relaciones podría decirte, Sofía, acerca de las amistades y enemistades celestes, pero prefiero pasarlas por alto porque alargarían y dificultarían nuestro diálogo.

SOFÍA.—Acerca de este tema tan sólo quiero que me digas si los planetas sienten alguna otra clase de amistad u odio hacia los signos, además de que sus casas se aspecten bien o mal.

FILÓN.—Naturalmente. La sienten, en primer lugar, con la exaltación de los planetas, pues cada uno de ellos tiene un signo en el que tiene poder de exaltación: el Sol en Aries, la Luna en Tauro, Saturno en Libra, Júpiter en Cáncer, Marte en Capricornio, Venus en Piscis, Mercurio en Virgo, aunque sea una de sus casas. También tienen triple autoridad, tres planetas en cada signo: Sol, Júpiter y Saturno en los tres signos de fuego, que son, de entre los seis masculinos, Aries, Leo o Sagitario; Venus, Luna y Marte gozan de autoridad en los signos femeninos, es decir, en los tres signos terreos, Tauro, Virgo y Capricornio, y en los tres ácueos, o sea, Cáncer, Escorpio y Piscis; Saturno, Mercurio y Júpiter la tienen en los tres restantes signos masculinos, o sea, Géminis, Libra y Acuario. No te hablaré ampliamente de las causas de esta distribución por no ser prolíjo. Te diré tan sólo que en los signos masculinos tienen triplicidad los tres planetas masculinos, y en los femeninos los tres planetas femeninos.

Los planetas sienten también amor hacia sus decanos\*: cada diez grados del Zodíaco forman el decano de un planeta. Los diez primeros grados de Aries son de Marte, los siguientes del Sol, los terceros de Venus y así sucesivamente siguiendo el orden de los planetas y de los signos, hasta llegar a los últimos grados de Piscis, que también vienen a ser decano de Marte. Los planetas, excepto el Sol y la Luna, aman sus términos, ya que cada uno de esos cinco planetas tiene ciertos grados de términos en cada signo; también aman los grados luminosos y favorables y odian los oscuros y aborrecidos, las estrellas fijas, cuando están en conjunción con ellas, sobre todo con las grandes y brillantes, es decir, las de primera o segunda magnitud, y odian a aquellas estrellas fijas que son de naturaleza contraria a la suya propia. Ahora sí creo haberte dicho, acerca de los amores y de los odios celestes, lo suficiente para nuestro actual diálogo.

SOFÍA.—He oído ya bastante acerca de los amores celestes. Ahora quisiera saber, Filón, si aquellos espíritus o entendimientos espirituales celestes, están también, como las demás criaturas corporales, unidos por el amor, o bien si, por carecer de materia, están libres de vínculos amorosos.

FILÓN.—A pesar de que el amor se da en las cosas corporales y materiales, sin embargo, no es propio de ellas. Al contrario. Así como el ser, la vida, el entendimiento y cualquier otra perfección, bondad o belleza dependen de los espirituales, y de los inmateriales pasa a los materiales, de manera que todas estas excelencias se dan antes en los espirituales que en los corporales, del mismo modo el amor, antes y más esencialmente se halla en el mundo intelectual y de él pasa al corporal<sup>69</sup>.

SOFÍA.—Explícame la razón.

\* El original pone «haces» o «caras». (N. del T.)

<sup>69</sup> Cf. Ficino, *De amore*, IV, 3.

FILÓN.—¿Acaso puedes aducir alguna contra ello?

SOFÍA.—Preparada está. Tú me has demostrado que el amor es deseo de unión, y quien desea carece de lo que desea, y la carencia no se da en los seres espirituales, sino que es propia de la materia, por lo cual no puede darse en ellos amor. Además, los materiales, por ser imperfectos, suelen desear el unirse a los espirituales, que son perfectos; pero los perfectos, ¿cómo pueden desear unirse a los imperfectos?

FILÓN.—Los espirituales no sólo sienten amor entre sí, sino que también aman a los corporales y materiales. Lo que tú dices, o sea, que el amor presupone deseo y éste carencia, es cierto; pero no hay inconveniente en que, habiendo entre los espíritus varias categorías de perfección, uno sea más perfecto que otro y de más clara y elevada esencia, con lo que el inferior, el que es menos perfecto, ama al superior y desea unirse a él. Luego, todos aman sobre todo y profundamente al sumo y perfecto Dios que es la fuente de la que procede todo ser y felicidad, cuya unión todos desean con vehemencia y la buscan constantemente mediante sus actos intelectuales.

SOFÍA.—Te concedo que los espirituales se amen unos a otros y que amen a Dios, pero no viceversa, porque el inferior ama al superior mas no al contrario, y menos aun que los espirituales amén a los corporales o materiales, ya que ellos son más perfectos y no echan en falta a los imperfectos, por lo cual ni los pueden desear ni amar, como has dicho.

FILÓN.—Iba a contestarte a este segundo argumento si no hubieses sido impaciente. Has de saber que, así como los inferiores aman a los superiores, deseando unirse a ellos por carecer de la mayor perfección de estos últimos, así los superiores aman a los inferiores y desean unírseles para que sean más perfectos. Este deseo presupone carencia, no en el superior que desea, sino en el inferior necesitado, ya que el superior, al amar al inferior, desea proporcionarle, con su superioridad, la perfección que al inferior le falta; de esta manera aman los espirituales a los corporales y materiales, para suplir con su perfección la carencia de aquéllos y para unirles a sí y perfeccionarlos.

SOFÍA.—¿Cuál crees tú que es amor más verdadero y perfecto: el del superior por el inferior, o el de este último por el primero?

FILÓN.—El del superior por el inferior, y el del espiritual por el corporal.

SOFÍA.—Dime la razón.

FILÓN.—El fin del uno es recibir; el del otro, dar. El espiritual superior ama al inferior como el padre a su hijo, y el inferior ama al superior como el hijo al padre, y tú bien sabes que es mucho más perfecto el amor del padre que el del hijo. Además, el amor del mundo espiritual hacia el mundo corporal se asemeja al del macho por la hembra, mientras que el del corporal por el espiritual, al de la hembra por el macho, como más arriba te indiqué. Ten paciencia, Sofía, que con mayor perfección ama el macho que da, que la hembra receptora.

Entre los hombres, los bienhechores aman más a quienes reciben sus beneficios que estos últimos a los primeros, ya que los beneficiados aman por el provecho, mientras que los bienhechores lo hacen por la virtud: el primer amor tiene algo de útil, el segundo es completamente honesto. Tú ya sabes que lo honesto es mejor que lo útil, de manera que, con razón, dije que el amor es mucho más excelente y perfecto en los espirituales hacia los corporales que en estos últimos hacia los espirituales.

SOFÍA.—Lo que has dicho me satisface; pero se me ocurren otras dos dudas. Primera: el deseo presupone carencia, pero carencia de la cosa deseada en quien desea y ama, y no carencia de la perfección del amante en la cosa amada, como tú pareces sugerir, o sea, que la carencia reside en el inferior, deseado y amado por el superior. La otra duda es que he oído decir que las personas amadas, en cuanto amadas, son más perfectas que los amantes, porque el amor se tiene por las cosas buenas; la cosa amada es fin e intención del amante, y el fin es el más noble. Por consiguiente, ¿cómo, pues, el imperfecto puede ser amado por el perfecto, según tú dices?

FILÓN.—Tus dudas tienen cierta importancia. La solución de la primera es la siguiente: en el orden del universo lo inferior depende de lo superior y el mundo corpóreo del espiritual, por lo cual la carencia del inferior supondría imperfección en el superior del cual depende, porque la imperfección del efecto indica imperfección de la causa. Por consiguiente, como la causa ama a su efecto y el superior al inferior, desea la perfección del inferior y unirlo a sí mismo para librarlo de la carencia, porque al librar al inferior se salva a sí mismo de la carencia e imperfección; de manera que cuando el inferior no llega a unirse con el superior, no sólo resulta defectuoso e infeliz él, sino que también el superior queda manchado con carencia de su excelsa perfección, pues el padre no puede ser padre feliz si el hijo es imperfecto, por lo cual dicen los antiguos que el pecador pone mácula en la divinidad y la ofende, mientras que el justo la exalta. Por consiguiente y con razón, no sólo el inferior ama y desea unirse con el superior, sino que también éste ama y desea unir a sí al inferior, a fin de que cada uno de ellos sea perfecto en su grado, sin carencia, y a fin de que el universo se una y se enlace progresivamente con el vínculo del amor, que une el mundo corporal al espiritual, los seres inferiores a los superiores, unión que es el principal fin que el Sumo Hacedor y omnipotente Dios tuvo al crear el mundo, con ordenada diversidad y pluralidad unificada.

SOFÍA.—Veo cuál es la solución de la primera duda; resuélveme la segunda.

FILÓN.—Aristóteles la resuelve: habiendo demostrado que las almas intelectivas e immateriales son las que mueven eternamente los cuerpos celestes, dice que los mueven por algún fin e intención de sus almas, y añade que este fin es más noble y excelente que el motor mismo, porque el fin de la cosa es más noble que ésta. De las cuatro causas de las cosas naturales, es decir: mate-

rial, formal, agente (que hace o mueve la cosa) y final (que es el fin que mueve a la agente a hacer). La más baja de ellas es la material; la formal es mejor que ésta, la agente es mejor y más noble que las anteriores porque es causa de ellas, y la causa final es la más noble y excelente de las cuatro y más que la agente, porque el agente se mueve por el fin. De manera que el fin se denomina «causa de todas las causas». De esto se concluye que el fin, por el cual el alma intelectiva de cada uno de los cielos mueve su esfera, es más excelente no sólo que el cuerpo del cielo, sino que el alma misma, del cual Aristóteles dice<sup>70</sup> que siendo amado y deseado por el alma del cielo, por amor de éste, el alma intelectual, con deseo firme y afecto insaciable, mueve eternamente el cuerpo celeste propio de ella, amándolo y vivificándolo, aunque este cuerpo es menos noble e inferior a ella, porque él es cuerpo y ella entendimiento, con lo cual hace sobre todo que el amor que siente hacia su amado superior sea más excelente que ella misma, deseando unirse para siempre con él y llegar a ser feliz en esa unión, como una verdadera amante con su amado. Con ello podrás, Sofía, entender que los superiores aman a los inferiores y los espirituales a los corporales por el amor que sienten hacia otros superiores a ellos, y para lograr unirse a ellos los aman y, al amarlos, benefician a sus inferiores.

SOFÍA.—Dime, por favor, quiénes son más excelentes que las almas intelectivas que mueven los cielos, de los cuales éstas puedan ser amantes y puedan desear unirse a ellos y, con esta unión, llegar a ser felices, que por lograr esta unión sean tan diligentes en mover eternamente sus cielos. También es preciso que me digas de qué manera los superiores, al amar a los inferiores, gozan de la unión con sus superiores, ya que no veo clara la razón de ello.

FILÓN.—En cuanto a tu primera pregunta, los filósofos que comentaron a Aristóteles procuraron averiguar quiénes eran estos tan excelentes que son fines y son más sublimes que las almas intelectivas que mueven los cielos. La primera academia de los árabes: Alfarabi, Avicena, Algazel y nuestro Rabí Moisés de Egipto<sup>71</sup>, en su *Moré\**, dicen que cada esfera tiene dos inteligencias: una de ellas lo mueve efectualmente y es el alma motora intelectual de aquella esfera, y la otra lo mueve finalmente, pues es el fin por el cual el motor, es decir, la inteligencia que anima el cielo, mueve su esfera, la cual es amada por aquélla por ser una inteligencia superior, y al desear unirse con ella mueve eternamente su cielo.

<sup>70</sup> Conceptos aristotélicos asimilados a través de Maimónides, *Guía*, II, 4.

<sup>71</sup> La fuente de estas teorías se encuentra en «nuestro Rabí Moisés de Egipto» (Maimónides), *Guía*, II, 4. Alfarabi es autor de un tratado, *De intellectu sensu* (citado por Maimónides; cf. la nota de Munk en su edición de la *Guía*, II, 18). Avicena es autor de una *Metáfísica*, de la que hay traducción latina, Venecia, 1495. Algazel escribió una *Destrucción de los filósofos*. De Averroes, Maimónides cita el *Epitome in libros metaphysicae Aristotelis*, cap. IV. Cf. Joaquim de Carvalho, *Leão Hebreu*, p. 233.

\* Se trata de Moisés Maimónides. (N. del T.)

SOFÍA.—Entonces, ¿cómo quedaría la opinión de aquellos filósofos acerca del número de ángeles o inteligencias separadas que mueven los cielos, que son tantas como las esferas que mueven y no más, puesto que, según estos árabes, el número de inteligencias es doble que el de esferas?

FILÓN.—Según ellos, este dicho y este número se da en cada una de estas dos clases de inteligencias, es decir, motoras y finales, pues es preciso que las inteligencias motoras sean tantas cuantas las esferas, y lo mismo las inteligencias finales.

SOFÍA.—En realidad alteran aquella antigua opinión al duplicar el número; pero, ¿qué dicen del primer motor del cielo supremo, que para nosotros es Dios, porque es imposible que Él tenga como fin otro mejor que Él?

FILÓN.—Estos filósofos árabes creen que el primer motor no es el sumo Dios, porque entonces Dios sería alma propia de una esfera, al igual que las demás inteligencias motoras, y esta apropiación e igualdad no convendría bien a Dios; pero dicen que el fin por el cual mueve el primer amor es el sumo Dios.

SOFÍA.—Y esa opinión, ¿es admitida por todos los demás filósofos?

FILÓN.—Claro que no, puesto que Averroes y otros comentaristas posteriores de Aristóteles creen que las inteligencias son tantas como el número de esferas y no más, y que el primer motor es el sumo Dios. Averroes dice que no hay dificultad en que Dios sea propio de una esfera, como alma o forma que da el ser al cielo superior, ya que tales almas están separadas de la materia, y como su esfera es la que contiene y abarca todo el universo y la que mueve con su movimiento todos los demás cielos, la inteligencia que le informa, mueve y da el ser debe ser el sumo Dios y no otro. Él, al ser motor, no se hace igual a los otros, sino que queda mucho más elevado y sublime, así como su esfera es más sublime que las de las demás inteligencias. Al igual que su cielo comprende y contiene a todos los demás, del mismo modo su virtud contiene la virtud de todos los demás motores; si por denominársele motor como a los otros, fuese igual a ellos, también sería —según dicen los primeros— igual que las demás inteligencias finales, por ser, como ellas, fin del primer motor. En conclusión, Averroes opina que suponer mayor número de inteligencias que las que puede admitir la fuerza de la razón filosófica, no es propio de filósofos, ya que no se puede ver sino lo que la razón demuestra.

SOFÍA.—Esta opinión me parece más estrecha que la de los primeros; pues, ¿qué dirá Averroes acerca de la afirmación de Aristóteles (y con él la razón) de que el fin del motor de una esfera es más excelente que dicho motor?

FILÓN.—Según Averroes, Aristóteles cree que la misma inteligencia que mueve es fin de sí misma en su movimiento continuo, porque mueve la esfera para alcanzar su propia perfección, con lo cual resulta más noble por ser fin del movimiento que por ser causa eficiente de él. Por consiguiente, esta afirmación de Aristóteles es más bien una comparación de las dos clases de

causalidad que se dan en una misma inteligencia, es decir, eficiente y final, que comparación de una inteligencia con otra, como dicen los primeros.

SOFÍA.—Me parece extraño que, acerca de esto, Aristóteles diga que una inteligencia es más perfecta que sí misma.

FILÓN.—También a mí me resulta irrazonable que una frase que presenta una comparación tan absoluta como esta de Aristóteles, deba entenderse de una misma inteligencia. Aunque esta afirmación de Averroes sea verdadera (sobre todo en el primer motor que, siendo Dios, es preciso que sea fin de su movimiento y de su acción) y también que sea verdad que la causa final es más elevada que la eficiente, no por ello parece que la intención de Aristóteles fuera sacar tal conclusión de aquella frase.

SOFÍA.—Entonces, ¿qué crees tú que pretendía?

FILÓN.—Demostrar que el fin de todos los motores de los cielos es una inteligencia más sublime y superior a todas, amada por todos con el deseo de identificarse con ella, en la cual estriba la felicidad suprema, y esta inteligencia es el sumo Dios.

SOFÍA.—¿Y tú consideras que Él es el primer motor?

FILÓN.—Largo sería contarte todo lo que puede decirse acerca de ello, y quizás fuera osadía afirmar que una opinión es superior a la otra; pero si yo admitiera que la idea de Aristóteles es que el primer motor es Dios, añadiría que según este filósofo Él es el fin de todos los motores, más excelente y superior a todos los demás, pero no más excelente que sí mismo, aunque en Él sea más importante el ser causa final de todas las cosas, porque lo uno es el fin al que lo otro tiende.

SOFÍA.—Entonces, ¿tú niegas que los demás motores no mueven los cielos para completar su perfección, de la cual quieren gozar, según dice Averroes?

FILÓN.—No lo niego, sino que digo que desean unirse a Dios para contemplar su perfección, de modo que su último fin e intención es su propia perfección; pero como quiera que ésta consiste en que se unan a la Divinidad, se deduce que en la Divinidad reside su fin último y no en sí mismo, por lo cual Aristóteles dice que esta Divinidad es un fin más elevado que ellos mismos y que la propia perfección que en ellos reside, como cree Averroes.

SOFÍA.—La felicidad de las almas intelectivas humanas y su fin último, ¿sería acaso, por una razón semejante, la unión con Dios?

FILÓN.—Indudablemente. Su perfección última, su fin y su verdadera felicidad no radica en ellas mismas, sino en elevarse y unirse a la divinidad; por el hecho de ser el sumo Dios y felicidad de todas las cosas intelectuales, no queda descartado que su propia perfección no sea su fin último, porque en el acto de la felicidad el alma intelectiva no está ya en sí misma, sino en Dios, el cual le da felicidad mediante su unión. En esto reside su fin último y su felicidad y no en sí mismo en cuanto no posee esta unión feliz.

SOFÍA.—Me agrada esta sutileza y quedo satisfecha en cuanto a mi primera pregunta. Vamos a la segunda.

FILÓN.—Tú quieres que te diga de qué manera la inteligencia, al amar y mover la esfera celeste corpórea, puede engrandecerse y elevarse hasta el amor del sumo Dios y alcanzar su unión feliz.

SOFÍA.—Esto es lo que quiero saber de ti.

FILÓN.—La duda es aún mayor, porque el acto propio y esencial de la inteligencia separada de la materia es comprender a la vez a sí mismo y todas las cosas en sí, de manera que la esencia divina se refleje en ella con visión clara como el sol en un espejo, ya que la esencia divina contiene las esencias de todas las cosas y es causa de ellas. Su felicidad y su fin último deben consistir en este acto y no en mover un cuerpo celeste, que es una cosa material.

SOFÍA.—Me agrada ver cómo ensangrientas la llaga para luego poderla curar mejor; veamos, pues, cuál es el remedio.

FILÓN.—Ya me has oído decir en otra ocasión, Sofía, que todo el universo es un individuo, es decir, como una persona, y cada una de estas cosas corporales y espirituales, eternas y corruptibles, es miembro y parte de este gran individuo, que todo él y cada una de sus partes han sido producidos por Dios para un fin común al conjunto, al mismo tiempo que con un fin propio para cada una de las partes. Síguese que el todo y las partes son felices cuando cumplen recta y completamente los cometidos que les ha encomendado el Sumo Hacedor. El fin del todo es la perfección conjunta del universo entero, señalada por el divino arquitecto, y el fin de cada una de las partes no se ciñe tan sólo a lograr la perfección de esta parte, sino que con ella ha de cooperar rectamente a la perfección del conjunto, que es el fin universal y primera intención de la Divinidad. Cada parte fue hecha, ordenada y dedicada más a alcanzar este fin común que el fin propio, hasta el extremo de que, al faltar parte de tal cooperación en los actos relacionados con la perfección del universo, el defecto sería mayor y llegaría a ser más desgraciado que si careciera de su acto propio. De este modo es más feliz por lo común que por lo propio, al igual que ocurre en el ser humano, en el cual la perfección de una de sus partes, como, por ejemplo, el ojo o la mano, no consiste única y principalmente en ser hermoso el ojo o la mano, ni en que el ojo vea bastante y la mano pueda realizar muchos actos, sino que ante y sobre todo consiste en que el ojo vea la mano y haga aquello que es conveniente al bienestar de todo el individuo, y resulta más noble y excelente sirviendo rectamente a la persona toda, ya que la belleza propia es acto propio. Muchas veces, para salvar toda la persona, la parte se ofrece y expone naturalmente al peligro, como ocurre con el brazo que se pone ante una espada para salvar la cabeza. Por consiguiente, dado que esta ley siempre es observada en el universo, la inteligencia logra mayor felicidad en mover la esfera celeste (lo cual es un acto necesario a la existencia del todo, aunque sea

un acto extrínseco y corpóreo) que en entender intrínsecamente su esencia, que es el acto propio. Esto entiende Aristóteles<sup>72</sup> al decir que la inteligencia mueve por un fin más elevado y excelente, o sea, Dios, interesándose por su orden en el universo, de tal manera que al amar y mover su esfera coadyuva a la unión del universo, gracias a lo cual consigue verdaderamente el amor, la unión y la gracia divina unificadora del mundo, la cual es su fin último y la felicidad ansiada.

SOFÍA.—Me agrada, y supongo que por la misma causa las almas espirituales intelectivas de los hombres se unen a un cuerpo tan frágil como el humano, para atenerse al orden divino, para coligarse y unirse con todo el universo.

FILÓN.—Bien has hablado, pues así es. Nuestras almas, por ser espirituales e intelectivas, ningún bien podrían obtener de su asociación con el cuerpo frágil y corruptible, sino que estarían mucho mejor con sus acto intelectivo, intrínseco y puro; pero se juntan a nuestro cuerpo sólo por amor hacia el sumo creador del mundo, para servirle trayendo la vida, el conocimiento intelectual y la luz divina del mundo superior y eterno al inferior y corruptible, a fin de que esta parte más baja del mundo no esté privada de la gracia divina y de la vida eterna, a fin de que este gran viviente no tenga ninguna parte que no sea viva e inteligente como el todo. Nuestra alma, al cooperar así a la unión de todo el universo, según el orden divino, que es fin común y principal en la producción de las cosas, goza rectamente del amor divino y llega a unirse al sumo Dios una vez se ha separado del cuerpo, y ésta es su felicidad suprema. Pero si no cumple tal misión, no puede alcanzar este amor y esta unión con Dios, lo cual representa para ella una pena muy elevada y eterna, porque, si gobernando rectamente el cuerpo es capaz de alcanzar el altísimo paraíso, cuando es inicua permanece eternamente en el infierno, alejada de la unión divina y de su propia felicidad, de no ser porque la piedad divina es tan grande que le ha dado manera de hallar el remedio oportuno<sup>73</sup>.

SOFÍA.—¡Dios nos libre de tal error y quiera Él que seamos uno de los rectos administradores de su santa voluntad y su orden divino!

FILÓN.—¡Dios lo quiera! Pero ya sabes, Sofía, que esto no puede lograrse sin amor.

SOFÍA.—Verdaderamente, el amor en el mundo no sólo es común a todas las cosas, sino que, aún más, es necesario, ya que nadie puede ser feliz sin amor.

<sup>72</sup> A través de Maimónides, *Guía*, II, 4.

<sup>73</sup> «De no ser porque la piedad divina es tan grande que le ha dado manera de hallar el remedio oportuno.» Frase suprimida de la traducción del Inca por el *Índice de Zapata*. Para Gebhardt se trata de una alusión a la doctrina sobre la transmigración de las almas.

FILÓN.—Si no hubiera amor, no sólo faltaría la felicidad, sino que ni siquiera existiría el mundo ni habría nada en él, de no existir el amor.

SOFÍA.—¿Por qué tantas cosas?

FILÓN.—Porque el mundo y sus cosas tienen ser cuando está unido y vinculado con todas sus cosas como si fueran miembros de un mismo individuo; de no ser así, la división sería causa de su perdición total, y como quiera que nada, a excepción del amor, puede unir el universo con todas sus cosas distintas, se deduce que este amor es causa de la existencia del mundo y de todas sus cosas.

SOFÍA.—Dime de qué manera el amor vivifica el mundo y hace de tantas cosas diversas una sola.

FILÓN.—Podrás comprenderlo fácilmente de las cosas ya dichas. El sumo Dios produce y gobierna el mundo con amor y lo une en una unidad, porque siendo Dios uno con unidad simplicísima, es preciso que lo que de Él procede también forme una unidad completa, pues de uno procede uno, y de la unidad pura procede unión perfecta. Así, el mundo espiritual se une al corporal gracias al amor; las inteligencias separadas o ángeles divinos, nunca se unirían a los cuerpos celestes ni los informarían ni les harían de almas que les dan vida, si no los amaran; ni las almas intelectivas se unirían a los cuerpos humanos para hacerlos racionales, si no las obligase a ello el amor; ni el alma de este mundo se uniría a la esfera de la generación y de la corrupción si no fuera por el amor. Finalmente, los inferiores se unen a su superiores, el mundo físico al espiritual, el corruptible al eterno, y el universo entero con su Creador, mediante el amor que por Él siente, por el deseo de unirse a Él y de llegar a ser feliz en Su divinidad.

SOFÍA.—Así es: el amor es un espíritu vivificante que penetra el mundo entero y es un vínculo que une a todo el universo.

FILÓN.—Ya que así opinas del amor, no es preciso que siga hablándote de su universalidad, de la que hoy hemos hablado extensamente.

SOFÍA.—Sin embargo, aún te queda por hablar del nacimiento del amor, según me prometiste, pues ya me has hablado bastante de su comunidad en el universo y en cada una de sus partes, y me resulta muy evidente que en el mundo carece de ser quien carece de amor. Sólo me queda por saber cuál es su origen y algo de sus efectos, buenos y malos.

FILÓN.—En cuanto al nacimiento del amor estoy en deuda contigo; pero hablar de sus efectos sería una petición nueva. Ni para lo uno ni para lo otro queda ya tiempo; es ya tarde para iniciar un nuevo tema. Vuélvemelo a pedir otro día, cuando tú quieras. Pero, dime, Sofía, ¿cómo siendo tan común el amor no se halla en ti?

SOFÍA.—Y tú, Filón, ¿de verdad me amas mucho?

FILÓN.—Tú lo ves y lo sabes.

SOFÍA.—Ya que el amor suele ser recíproco y de dos personas (según tantas veces te he oído decir) o tú lo finges hacia mí o yo lo disimulo.

FILÓN.—Me contentaría con que tus palabras contuvieran tanto engaño como las mías encierran verdad; pero me temo que tú no dices como yo la verdad, porque el amor no se puede fingir ni negar por mucho tiempo.

SOFÍA.—Si tú sientes verdadero amor, yo no puedo carecer de él.

FILÓN.—Lo que no te atreves a confesar, por no decir lo falso, ¿pretendes que yo lo crea por conjetura? Yo te digo que mi amor es verdadero, pero estéril, ya que no puede producir en ti el recíproco; a mí me ata, mas no puede atarte a ti.

SOFÍA.—¿Cómo son? ¿Acaso no tiene el amor naturaleza de imán, que junta cosas diferentes, aproxima las alejadas y atrae lo pesado?

FILÓN.—Aunque el amor tiene mayor fuerza de atracción que el imán, sin embargo, para quien no quiere amar, resulta más pesado y resistente que el hierro.

SOFÍA.—No puedes negar que el amor une a los amantes.

FILÓN.—Esto es cierto cuando ambos son amantes; pero yo sólo soy amante mas no amado, y tú eres amada pero no amante. ¿Cómo quieres que el amor nos una?

SOFÍA.—¿Quién vio jamás un amante que no fuera amado?<sup>74</sup>

FILÓN.—Yo, y creo que soy contigo como otro Apolo con Dafne.

SOFÍA.—Luego, ¿pretendes que Cupido te hirió con la flecha de oro y a mí con la de plomo?

FILÓN.—Yo no lo quisiera, pero así es: yo deseo tu amor más que el oro, y el mío te resulta más pesado que el plomo.

SOFÍA.—Si para ti yo fuera Dafne, me hubiese convertido en laurel por temor a tus palabras más rápidamente que ella por miedo a las flechas de Apolo.

FILÓN.—Poca fuerza tienen las palabras que no son capaces de conseguir lo que con una sola mirada suelen lograr los rayos de los ojos, es decir, el mutuo amor y el afecto reciproco. Sin embargo, con tal de resistirme, te veo transformada en laurel, tan inmóvil en un lugar como inmudable de propósito, tan difícil de atraerte a mi deseo cuando yo a cada momento me acerco más al tuyo. Así estás siempre como el laurel, verde y oloroso, en cuyo fruto no se halla ningún otro sabor a excepción del amargo y áspero, mezclado con savia que incita a quien lo prueba. De manera que para mí en todo eres un laurel, y si quieres ver cuál es el indicio de que te has convertido en laurel, mira mi muda cítara, que no sonaría si no estuviese engalanada con tus bellísimas hojas.

<sup>74</sup> Cf. Ficino, *De amore*, II, 8: «...ostensus est amatum vicissim amatorem amare debere. Non solum vero debere sed cogi, sic ostenditur. Amorem procreat similitudo. Similitudo natura quedam est in pluribus eadem. Nam si ego tibi similis sum, tu quoque mihi est necesario similis. Eadem ergo similitudo, que me ut te amem compellit, te quoque amare me cogit.»

SOFÍA.—Que yo te amo, Filón, no sería honesto el confesarlo ni piadoso el negarlo; cree lo que la razón te presenta como más conveniente, ya que temes lo contrario. Y como quiera que el tiempo ya nos invita al descanso, bueno será que cada uno de nosotros vaya a tomarlo; después volveremos a vernos.

Entre tanto, procura distraerte, pero recuerda la promesa. Adiós.